MORAL UNIVERSAL
Ó
DEBERES DEL HOMBRE
FUNDADOS EN SU NATURALEZA.

OBRA ESCRITA EN FRANCÉS

POR EL BARON DE OLBACH;

Y TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR D. MANUEL DIAZ MORENO.

PRÁCTICA DE LA MORAL.

Natura enim duce utendum est:
Hanc ratio observat, hanc consulit.
Idem est ergo beate vivere, et secundum naturam.
SENECA, *de vita beata, cap. 8. init.*

TERCERA PARTE.

MADRID.
IMPRENTA DE D. MATEO REPULLÉS.
1821.

ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULOS DE ESTE TOMO TERCERO.

TERCERA PARTE.

PRÁCTICA DE LA MORAL.

SECCION QUINTA.

DEBERES DE LA VIDA PRIVADA.

MORAL UNIVERSAL.

SECCION QUINTA.

DEBERES DE LA VIDA PRIVADA.

CAPÍTULO PRIMERO.

Deberes de los Esposos.

En la seccion precedente hemos exâminado los deberes de las personas que tienen relaciones jenerales y directas con la Sociedad, ó de aquellas cuyos cargos y facultades influyen de un modo mas ó menos sensible en todos los demas ciudadanos. En la presente vamos á exâminar los deberes que resultan de las relaciones particulares ó de los vínculos mas íntimos, que forman la vida privada. Principiarémos por los deberes de los Esposos.

Para descubrir los deberes del hombre en cada estado de la vida, basta exâminar el fin que se propone en el estado que ha elejido. El matrimonio es una sociedad del hombre y la mujer, en la cual los Esposos tienen por fin y objeto gozar lejítimamente de los placeres del amor, de los que deben resultar otras criaturas como ellos, que sean útiles á los padres de quien tienen el sér, y capaces de reemplazarlos en la Sociedad algun dia.

Este es el fin que los hombres se proponen en la union conyugal, del cual nacen necesariamente los

deberes propios de este estado. Los que se asocian entre sí, se unen para proporcionarse mútuamente un bienéstar, del que no gozarian si se hallasen separados; su contrato es recíprocamente obligatorio, sinque ninguno pueda obligar á otro en este caso á lo que él mismo no se obligue. Toda sociedad, para ser felíz y permanente, debe someterse á las reglas de la equidad; esta equidad, como hemos visto, remedia la desigualdad que la naturaleza ha establecido entre los asociados.

En todas las naciones ha sido siempre reconocido el hombre por cabeza de la sociedad conyugal, y le ha sido deferida la autoridad sobre la mujer. Esta superioridad del hombre está fundada en la naturaleza, porque siendo mas robusto y fuerte, debe ser el protector y apoyo de su compañera, y estarle esta subordinada (1). La autoridad marital, lo mismo que toda autoridad en la tierra, se funda en las ventajas que el esposo puede procurar á su consorte. Si leyes injustas, ó costumbres poco racionales, adjudican en algunos pueblos al marido un poder ilimitado, y si este se arroga con frecuencia el derecho de ejercer sobre su mujer un dominio cruel, la equidad natural condena estas costumbres y leyes, anula estos derechos como evidentemente usurpados, y de acuerdo con la humanidad, les dice á los esposos que la autoridad deferida al hombre por la naturaleza, lejos de concederle la facultad de oprimir ó maltratar á su mujer, y de hacer de ella una esclava, le obliga á amarla, defenderla y custodiarla de los peligros á que la esponen su flaqueza y debilidad (2).

(1) Prescindiendo de la debilidad natural de las mujeres, están demas de esto sujetas por la misma naturaleza á varios achaques, que pueden reputarse por verdaderas enfermedades, que las afiijen á lo menos la cuarta parte del año.

(2) Los que tanto nos ensalzan la inocencia y la felicidad de la vida de los salvajes, no tienen mas que leer las relaciones de los viajeros, para convencerse de que sus costumbres, mui lejos de ser envidiables, son odiosas é irritantes para toda alma sensible. Los salvajes, entre otras cosas, tratan á sus mujeres con una crueldad y tiranía que horroriza, condenando á estas infelices á los trabajos mas penosos, mientras que ellos viven entregados á la mayor indolencia. En la Guyana, y en las orillas del Orinoco, el salvaje se acuesta cuando su mujer ha parido, y esta miserable tiene que asistirle y cuidarle como si él estuviese verdaderamente enfermo. Allí tambien las madres, escitadas del dolor y de la compasion, suelen dar la muerte á las hijas que dan á luz, con el fin de librarlas de las penalidades y aflicciones á que su sexô las condena. En todo el Oriente las mujeres viven en un encierrò contínuo, y son tratadas como esclavas. En una palabra, en casi todos los paises las leyes, parciales siempre para el marido, le dan sobre la mujer una potestad de que comunmente abusa. Los vicios y los defectos que se reprenden en las mujeres, son debidos en gran parte á la escesiva desigualdad que las leyes establecen entre ellas y sus soberbios amos.

Segun estos principios incontestables vemos que la naturaleza misma ha fijado los límites de la autoridad del marido sobre su mujer, y prescrito al uno y al otro las obligaciones que deben cumplir en la sociedad conyugal. La proteccion, la vijilancia, la prevision, los trabajos mas penosos son atribucion del marido, el cual debe amar á su mujer, protejerla y ausiliarla, sostener su debilidad, y no usar de ella para hacerla infelíz. Todo hombre prudente desea encontrar en su esposa una aficion habitual, fruto solo del cariño que él la muestre: en cámbio de su proteccion, de su ternura y de sus desvelos, la mujer debe mostrarle una justa deferencia, una tierna amistad, y unas atenciones que cimienten mas y mas su union. De donde se infiere que los deberes de los Esposos son recíprocos; esto es, ligan igualmente al marido y la mujer, sópena de relajar ó romper los nudos de su mútua felicidad.

Tal es la sancion de la ley natural, de la que ninguno puede sustraerse impunemente.

El hombre no cumple con haber dado el sér á sus hijos, sino que es preciso ademas el que, para su felicidad, los eduque de manera que lleguen á ser cooperadores de su dicha, y apoyos de su vejez: el hombre necesita de la mujer para criar á sus hijos, para darles su primer sustento, para enseñarlos á pronuciar con labio balbuciente el dulce nombre de Padre, y no conseguiria el fin que debe proponerse si, semejante á los brutos, sólo tratase de satisfacer con una mujer cualquiera las necesidades de la naturaleza. Todo le muestra que una mujer, con la que se uniese solamente por el vínculo del placer, no le tendria un firme apego, y podria igualmente entregarse á los deseos de los que la solicitasen para lo mismo que él la quiere, y que arrastrada del deleite y la sensualidad no se encargaria del penoso cuidado de criar á unos hijos, cuya suerte le interesaria poco ó nada. Por otra parte, las mujeres abandonadas al primero que las solicita, ó en las cuales todos tienen iguales derechos, forzosamente han de causar quejas, contiendas, rivalidades y desafios funestos á la tranquilidad pública.

Un sér intelijente, cauto y racional no debe usar del amor como los brutos, los cuales en su propagacion no buscan mas que satisfacer una necesidad momentánea; su union solo dura mientras sus hijuelos llegan á estado de vivir por sí mismos. Mas el hombre, ademas del placer que busca en el matrimonio, estiende mas allá sus miras; quiere gozar esclusivamente de las caricias de su mujer, no solamente porque necesita del deleite, sino porque tambien necesita poseer una mujer con quien viva una vida sosegada y dichosa, sin contar con la satisfaccion de sus deseos amorosos. Desea encontrar en su mujer una amiga constante y fiel que, prescindiendo de los goces que cau-

se á sus sentidos, sea capaz, de hacerle gustar los placeres contínuos y durables de la amistad, del consuelo y de la complacencia; en una palabra, desea con ansia estrecharse íntimamente con una criatura sensible, que despues de haber compartido con él los placeres y las penalidades de la vida, le cuide en su vejez y en sus enfermedades. El hombre no podria conseguir este fin apetecible si, cerrando los ojos á lo futuro, pensase únicamente en satisfacer sus necesidades momentáneas con una mujer cualquiera. Por tanto debe desear una union estable y permanente, propia á que su espíritu descanse en la seguridad de las demas ventajas que se propone disfrutar durante todo el curso de su vida. Esta union no debe interrumpirse, sino cuando los Esposos se ven animados de una antipatía enteramente contraria al fin del matrimonio, el cual solo puede subsistir por toda la vida de unos esposos virtuosos y racionales, constantemente dispuestos á cumplir los deberes que su pacto los impone. La Sociedad, que no produce sino inquietudes y penalidades á los socios, se suspende por la naturaleza misma de las cosas.

Segun estas reflexîones podemos juzgar sanamente de las costumbres, de las instituciones y de las leyes observadas entre las diferentes naciones relativamente al matrimonio: ellas nos prueban que la union conyugal es el mas respetable de todos los vínculos y el mas interesante tanto para los Esposos como para la Sociedad entera; asimismo nos hacen ver que los Esposos no deben solamente proponerse saciar sus necesidades y entregarse á la sensualidad, sino que deben ademas aspirar á otros placeres mas durables, como son los que producen la ternura, la confianza y la cordialidad. Dirémos, pues, que todo lo que es contrario á este fin es injusto; que las preocupaciones, las costumbres y las leyes que se dirijen á relajar tan dulces nudos, son vituperables para todo hom-

bre racional: dirémos que los pueblos donde la corrupcion epidémica califica la galantería, el adulterio y la desenvoltura de cosas indiferentes, ó simples bagatelas, no tienen la menor idea de la santidad del matrimonio: dirémos, en fin, que los lejisladores y los mentidos sábios, que han autorizado la poligamia, la prostitucion, la comunidad de las mujeres, han sido unos insensatos, que no han considerado que sus instituciones destruian la felicidad de los Esposos, y perjudicaban á la Sociedad.

Efectivamente, por mas que se ofenda el *divino* Platon, las mujeres comunes á todos no serian verdaderamente apreciadas ni queridas de nadie; ademas de que tampoco serian ni mujeres cariñosas y aficionadas, ni madres cuidadosas y tiernas; serian unas viles prostitutas y no más. En fin, todo nos convence que un amor sin freno ni medida sería un desórden fatal que trastornaria las bases en que la Sociedad se funda.

La poligamia, adoptada ó permitida en algunas naciones, es por su misma naturaleza un abuso tiránico, introducido por una lujuria desenfrenada, y justamente proscrito por leyes mas sábias y racionales. Una sola mujer debe bastar á las necesidades de un hombre que no sea un disoluto. ¿Puede acaso un marido compartir su corazon y sus caricias igualmente entre muchas mujeres? ¿No hará infelices y desventuradas á las que desdeñe ó desatienda? Su serrallo ó su *Harem* ¿no están espuestos de contínuo á turbaciones y alborotos? Por otra parte, semejante tirano ¿puede ser sínceramente amado por unas cautivas, á quienes él mismo tiene aprisionadas, no mirándolas sino como unos instrumentos de su brutal placer? Los serrallos de Oriente sólo están llenos de esclavas sin amor, sin razon y sin virtud, cuya fidelidad consiste únicamente en los cerrojos y candados que las guardan: la virtud, los sentimientos del corazon

pueden solamente hacer agradables y encantadores los nudos del matrimonio.

La sana moral no puede tampoco aprobar las máxîmas de aquella moral incontinente y corrompida que pretende justificar la infidelidad conyugal, ó al menos disminuir el horror que debiera inspirarnos. Si semejantes principios pueden convenir á las depravadas costumbres de algunas naciones, no por eso son menos contrarios á la naturaleza misma del matrimonio, cuya felicidad depende de la union, de la amistad y de la estimacion, mucho mas que de sus placeres pasajeros. Todo nos convence que el adulterio destierra sin recurso los afectos del corazon, y que nada puede justificar un crímen que, por su esencia misma, desata y rompe lo mas sagrado del vínculo conyugal.

Bajo cualquier aspecto la infidelidad es siempre condenable. Porque un marido sea mas fuerte ¿adquiere por esto derecho para ser injusto con aquella á quien debe esclusivamente su amor y sus cuidados? Si la mujer es deshonrada á los ojos del público por haber violado las leyes del pudor ¿por qué el marido, reo del mismo crímen, levanta erguida su cabeza enmedio de un público parcial é injusto, que no le mira con todo el oprobio que se merece? ¿Qué estraña jurisprudencia puede dár al marido la libertad de cometer impunemente las mismas injusticias que tiene derecho para castigar con rigor en su mujer si las comete? La debilidad de una mujer ¿da á su tirano el poder esclusivo de poner su corazon en otra y de violar la fe misma que la tiene jurada? No por cierto: las faltas de un marido, en quien ha de haber mayor fortaleza, razon y prudencia, son mas imperdonables que las de una mujer, cuyo atributo es la debilidad. "Hai maridos tan injustos, dice »Plutarco, que exijen de sus mujeres una fidelidad »que ellos mismos violan; se parecen á aquellos je-

„nerales de ejército, que huyendo cobardemente del „enemigo, quieren sinembargo que sus soldados sos„tengan el puesto con valor.

A la conducta injusta de los maridos, á su inconstancia, á su vida desarreglada y á sus duros y malos modales deben por lo comun imputarse las flaquezas de sus mujeres: sería preciso suponer en estas un valor y una grandeza de alma mui raras para que, viéndose de contínuo despreciadas, desatendidas y ultrajadas por unos feroces tiranos, no prestasen jamas oidos á los discursos de los seductores, tan rendidos, respetuosos, y complacientes, como altaneros insultantes y despegados son sus maridos. Un tirano no puede ser único dueño del corazon de una mujer, porque si con las otras usa del buen humor, de las dulzuras, y del amor que sólo debe á la suya propia ¿no incita y estimula á esta paraque siga su ejemplo? Seria menester al menos mucha mayor virtud de la que se encuentra en las naciones corrompidas, para que una infeliz mujer, colmada de pesadumbres y aflicciones, y anegada en lágrimas, reusára los consuelos del que apura todos los medios para hacerla olvidar sus deberes.

En casi todos los paises vemos que la opinion pública imprime cierta vergüenza y desprecio á los maridos de las mujeres infieles. Aunque al primer aspecto este modo de pensar parezca injusto, y lo sea mui frecuentemente, y aun contrario á la humanidad que nos prescribe compadecernos de los desgraciados, se podria sinembargo hallar un motivo racional para escusarlo. La preocupacion que hace al marido responsable de la conducta de su mujer ¿no provendrá acaso de que se ha creido que sólo la neglijencia, la falta de conducta, los defectos ó los vicios irritantes del marido pueden ser causa de los disgustos y estravíos de la mujer, que deberia contener con su vijilancia, con

su ejemplo y con su autoridad? La opinion, que injustamente muchas veces deshonra al marido de una mujer viciosa, procede y tiene los mismos fundamentos que la que hace á un padre responsable de los desórdenes ó delitos de su hijo: se ha creido que, á no tener un marido cualidades despreciables ó fastidiosas, una mujer honesta y bien criada no se arrojaria nunca á cometer escesos que la deshonrasen.

Sea lo que fuere de esta opinion poco favorable al marido, la razon nos probará siempre que la infidelidad conyugal es un mal que la moral no puede tratar lijeramente. Lo que sin duda hace que desaparezcan de entre los Esposos la felicidad doméstica, la concordia y la ternura, es una cosa que solamente el delirio puede mirar con indiferencia. Aun suponiendo que los Esposos se convengan entre sí en no inquietarse el uno al otro por sus desórdenes, siempre resultará que la confianza y la amistad serán estrañas y desconocidas á unos seres capaces de semejantes convenios. Ademas, el desarreglo de los padres y madres ¿no ha de influir del modo mas perjudicial en las costumbres de los hijos? Nacidos de padres viciosos que se desprecian ó detestan, estos hijos recibirán una educacion que los haga eternamente infelices. ¿Qué ciudadanos pueden formar para la Sociedad unos Esposos discordes, ó que sólo están de acuerdo en sus vicios y desarreglos?

En lo jeneral el hombre es celoso: él quiere poseer esclusivamente lo que le pertenece, y aun desea ser amado de aquellos mismos á quienes ama tibiamente. Los Esposos que consienten en sus mútuas infidelidades, dan á entender bien claro que no exîste en sus almas la mas pequeña chispa del cariño tan necesario á su estado, ó que una horrorosa antipatía ha destruido en ellos unos afectos

tan naturales. Este odio ó indiferencia deben estenderse á sus hijos, cuando el marido teme que sean frutos de los amores impuros é ilejítimos de su mujer. ¿Cómo mostraria en este caso los cuidados y ternura de padre á hijos que sospecha no sean suyos?

La razon nos enseña que en la union conyugal el marido pertenece á la mujer, lo mismo que la mujer al marido. Ni el uno ni el otro pueden, sin que se arriesgue su felicidad, renunciar los derechos de esta propiedad recíproca: ambos deben evitar cuidadosamente todo lo que puede alterar la armonía necesaria á su tranquilidad doméstica, la cual nada puede reemplazar en el mundo.

Segun estos principios la galantería en una mujer es una cualidad que la moral no puede disimular en manera alguna, porque es indicio de una vanidad despreciable, de un deseo de escitar las pasiones deshonestas, para de este modo ejercer un despotismo, al que jamas debe aspirar una mujer virtuosa. ¿No es un delito encender fuegos criminales en los corazones que no deben sentirlos? ¿No es una crueldad fomentar deseos con esperanza de unos favores, que ni se puede ni quiere concederlos? ¿No es una imprudencia y lijereza suscitar en el público, á quien se debe respetar, ó en los Esposos, cuyos recelos es menester evitar, sospechas no conformes á la honestidad y al decoro?

De cualquier modo la galantería siempre es vituperable, porque se manifiesta en ella una voluntad permanente de turbar la felicidad de los otros, una lijereza reprehensible en materia tan importante, y una vanidad siempre condenable. Una mujer que quiere agradar á todo el mundo, aun cuando su corazon se mantenga puro, tiene lastimado el juicio. Una mujer verdaderamente honesta sólo quiere agradar á su marido; y si es prudente, evita todo lo que puede darle zelos, porque sabe que su

felicidad depende del buen afecto que él la tiene. La estimacion, la paz, la confianza son unas disposiciones permanentes, mucho mas necesarias á la felicidad de los Esposos que el solo amor, el cual, una vez ya satisfecho, se exhala y evapora.

El Amor en los dos sexôs, como se ha dicho ántes, es una pasion natural, escitada por el temperamento y robustecida por la imajinacion, que solicíta mas ó menos vivamente á unirse los dos sexôs, ansiosos de gozar de los placeres propios de esta union. La hermosura corporal ordinariamente produce de repente esta pasion ó este deseo. En la eleccion de esposa la belleza esterior es las mas veces la primera cualidad que fija la atencion; mas aunque mui digna de aprecio, como la esperiencia nos acredita que el amor es una pasion poco durable, y que el goce la hace desaparecer prontamente, la prudencia y la prevision deben dar á conocer á los que quieren unirse, que hai otras prendas mas sólidas que la hermosura, que deben buscarse con preferencia. La hermosura siempre ha sido comparada á una flor delicada, y el amor á una lijera mariposa. La mujer mas bella á poco tiempo es mirada como una mujer comun y regular por el marido que la adoraba (1). *La hermosura*, dice Sócrates, *es una tiranía de corta duracion.*

Nada es mas raro que el ver contentos y felices los matrimonios que sólo han tenido por móvil

(1) Los españoles dicen que la hermosura es de tan corta duracion como la fragancia de los suaves olores: el que está acostumbrado á ellos no los siente. Véanse las *Reflexiones sobre las mugeres* por Mad. de Lambert. Bion el Borystenita decia que *la mujer fea ofende y daña la vista, y la hermosa el juicio y la razon.*

de su union la hermosura y un amor ciego. Las pasiones violentas duran poco; y la imprudencia de los ciegos y ofuscados Esposos luego les hace abusar de los placeres que hubieran debido prudentemente economizar. El matrimonio debe ser casto: *el pudor*, dice Madama Lambert, *debe conservarse en los momentos mismos destinados á perderle*; y asi los Esposos deben respetar los sagrados vínculos que los unen, y no permitirse nunca la licencia, casi siempre seguida del rubor y del fastidio. Ademas, un marido prudente no debe fomentar en la imajinacion de su mujer el ardor un deleite que seria menester apagar á costa de la virtud y del decoro. Plutarco nos enseña que los griegos tenian erijido un templo á Venus cubierta con un velo; sobre lo cual observa que para encubrir á esta diosa no hai sombra, no hai obscuridad y misterio que sean demasiados.

El efecto que produce la hermosura es avivar los deseos: así qué ella espone comunmente á las mujeres á seduciones y peligros. Antístenes, consultado por un jóven sobre la eleccion de esposa, le respondió: *Si la elejís mui hermosa, no la gozaréis solo; si la elejís mui fea, bien pronto os fastidiareis de ella: os conviene, pues, elejirla ni mui fea ni mui hermosa.*

La bondad de corazon, las dotes y cualidades del entendimiento, la dulzura, la sensibilidad son prendas que la razon hace preferibles tanto á la hermosura, fácil de marchitarse, como á las riquezas, incapaces de sustituir á la virtud, y de causar una verdadera felicidad á los Esposos, principalmente cuando ignoran el modo de usar de ellas.

La hermosura, dice un sábio antiguo, es un bien que pertenece á otro. En efecto, como dice Juvenal, es mui raro encontrar reunidas en una misma persona la honestidad y la hermosura (1). Las gracias esteriores y la belleza del rostro, que por un efecto natural sorprenden y agradan á los ojos, impiden frecuentemente á una mujer que cultive ó adquiera las dotes necesarias para la felicidad conyugal. Una mujer hermosa no es la última que conoce el poder de sus hechizos: esta idea la envanece, y por lo comun está demasiado ocupada en sí misma, para que piense en la felicidad de otros: se ama esclusivamente á sí propia: toda su ambicion se dirije á ejercitar su imperio, y para esto necesita del trato y obsequio de las jentes: idólatra de sí misma, quiere que todo el mundo la rinda sus adoraciones: y continuamente se vé rodeada de enemigos, que ansiosos de complacerla conspiran contra ella y en daño de su honor, sin que la virtud sea bastante á defenderla. Nada es mas raro que una mujer hermosa que no se crea dispensada de mostrar á su marido el cariño y cuidado que su estado la prescribe: acostumbrada á dominar, raras veces se presta á la voluntad de aquel á quien debia obedecer y agradar; su imperio cesa á la presencia de su esposo, y por consecuencia no tarda en huirle, en aborrecerle, y en preferir y entregarse á un adorador sumiso, que bien pronto la domina y esclaviza.

Asiqué este imperio, que tan alagüeño y lisonjero parece á la vanidad de las mujeres, no tiene solidez alguna, y por lo comun son despreciadas de los mismos á quienes sacrifican su honor y su quietud; mas la suerte de estas llega á ser aun mas deplorable, cuando sus atractivos ajados y marchitos no las permiten ya hacer papel alguno en la sociedad; abandonadas de los que se ven libres, si antes

(1) ..... *Rara est adeò concordia formæ Atque pudicitiæ.*
Juvenal Satyr. 10. vers. 297.

fueron esclavos, las vemos ordinariamente entregadas á una sombría y cruel melancolía: una triste y cuitada devocion es el débil recurso de que suelen valerse para reemplazar los placeres á que estaban acostumbradas; viven olvidadas de todo el mundo y pasan sus tristes dias llorando su imperio ya perdido. Tal es la suerte de estas imprudentes, degradadas por sus vicios. La virtud sola da derechos imprescriptibles á un poder firme é inalterable. *El reinado de la virtud es de toda la vida. Poco tiempo dura el ser bella y hermosa, y mucho el no serlo.... Las puras y sanas costumbres, un alma justa y delicada, un corazon recto y sensible, son bellezas que renacen y se conservan siempre nuevas* (1). Estas conquistan la ternura y amistad de todo marido sensato y prudente, y atraen en cualquiera edad la admiracion y los respetos de todos; sentimientos mas durables y lisonjeros que no los requiebros y necedades con que irritan los hombres la vanidad de las mujeres.

Á pesar de las opiniones reinantes en las naciones estragadas, la moral nunca dejará de repetir á los maridos, que sean justos, que no abusen de su autoridad con sus esposas, ni sean opresores de un sexô, que por ser menos fuerte merece piedad y proteccion: ella les dirá de contínuo que amen á sus mujeres, y que no se avergüencen á la vista del público de manifestarlas un cariño que los hace apreciables á las personas sensatas: el voto de estas es sin duda alguna preferible al de una turba de libertinos, que no tienen idea alguna ni de la importancia ni de la

(1) *Réflexions sur les femmes.* Solon prescribia á las recien casadas que comiesen algunas frutas suaves y olorosas antes de cohabitar con sus maridos, para que de este modo comprendiesen que debian tratarlos con dulzura, á fin de serles agradables.

santidad de los vínculos que unen á los Esposos. El marido que se constituye el tirano de su mujer, es un débil, un cobarde, un bárbaro, cuya ferocidad debieran castigar las leyes. Todo Esposo infiel, que roba á su mujer el corazon á que su amor la da derecho, es un injusto, que en el acto de no recompensar su virtud, como que en cierto modo la abre la puerta á los deseos de ser mala.

No hai vicio que no encuentre apolojistas en una sociedad corrompida (1): no hai desórden que con la frecuencia del ejemplo no intente ennoblecerse ó justificarse por lo menos. Sinembargo el ejemplo del crímen nunca jamás puede autorizar el crímen mismo. La razon nunca cesará, pues, de representar á una mujer que su mayor interés consiste en consultar y merecer la ternura del que la naturaleza y las leyes hacen el árbitro de su suerte. La misma razon la aconsejará que le atraiga á sus deberes con afabilidad é induljencia; que sufra con paciencia sus delirios; y que de este modo le obligue á sonrojarse y correjirse de sus injusticias y desprecios. La paciencia y la dulzura conservan siempre algun ascendiente y poderío sobre el vicio. ¡ Qué superioridad no adquiere una mujer virtuosa sobre un hombre irracional ó malo! ¿ Hai cosa mas noble, mas jenerosa, ni mas interesante que una mujer bella, á quien los desarreglos de su marido no son capaces de separar del sendero de la virtud?

Una mujer que con sus infidelidades se venga de los ultrajes de su esposo, es ciertamente menos culpable que la que primeramente provoca su cólera y sus zelos con una conducta desarreglada: sinembargo siempre peca contra sus propios intereses, porque acrecienta la discordia, y se priva de la considera-

(1) *Nulli umquam vitio advocatus defuit.* Cic.

cion de un público que, á pesar de la depravacion jeneral de las costumbres, quiere que el oro de la virtud no se desmienta en el crisol de la desdicha. La fortaleza, la grandeza de alma son cualidades tan loables, que deseamos encontrarlas aun en el sexô mas débil. Aunque á primera vista este deseo parezca injusto, no lo es con todo eso, porque se supone que una mujer bien educada debe tener firmeza cuando se trata del pudor, en el cual desde la infancia se le ha dicho que se funda su honor y buena fama, y se cree que cuando ya una vez se ha llegado á saltar esta barrera que la educacion habia fortificado cuidadosamente, no hai freno ya que baste á contener á la mujer en ningun acontecimiento ni ocasion.

En efecto, si por un acaso poco comun algunas mujeres, á pesar de sus flaquezas y debilidades, conservan todavia las virtudes sociales, estas se destruyen y desaparecen en la mayor parte de las que han hollado los límites del honor. Las vemos por lo comun, faltas de sencillez y franqueza, ocuparse de contínuo en seducir y engañar, haciendo un hábito de la mentira, de la traicion y de la falsedad. Nada es menos seguro que el trato de la mayor parte de las mujeres cortesanas, cuya vida es en las mas de ellas una intriga contínua y una perpetua impostura. La conducta reservada y oculta, exîje una vijilancia, un manejo y unos cuidados increibles para sustraerse á la censura y á la murmuracion. Por otra parte, el gusto de la disolucion obliga á la mujer que se entrega á ella á engañar á la multitud de sus necios amantes. En fin, toda mujer corrompida, para tener cómplices, necesita corromper á otras personas.

Á estas disposiciones peligrosas en el comercio de la vida hai que añadir la interminable serie de estravagancias que arrastran de continuo á una

mujer cortesana: toda ocupacion útil la parece odiosa; su casa llega á serle insoportable; ha menester del tumulto, del bullicio y de una perpetua disipacion para distraerse de los remordimientos de su conciencia y de las desazones domésticas. Sus locos dispendios se multiplican sin término ni regla; los hijos equívocos que dá á su marido, ni son queridos ni cuidados; estos no esperimentan jamás las caricias ó las tiernas solicitudes de una madre loca y disipada, que, por otra parte, es absolutamente incapaz por sus vicios de darles una buena y recta educacion.

Los esposos desunidos por el carácter ó por sus vicios, no pueden emplear en la educacion de sus hijos aquella conformidad y feliz armonía de sentimientos y de preceptos, tan necesarias para que estos sean útiles y fructíferos. Si uno de los padres es virtuoso, la imprudencia, el mal humor y el ejemplo del otro harán á cada paso inútiles sus lecciones. Un padre desarreglado frustra con su ejemplo todos los cuidados de la madre mas tierna. Una mujer vana, lijera y sin conducta desordena y trastorna á cada instante todos los proyectos de un marido racional en beneficio de sus hijos.

Hé aquí como los desórdenes de los Esposos, desterrando de entre sí la paz y la concordia, influyen ademas de un modo el mas terrible en sus hijos; estos, faltos de instrucciones y de buenos ejemplos, no dejarán de imitar en otra edad los desarreglos que han visto practicar á sus padres. Tales son los efectos deplorables que producen en la Sociedad los galanteos, la desenvoltura y las infidelidades, que algunos Moralistas relajados han mirado con tanta indiferencia, cuando de semejantes desórdenes vemos frecuentemente resultar matrimonios infelices, fortunas disipadas y

unos desgraciados hijos, corrompidos ya desde la edad mas tierna.

Estos efectos deben atribuirse á la imprudencia con que regularmente se contraen los matrimonios. Si es un ciego amor el que los forma, este amor, embriagado y satisfecho con la hermosura, no atiende á las cualidades morales tan necesarias para hacer duraderos estos vínculos: cuando cesa la ilusion en los esposos con el goce recíproco y continuo, se muestran tales como son uno y otro, haciéndose mutuamente molestos con los defectos que á la larga llegan á serles insoportables.

Mas en las naciones entregadas al luxô y á las preocupaciones, es raras veces el amor quien preside al matrimonio; un sórdido interés, la vanidad del nacimiento y las falsas ideas de conveniencia son las que únicamente se consultan en los enlaces. Los talentos, los buenos pensamientos, la conformidad de jenios y de caractéres, la buena educacion, la dulzura, la complacencia, la prudencia y la razon no entran en los cálculos de esos hombres mercenarios, que sólo se proponen combinar la opulencia con el ilustre nacimiento. ¿Qué felicidad puede resultar de este tráfico vergonzoso de la riqueza y de la vanidad? Á la salida del convento, esto es, de una prision en que una jóven ha vejetado tristemente, sin consultar su inclinacion, sus inhumanos padres la trasladan á los brazos de un hombre á quien jamas ha visto, de quien ellos tampoco conocen otra cosa que el caudal y los títulos, y cuyas cualidades en manera alguna han sabido ni indagado. De este modo los Esposos se hallan unidos sin conocerse; se desprecian luego que se han conocido; y acaban por lo comun odiándose y huyéndose cuanto pueden.

Á estas causas, por sí solas mui poderosas para hacer del matrimonio un manantial de disgus-

tos y de infelicidades, deben juntarse ademas la edad juvenil y la falta de esperiencia y de razon de los que le contraen. Una sábia lejislacion ¿no debiera impedir los matrimonios precoces que unen, por lo ordinario, á dos niños inmaturos en el cuerpo y en el espíritu? De estos enlaces sin reflexîon, ó dictados por intereses mal entendidos, no pueden esperarse sino uniones desgraciadas, desaciertos continuos, frecuentes desórdenes, y una jeneracion sin vigor. Los Grandes no se casan sino para perpetuar su linaje; loca y neciamente ocupados en transmitir su nombre á la posteridad, ellos olvidan todo lo demas por tan vanas quimeras.

Segun esto ¿nos espantarémos de ver, principalmente en las clases elevadas y ricas, tan pocos Esposos felices, y tan gran número de imprudentes, que pasan su vida en atormentarse sin cesar, ó en huirse de continuo? Privados casi siempre de los consuelos y dulzuras que produce el matrimonio, vemos por lo comun á los Grandes y á los ricos buscar en dispendios enormes, en costosos placeres, en disipaciones continuas y en culpables deleites los medios de reemplazar la paz y el bien que les niega la vida doméstica. ¡Cuantos gastos, inquietudes y ajitaciones para suplir la falta de felicidad pacífica y la serenidad continua, de que la razon y la virtud harian gozar incesantemente á los Esposos unidos con los vínculos del cariño, del aprecio y de la confianza! Mas los entes inconsiderados no tienen ni aun idea de estas ventajas inapreciables; estas solamente se esperimentan por los racionales que conocen todo su precio y valor.

¿Puede darse mayor trastorno de ideas, como la opinion depravada que en las clases distinguidas hace que los Esposos se avergüencen de manifestarse la ternura que por su estado se de-

ben uno á otro? ¿Hai cosa mas insensata que una corrupcion capaz de sofocar en los corazones los afectos mas esenciales, mas lejítimos y mas dignos de manifestarse al público? Los que se comportan en el mundo con semejantes irregularidades y caprichos ¿no deberian ser colmados de ignominia y de opróbio?

La ignorancia y las preocupaciones son el oríjen de los males que turban de continuo la felicidad pública y particular. ¿Qué dirémos de la loca vanidad de esos hombres ricos de poco acá que tienen la manía de hacer contraer á sus hijos enlaces con los de familias ilustres, de quienes la suya y ellos mismos no reciben despues sino desprecios é insultos? Los Nobles y los Grandes no se consideran unidos con los vínculos de la sangre á los que son inferiores á ellos en nacimiento; orgullosos y vanos en el seno mismo de la miseria, se imajinan que la riqueza debe darse por mui dichosa con el honor de su alianza.

La esperiencia mas reiterada no puede curar á los hombres embriagados de sus preocupaciones: todo conspira á mantenerlos en ellas: todo contribuye á persuadirlos que el dinero y el poder son los únicos bienes apetecibles, no siendo mas que medios de lograr el bienéstar con el buen uso que de ellos hace la virtud. La educacion de los ricos y de los grandes no los ilustra lo que han menester para ser felices; los hace comunmente avaros y orgullosos, mas no sensibles y racionales.

En adelante hablarémos con mas oportunidad de la educacion que se da al sexô que la naturaleza ha formado para la felicidad del nuestro. Verémos que lejos de cultivar y adornar su delicado entendimiento, su viva imajinacion, el corazon sensible que esta naturaleza concede á las mujeres; lejos de inspirarles ideas, pensamientos é inclina-

ciones que contribuirian á su verdadera felicidad y á la de los Esposos que la suerte les destine, sólo parece que la educacion se propone hacer de ellas unos entes totalmente incapaces de pensar en su dicha y en la de su familia.

En las naciones depravadas por el luxô y la ociosidad, la mujer de un cierto órden se halla siempre ociosa; ella se creeria envilecida y degradada, si se cargase del menor cuidado de su casa; para vivir ocupada, no tiene otro recurso que los divertimientos continuos, dirijidos todos á distraerla de sus obligaciones: estos consisten en un juego habitual y ruinoso, en los bailes donde la vanidad desplega todos los recursos de la coquetería, y en espectáculos donde todo respira la sensualidad, y escita á las mujeres á menospreciar las virtudes que las hacen amadas de sus Esposos: en fin, estos pasatiempos consisten en la lectura de cuentos y novelas, cuyo objeto es avivar incesantemente la imajinacion, y fomentar los deseos que condena la virtud (1).

¿Cómo ha de formar una conducta semejante Esposas virtuosas, atentas y ansiosas de agradar á sus maridos? Las mujeres, cuya cabeza está llena de fruslerías, de imájenes torpes, de diversiones perniciosas ¿serán nunca unas Esposas recojidas, unas madres prudentes y económicas, unas amigas constantes y sinceras, capaces de consolar y

---

(1) Los antiguos apreciaban tanto en las mujeres una vida activa y laboriosa, que sus poetas nos representan á las Princesas, á las Reinas, y aun á sus Damas ocupadas en algun trabajo útil. Los Persas tenian dificultad en creer que Alejandro llevase vestiduras tejidas por su misma hermana. Entre las señoras de *buen tono*, cuanto mas inútil es una labor, tanto mas afanadas las vemos en ella, teniendo á poco el ocuparse en las haciendas domésticas.

aconsejar á sus maridos, cuando su sola presencia las espanta y las molesta? Unos seres consagrados noche y dia al juego, á la sensualidad, á la disipacion y á la coquetería ¿tendrán de sus hijos el cuidado y la vijilancia que su estado les impone? En fin, unos seres enemigos de toda reflexîon ¿se tomarán el trabajo de atender á la obra seria y continua de su propia felicidad, íntimamente enlazada con la de cuantos les rodean (1)?

Gracias al poco cuidado que se pone en la instruccion de los ricos y de los grandes, en vez de ser unos maridos tiernos, humanos y sensibles, son ordinariamente unos indignos déspotas, despreciados y aborrecidos de sus mujeres, á las que, bajo las mas aparentes y bellas esterioridades de decencia, tratan regularmente en secreto como á esclavas, sobre quienes se figuran que tienen derecho de ejercer impunemente su injusticia, sus jenialidades y sus caprichos. Los padres, guiados de la avaricia ó de sus indignas preocupaciones, entregan á estos viles tiranos las víctimas, á quienes la ley rigorosa obliga en casi todos los paises á jemir sin consuelo ni esperanza todo el curso de su vida. En los matrimonios, como se ha visto, no se consulta sino la ambicion, el orgu-

(1) "En cuanto á vosotras ¡ó mujeres! dice Pericles en „Tucídides, el principal y constante objeto de vuestro sexô „ha de ser evitar que el público os censure y critique; el ma„yor elojio que podeis merecer es no dar causa ni á la crítica „ni á la admiracion." Véase *Thucidid. histor. lib.* 2. Conviene observar de paso, que entre los Griegos las mujeres estaban recojidas en sus casas, sin tener parte alguna en la Sociedad; en vez de que en las naciones modernas de la Europa las mujeres viven en el bullicio del trato de las jentes, y debieran por lo tanto procurar adquirir, mucho mas que las mujeres de los Griegos, cualidades que las hiciesen apreciables. Una mujer que vive retirada no ha menester las virtudes precisas para vivir en el mundo.

llo y la codicia, condecoradas con el nombre de *conveniencia.* Asi los matrimonios desgraciados y mal avenidos se componen de dos enemigos que se contradicen y fastidian; que suspiran tras el dia que rompa sus cadenas, ó que, cuando no llegan á este esceso, viven en una completa indiferencia; sus intereses nada tienen de comunes; y de ningun modo procuran ni trabajan en su recíproca felicidad, como ni tampoco en la de unos hijos á quienes han dado la exîstencia para no pensar en ellos jamás.

Nada puede suplir en el matrimonio la union de los corazones y aquella feliz concordia tan necesaria al bienéstar de los Esposos. La mayor riqueza es siempre insuficiente para ocurrir á los gastos, á los pasatiempos y á los innumerables caprichos con que se procura reemplazar el contento sólido que debiera encontrarse en sus propios hogares. Un marido poco aficionado á su mujer, y entregado á la disipacion, al juego y al libertinaje, la reusa por lo comun hasta lo mas preciso. Por su parte, una mujer descabezada y gastadora detesta y se irrita de contínuo contra la economía y el arreglo que su prudente marido opone á sus insaciables deseos, y le mira como al enemigo de su felicidad.

Por lo que hace al plebeyo, como que este, falto de cultura, conserva casi siempre unas costumbres salvajes, y no es capaz de refrenar sus pasiones, mira á su mujer como á una víctima destinada á sufrir sus violencias.

Las leyes en casi todos los paises, guiadas por las bárbaras preocupaciones, no conceden á los Esposos medios ningunos para disolver los matrimonios mal avenidos; estos se ven condenados á sufrir y arrastrar por toda su vida las cadenas que los oprimen; la mujer, sobre todo, no puede sustraerse en manera alguna de la tiranía doméstica de un marido, que la hace padecer en secreto el horrible y for-

midable peso de su autoridad; por otra parte, este se vé precisado á vivir por fuerza con una mujer que incesantemente le deshonra, y cuyo corrompido corazon arde en una llama adúltera. Si los Esposos quieren apartar de sí los objetos que los aflijen, les es necesario revelar sus desgracias al Público, haciendo que resuenen sin pudor en los tribunales sus quejas y los pormenores escandalosos de sus infortunios privados.

Se nos dirá quizá que las leyes no deben fomentar y patrocinar la inconstancia de los hombres; que los vínculos del matrimonio son respetables y sagrados; que no pueden romperse sin perjuicio de la Sociedad; y en fin se nos dirá que la suerte de los hijos quedaria incierta, si les fuese permitido á los padres separarse á su arbitrio. Mas nosotros responderémos á estas especiosas objeciones, que los hombres, á pesar de su inconstancia, están fuertemente contenidos por la fuerza y los vínculos del hábito, por la decencia pública, por el temor de los obstáculos y del vilipendio, y por la complicacion de sus relaciones y negocios; de suerte que no es de creer ni de esperar que unos Esposos de mucho tiempo hace unidos se separen con lijereza. Roma, donde el divorcio era permitido, no nos ofrece en quinientos años mas que un solo ejemplo de él. Los divorcios no se hicieron frecuentes en ella hasta que el luxô hubo corrompido enteramente las costumbres. Los Esposos racionales y prudentes se sobrellevarán recíprocamente, y no tratarán de separarse; pero es útil que dos entes destituidos de razon se alejen y separen: los hijos criados entre disensiones domésticas, no pueden menos de ser infelices y desatendidos, y deben forzosamente pervertirse, en vez de ser unos ciudadanos útiles á la Patria. Los Esposos pobres y miserables, ó de una mediana fortuna, no pensarán en separarse; y los divorcios sólo tendrian lugar en-

tre los ricos, á quienes su estado les permite proveer y asistir á los hijos nacidos de la union que quisiesen romper (1).

Nada es mas respetable y santo que la union conyugal, cuando los Esposos llenan fielmente el objeto que en ella deben proponerse; entonces, de la observancia recíproca de las obligaciones que impone, resulta un bien real y verdadero á los Esposos, á sus hijos y á la Sociedad entera. Si el amor ha formado estos tan dulces nudos, el aprecio, la ternura y la concordia los estrechan y aprietan á cada momento, é impiden que jamás los rompa la inconstancia. Esta nace del vicio ajitado y mal contento: la virtud, siempre tranquila y moderada, hace mas fuertes los vínculos de los Esposos, y los enseña que deben mostrarse en todo caso una indulgencia recíproca: la razon les dicta que, destinados á vivir juntos, la familiaridad entre ellos no debe de modo alguno escluir las atenciones, la urbanidad y los cuidados tan apropósito para escitar y cimentar su afecto; y asi ellos evitarán todo lo que puede disminuir ó ser contrario á su estimacion y cariño. El mundo está lleno de Esposos que sólo parece que reservan sus atenciones y complacencias para los estraños y desconocidos, y que miran á sus mujeres y á sus hijos como unos esclavos condenados á sufrir de continuo su brutalidad y su mal jenio: estos in-

(1) Estas ideas, que como otras muchas en la teoría agradan y persuaden, producirian ciertamente consecuencias mui terribles y funestas en la práctica, si la ley no enfrenase la volubidad de los Esposos; mucho mas en tiempos tan aciagos como los nuestros, en que los vicios y la mala educacion, principalmente de los ricos y poderosos, han corrompido las costumbres á tan alto grado. Asique nuestras leyes civiles, conformes con las divinas y eclesiásticas, tienen establecido lo mas conveniente en este punto. (*Nota del Traductor.*)

sensatos no ven que en su propia casa es donde se necesita establecer el reposo y la felicidad. El trato íntimo no dispensa en manera alguna á los Esposos de que se muestren buenos procedimientos, complacencia y consideracion; por el contrario, la frecuentacion contínua hace mas necesaria esta delicadeza por lo mismo que se están viendo incesantemente. La razon prescribe al marido que temple su imperio con la ternura; y á la mujer la recomienda sumision y paciencia; ceder para esta, es vencer y triunfar: la dulzura es el arma mas fuerte que se puede oponer á las pasiones de un marido, á quien la contradiccion sólo irritaria mas, y le haria intratable. ¡Qué corazon habrá tan cruel y feroz á quien no desarmen la paciencia y las lágrimas interesantes de una mujer dulce, amable y virtuosa!

Por desatender estas reglas importantes, vemos á menudo suceder en los matrimonios los disgustos recíprocos al mas vivo amor. Una prudente y mesurada conducta es sobre todo necesaria en una asociacion que debe durar toda la vida; los respetos y la complacencia no son incómodos ni molestos, cuando es bien claro y evidente el interés que hai en agradarse incesantemente; la atencion sobre sí mismo y el cuidado de evitar todo lo que puede alterar la armonía ó resfriar el buen afecto, llegan á ser fáciles siempre que nos habituamos á ello; por un abuso demasiado comun, la familiaridad de los Esposos es causa de que no se respeten cuanto sería necesario: la mujer casquivana quiere agradar á todo el mundo menos á su marido.

No hai felicidad comparable á la de dos esposos sincera y estrechamente unidos con los vínculos del amor, de la fidelidad y de la sencilla y pura amistad, en quienes estos afectos, sucediéndose alternativamente, se varian sin agotarse nunca. ¡Qué espectáculo mas alagüeño y encantador que el de un

Esposo ocupado en la felicidad de una mujer amada, de la que no se aparta sin sentimiento, y á la que vuelve á ver siempre con un nuevo placer! ¿Hai una felicidad mayor para estos dichosos Esposos, que la de leer cada uno en los ojos del otro el deseo contínuo de su bien y su contento recíproco? Su propia casa tiene para ellos un hechizo que envano buscarian fuera de ella, ó en el tumulto de los placeres. La soledad de un desierto nada tiene de penoso para dos personas que cifran en sí mismas cuanto pudieran desear, y que encuéntran uno en otro las delicias de la conversacion y las dulzuras de la amistad. ¿Hai una alegría mas pura para ellos que la de verse rodeados de unos hijos que, formados á expensas de su comun cuidado, serán sabios y virtuosos, y servirán un dia de consuelo y de apoyo á su vejez?

De la union de los Esposos dependen ciertamente las virtudes de su descendencia. Un Padre vicioso y tirano no puede formar sino esclavos llenos de vicios. Una Madre frívola, enamorada y gastadora no sabrá educar hijas prudentes, modestas y recatadas: una madre de familia, incapaz de vivir ocupada, falta de prevision y de economía, no puede criar sino hijos que llevarán consigo desórdenes y vicios á las casas en que presidirán un dia. Á la estravagancia y á la depravacion de tantos malos matrimonios deben atribuirse los males que aflijen á las naciones enteras.

Á esta misma corrupcion debe tambien atribuirse la multitud de solteros que se encuentran principalmente en los paises donde el luxô y la disolucion han fijado su domicilio. Los hombres corrompidos y dominados de la sensualidad huyen de unos vínculos molestos para la inconstancia, porque encuentran en la corrupcion jeneral medios de satisfacer las exijencias de su temperamento, sin necesidad de car-

garse con las molestias de una casa; ademas de que ellos miran á las mujeres como un bien comun, ó al menos como una conquista tan facil de conseguir como de emprender. Los desórdenes ó la facilidad de las mujeres deben necesariamente multiplicar el número de los cortejos y de los celibes.

Por otro lado, los hombres mas sensatos temen tambien unos vínculos capaces de hacerles infelices por toda su vida. La mala educacion de las mujeres, su pasion desenfrenada á el fausto y los placeres, y lo raros que son los buenos matrimonios, son razones mui poderosas que hacen preferir el celibato á unos nudos en que es tan dificil encontrar felicidad y sosiego. La mayor opulencia apenas basta en un pais de luxô para satisfacer las necesidades creadas por este luxô caprichoso. El hombre teme empobrecerse luego que tiene hijos.

Sinembargo, ello es cierto que el celibe se priva de las muchas ventajas que la union conyugal puede producir. Un viejo solteron es un ente solitario que en su vejez y en sus enfermedades se halla por lo comun abandonado y entregado á la rapacidad de sus criados; no esperimenta en sus penalidades los cuidados y la vijilancia de su mujer y de sus hijos; y pena y se consume en su vejez rodeado de parientes colaterales que suspiran por su herencia.

Muchos Moralistas han declamado contra el celibato, mirándole como un manantial de corrupcion; los Lejisladores han querido castigarle como contrario á la poblacion; pero unos y otros no han conocido que el celibato, cada vez mayor, era efecto de la corrupcion pública, autorizada ó tolerada por los malos Gobiernos ó las instituciones viciosas. Envano Augusto publicó leyes contra los celibes, mirándolos como unos conju-

rados que maquinaban la pérdida del Imperio. Arrancando de raiz el luxô, reformando las costumbres y gobernando á las naciones segun las reglas de la equidad, es como se puede estimular á los hombres á multiplicarse. El despotismo, el luxô y el desprecio de las buenas costumbres son calamidades que reunidas aceleran la ruina de un Estado. Un mal Gobierno destruye y aniquila hasta las jeneraciones futuras; y forma de los hombres unos esclavos infelices é inciertos de su suerte, que viven al acaso, y no pueden pensar en multiplicarse sin riesgos y temores; los hijos no harian mas que acrecentar sus necesidades presentes y sus inquietudes con relacion á lo futuro. La poblacion se aminora bajo un Gobierno que solo hace infelices, y en las naciones donde el vicio levanta erguida la cabeza.

Reprimiendo el luxô, corrijiendo las costumbres, castigando el adulterio y la prostitucion pública, un Lejislador virtuoso logrará disminuir el número de los celibes, y hacer los matrimonios mas felices y capaces de formar ciudadanos para el Estado. Sentimos y nos quejamos de los efectos, y no recurrimos á sus causas: bajo un mal gobierno y unos Príncipes sin virtud y sin vijilancia, la masa entera de la Sociedad necesariamente se corrompe y disuelve.

La política y la moral se interesan igualmente en deprimir y evitar el celibato. El matrimonio une al hombre mas íntimamente á su pais y á la Sociedad, estimulándole al trabajo: el padre de familia es semejante á un árbol robusto, que se agarra y arraiga en la tierra con muchas y profundas raices. El efecto del celibato, por el contrario, es divolver y aniquilar el interés público, reconcentrar al hombre en sí mismo, hacerle un egoista, é inspirarle una profunda indiferencia para

con los demas. El celibe vive el dia presente y piensa poco en el de mañana: en una palabra, el soltero por lo comun es duro é insociable, porque su corazon no llega á enternecerse y penetrarse de los multiplicados afectos que causan los tiernos nombres de Esposo y Padre.

CAPÍTULO II.

Deberes de los Padres y las Madres, y de los Hijos.

El principal objeto del matrimonio es procrear hijos que lleguen á ser algun dia miembros útiles á la Sociedad, y consoladores y apoyos de sus Padres. El amor de los Padres y las Madres á sus hijos es un afecto que se halla aun en los brutos mas indomésticos y fieros, á los cuales los vemos animados de la mas tierna solicitud por sus hijuelos: este afecto debe ser mas vivo todavia en el hombre, que vé en su descendencia á los cooperadores de sus trabajos, unos amigos unidos con él por la conformidad de intereses, y á los apoyos de su vejez. Un Padre espera que los hijos, de quienes cuida ahora, le recompensarán algun dia sus cuidados y afanes, en vez de que los brutos aman y cuidan á otros brutos incapaces de reconocimiento, que los abandonarán al punto que sus fuerzas les permitan vivir sin ajenos socorros. De donde se infiere que los Padres tienen menos afectos ó instinto que los brutos si, habiendo dado el ser á sus hijos, descuidan ocuparse en su bienéstar.

La exîstencia no es un bien sino es feliz; la vida sería un don fatal, si fuese de continuo miserable. No es, pues, por haber recibido la vida de sus Padres por lo que un hijo les debe su reconocimiento; esta vida puede ser solo efecto del

placer sensual, ó de un ciego apetito que únicamente se proponga el ser saciado y satisfecho: la ternura, la piedad filial, la gratitud de un hijo se fundan en el cuidado y desvelo de sus Padres por su felicidad.

La autoridad paternal, fundada en la naturaleza y en las necesidades del hombre débil en su infancia, es mui justa, porque tiene por objeto la conservacion y la felicidad de quien, sin los socorros contínuos de sus Padres, se hallaria espuesto á perecer á cada instante, y que por sí solo no podria librarse de los peligros que le rodean. El hombre al nacer, siendo de todos los animales el mas incapaz de defenderse y de procurar su sustento, se halla pendiente y necesitado de aquellos que al darle la vida, se obligaron á conservársela, y á suministrarle los medios de satisfacer sus necesdades.

El infante, viniendo al mundo, se encuentra en sociedad con su Padre y con su Madre, de quienes, sin saberlo, recibe por mucho tiempo socorros y servicios gratuitos. Mucho despues llega á conocer las obligaciones que ha contraido con ellos, el reconocimiento que les debe, y el modo con que ha de pagarlos; y su razon, cuanto con los años se aumenta, le muestra la necesidad de llenar sus deberes, ó de satisfacer sus deudas. La opinion pública, el temor de la ignominia, las nociones de la virtud, y el hábito de obedecer á sus padres, le indican y hacen fácil la conducta que está obligado á seguir, y confirman en él los afectos que debe á los que piadosos y benéficos se han ocupado constantemente en hacerle feliz. De este modo todo conspira á gravar en los corazones la *piedad filial*; esto es, aquella ternura obediente, tímida y respetuosa que los hijos bien educados se reconocen en obligacion de mostrar á sus

Padres, á cuyo amor nunca pueden mostrarse demasiadamente agradecidos. En fin, los hijos deben pensar que llegarán á ser Padres algun dia, y que para adquirir derechos al cariño y reconocimiento de su descendencia, deben manifestar estos mismos afectos á los autores de su sér. *Espera de tu hijo*, dice Thales, *lo mismo que has hecho con tu Padre.*

La ternura paternal, ó el amor de los Padres á sus hijos, está fundado ademas en motivos justos y racionales, y no, como se ha creido vulgarmente, en una pretendida *fuerza de la sangre*, ó en una simpatía oculta que la ignorancia ha inventado á su antojo: este amor tiene por base la esperanza de encontrar algun dia en los hijos, hombres que, reconociendo los desvelos y socorros que han recibido de ellos, les acrediten en retorno una respetuosa aficion, un celo á toda prueba y unos cuidados ardientes y continuos. Por otra parte, el amor propio de un Padre se gloría de haber producido, por decirlo así, otro *él mismo*, y de haber dado la exîstencia á una criatura que perpetuará su nombre, que renovará su memoria, y que le representará en la Sociedad. Esta es evidentemente la causa de las pesadumbres que padecen los Grandes de la tierra cuando no logran sucesion, porque temen que sin ella quedan sus nombres olvidados, así como se imaginan perpetuar su propia exîstencia, é inmortalizarse dejando hijos á su muerte. De este modo la imajinacion de los hombres, anticipando lo futuro, les hace gozar de antemano y tener presente lo que pasará en el mundo cuando ellos no sean ya mas que polvo y nada.

En fuerza de esto, los Padres forman frecuentemente proyectos para sus descendientes, establecen los fundamentos de su grandeza, tratan de

su fortuna, arreglan su suerte y destino por medio de sus testamentos, y á veces hacen unos sacrificios reales y penosos á la idea de la felicidad de su jeneracion, sinembargo que saben que ellos no la presenciarán. Todo hombre se figura ver hoi lo que pasará despues de su muerte; la imajinacion llega á veces á crearnos quimeras, en las que nos fijamos aun mas que en las realidades; mas las que produce la ternura paternal son útiles á la Sociedad, pues que por ellas un buen Padre se priva de mil goces y placeres con la idea de que los disfruten unos hijos que todavia no exîsten. ¿Qué vendrian á ser las familias, si el espíritu de cada ciudadano se encerrase en los límites de su exîstencia presente, sin pensar nunca en lo futuro? Los Padres sin prevision, ó que, para satisfacer sus pasiones y placeres, descuidan lo que deben á su descendencia, son justamente vituperados de sus contemporáneos. El hombre que sólo piensa en sí y para sí, es mirado como un mal padre y un mal ciudadano.

Sinembargo es preciso convenir en que este temor de lo futuro, cierto ó figurado, hace muchas veces á los Padres injustos y crueles con sus hijos. Un padre avaro no quiere desprenderse de nada mientras vive; y bajo el pretesto del mayor bien de sus hijos, á quienes dejará sus tesoros, les reusa frecuentemente hasta lo mas preciso. El avaro sólo es bueno despues de muerto, mas en vida es aborrecido. Un Padre de talento, prudente y próvido se abstiene de entregar su fortuna á una juventud ardiente y fogosa, que desconoce casi siempre las reglas de una sábia economía; además de que sabe que sería imprudencia desprenderse enteramente de todo, y constituirse en la dependencia de los que justamente deben depender de él; pero si ama verdaderamente á sus hijos, un

padre, encuanto puede, los pone en estado de ser felices durante su vida, porque él mismo goza entonces del placer que les causa.

La moral en todos tiempos ha sido obscurecida con ideas falsas, y nociones vagas, confusas y destituidas de esperiencia: la ternura paternal y la piedad filial se han considerado como unos afectos *innatos* que los hombres sacaban al nacer, y que eran inherentes á la sangre. Pero la mas lijera reflexion hubiera debido desengañar á los hombres de esta preocupacion tan lisonjera. Un Padre se ama á sí propio en su hijo, y ama á un sér de quien espera contento, placer y socorros. Un hijo bien educado ama á su Padre, porque vé en él á su mayor y mas seguro amigo, á el autor de su bienéstar, y el oríjen de su felicidad. Estos afectos de parte de ambos se hacen habituales, y pasan entonces por efectos del *instinto* ó de la naturaleza. Mas sinembargo estos afectos no se encuentran en las naciones corrompidas, y en las familias mal reguladas.

Envano sería esperar de la naturaleza, del instinto ó de la fuerza de la sangre unos afectos que los desvelos y la ternura de los Padres no hubiesen sembrado y cultivado en los corazones de los hijos. No basta el ser Padre para escitar en ellos el cariño y la recompensa que el derecho de Padre debe prometerse y esperar. Para ser amado es menester hacerse amable; esta es una ley de la que no puede exîmirse hombre alguno. La exîstencia, como acabamos de decir, no es un bien por sí sola, sino por las ventajas que trae consigo. Los Padres han recibido de la naturaleza una autoridad lejítima sobre sus hijos; mas ninguna autoridad sobre la tierra dá el derecho de dañar ó hacer infelices y desgraciados: toda dependencia, toda sumision no puede tener otro motivo

que el bien que resulta de la autoridad que manda; el título de Padre no puede dispensar de esta ley natural y primitiva. Un Padre que abusa de su poder, que no muestra ni amor ni cuidados á sus hijos, que por el contrario ejerce sobre ellos un imperio injusto, que se opone á su felicidad, que descuida y desatiende el proporcionarles todo el bienéstar y la dicha posibles, se hace indigno del nombre de Padre, y no debe prometerse encontrar en sus hijos afectos de un sincero amor, precio solo de la bondad y del cariño. La piedad filial no puede fundarse sino en la ternura paternal; estos sentimientos naturales desaparecen luego que carecen de apoyo, porque la ley de la naturaleza quiere que el hombre solamente ame y se incline á lo que contribuye á su felicidad, á la que su naturaleza le dirije incesantemente.

¿Cuántos Padres vemos transformados en tiranos, que no miran á sus hijos sino como á unos esclavos destinados por la naturaleza á sujetarse en todo y por todo á sus despóticos caprichos? Estos insensatos se imajinan que por haber dado la vida á unos hijos á quienes deben amar, han adquirido el derecho de hacer de ellos unos juguetes de su mal humor y de sus ridículas arbitrariedades. El nombre de Padre, que encierra la idea de cariño y del mas tierno interés ¿debe acaso ofrecer á los hijos la idea de un amo tiránico y cruel, de cuyos golpes y malos tratamientos no tengan derecho á defenderse? ¿Se les puede dar el nombre de Padres á esos ambiciosos (1), injus-

---

(1) Todo hombre que no esté ofuscado con sus preocupaciones, forzosamente ha de conocer la perversidad de las leyes y los usos de aquellos paises, donde, por favorecer la necia vanidad de algunos nobles, el hijo mayor se carga solo con todos los bienes de la familia, dejando á los demas hermanos y

tos con sus hijos, que los sacrifican cruelmente á la fortuna de un primojénito, sócolor de que éste se encarga de mantener en el mundo el esplendor de su familia? ¿Hai una barbaridad mas feroz que la de esos indignos padres que, para mejor dotar á una hija, seducen y fuerzan á su hermana á que ella misma se condene á una prision perpetua, que dia y noche regará por toda la vida con sus lágrimas? Los hombres de este horrible y afrentoso carácter no pueden llamarse padres, ni merecen el título de hombres; las leyes debieran sustraer á sus desventurados hijos de una autoridad, de que abusan tan detestablemente.

En el establecimiento de los hijos es en lo que ostentan toda su crueldad los padres injustos: guiados comunmente de una sórdida avaricia, ó de una loca vanidad, nunca los vemos consultar para nada las inclinaciones de sus hijos. En el capítulo anterior hemos observado las deplorables consecuencias de los matrimonios que sólo forma el interés, del cual son víctimas los mismos esposos; mas donde se vé sobresalir la dureza de los padres, es cuando sus hijos, casualmente seducidos del amor, tienen la desgracia de contraer un enlace contra su voluntad: entonces implacables estos padres rara vez perdonan el menosprecio de su autoridad; en lugar de tranquilizarse con el tiempo, y de olvidar unas faltas ya irremediables, los vemos con frecuencia llevar su horrible venganza mas allá del sepulcro, y por medio de inhuma-

---

hermanas en la miseria y la indijencia. ¿No es vergonzoso que en las naciones que se llaman civilizadas, la lejislacion autorice unas costumbres tan locas y desnaturalizadas? ¿Tendrán algunas obligaciones de amor y gratitud con sus padres unos hijos desheredados por la ley?

nas desheredaciones sacrificar su propia sangre á la desesperacion y á la miseria.

¿Deberá cerrarse para siempre á la piedad el corazon de un Padre? Solo el vicio incorrejible, ó el crímen inveterado pueden autorizar la parcialidad con sus hijos; si es el autor de sus dias, debe á todos hacerlos felices. Como juez de su familia debe ser justo, recto é imparcial. La deformidad corporal ¿es acaso una razon para aborrecer á un hijo, que por lo mismo es un objeto digno de compasion? ¿Qué corazones tendrán algunos padres, que porque un hijo es desgraciado se complacen en hacerle sentir todavia mas el peso de su miseria? Un hijo contrahecho ó imperfecto merece lástima, y por lo mismo su talento debe ser cultivado con mas esmero y cuidado, para reparar la desgracia ó el capricho de su suerte (1).

Y ¿qué dirémos de la debilidad de aquellos padres, que sólo ven en sus hijos los herederos de sus bienes, cuya importuna presencia les recuerda de continuo que se han de morir? Mas estos hombres, que tanto temen la muerte ¿dejarian de morirse sino tuvieran hijos ó herederos? *Los hombres*, dice Homero, *se suceden unos á otros como las hojas en los árboles* (2).

---

(1) Se cuenta de un Majistrado de Francia, que desheredó á su hija en su testamento solamente porque era fea; bien que este testamento fue anulado por sentencia del Parlamento de París.

(2) Montagne dice con mucha razon hablando de los hijos: "la envidia que nos causa el verlos lucir y gozar del mundo, "cuando nosotros estamos ya para dejarle, como que nos ha"ce mas ahorrados y miserables con ellos. Nos aflije el que "nos vengan empujando para salir de este mundo; mas si esto "nos molesta y entristece, siendo así que el órden de las co"sas pide que ellos no puedan verdaderamente ser ni vivir si"no á costa de nuestro sér y nuestra vida, nosotros en este

La avaricia y la prodigalidad tanto una como otra ahogan en las almas los afectos del amor paternal. En las naciones corrompidas con el luxô, con la vanidad, con el deseo de ostentar, y sobre todo con el contajio del vicio ¿puede darse el nombre respetable de padre á hombres frívolos, disipados y corrompidos, que todo lo prodigan á sus vergonzosos placeres, y que, ocupados en satisfacer sus estravagantes ó criminales caprichos, nada hacen por sus hijos, que miran como una pesada carga? Estos ciegos, á quienes desórdenes y locuras hacen enemigos de su propia sangre ¿se lisonjean por ventura que malgastando sus riquezas con los estraños, los desconocidos, los parásitos y las malas mujeres, se granjearán en ellos unos amigos mas verdaderos y constantes que en sus propios hijos, á quienes la naturaleza los une con unos vínculos tan sagrados? Unas personas estrañas y desconocidas ¿vendrán por fortuna en su vejez, ó en sus enfermedades, á consolar y asistir á estos padres, que no han procurado cultivar unos amigos tiernos y domésticos en sus hijos? Pero la vanidad y el luxô sofocan de tal modo en los corazones los afectos mas naturales, que la mujer propia, los hijos y los parientes de un libertino están á mayor distancia de su corazon que los desconocidos, los aduladores y las mujeres corrompidas, que jamás le servirán de nada.

En vista de una conducta tan cruel y tan contraria al cariño paternal, no debemos admirarnos de que el amor de los hijos á sus padres sea tan

---

»caso debemos abstenernos de ser padres." Mas adelante dice: "Es una injusticia el ver que un Padre viejo, cascado y cadavérico goce solo en el rincon de su hogar de unos bienes »que bastarian para mantener y fomentar á muchos hijos." *Essais lib. 2. cap. 8. pág.* 65.

raro, ni de que en muchas naciones parezca un fenómeno. Los padres malos y crueles ejercen una autoridad irritante sobre unos infelices y desventurados, que por lo comun sólo ven en los autores de sus dias unos tiranos, á quienes el decoro les obliga á ocultar su odio; ó unos hombres despreciables, que con su vida ponen largos obstáculos á los placeres y desórdenes que estos hijos querrian imitar. Los padres viciosos comunican sus vicios á los hijos, haciéndoles desear con ardor é impaciencia el tiempo en que puedan libremente entregarse á los mismos desarreglos que han visto practicar: los padres insensibles y crueles ¿podrán prometerse de sus hijos los afectos que ellos no les han inspirado, ó que han sofocado en sus corazones?

Los malos padres no sufren el que sus hijos los imiten. *Los que reprenden á sus hijos*, dice Plutarco, *por las faltas que ellos mismos cometen, no ven sin duda que en las personas de sus hijos se condenan á sí propios* (1). En efecto, los hijos consideran como bueno todo lo que ven practicar á sus padres, y los quieren imitar á pesar de sus prohibiciones y mandatos. Jamás se les persuadirá á que no se encuentra placer en las acciones que ven ejecutar á sus padres ó á sus maestros; las prohibiciones y preceptos no hacen entonces sino irritar su curiosidad, y hacerles desear el tiempo en que puedan practicar sin estorvos los ejemplos que han recibido en casa de sus padres. Por esto dice con mucha razon Juvenal, *que se debe mucho respeto á la infancia* (2). No ejecutando delante de los hijos sino cosas laudables es como se les hace virtuosos; y no alabando en su presen-

---

(1) Plutarco en su Tratado de la Educacion de los hijos. 13.
(2) *Maxima debetur puero reverentia.* Satyr. 14. vers. 47.

cia sino las acciones verdaderamente apreciables, es como se les inspira el gusto de lo bueno y de lo bello.

El que quiere merecer el nombre de padre y gozar de las prerogativas propias de este título respetable, debe llenar con esmero las obligaciones de su estado. Un buen padre ama á sus hijos, y procura granjearse su cariño y amistad; desea complacerlos; teme perder su ternura y sofocar su reconocimiento con injustos y crueles rigores; se arma de paciencia, porque sabe que una edad privada de razon y de esperiencia es mas digna de piedad y de induljencia que de ira y castigo: no condena en su hijo los placeres y los juegos inocentes, que serian intempestivos y ridículos en la edad de un padre, y sólo sí le reprende y condena aquellos placeres peligrosos que corromperian su corazon y su entendimiento. Los hijos, sin juicio todavía, mirarán quizá estos obstáculos como una tiranía, y su falta de razon y esperiencia los indignará contra un yugo incómodo á sus ciegos deseos; mas llegados á la edad de la madurez y de la reflexîon, algun dia sin duda agradecerán la justa inflexîbilidad que se oponia con prudencia á sus antojos y locuras.

No es, pues, una ciega induljencia, y por lo tanto cruel y peligrosa, la que constituye la verdadera bondad de un padre, sino una induljencia prudente y racional. Los padres demasiado fáciles no son buenos, sino débiles; esta debilidad, que los ciega para no ver los vicios de sus hijos, hace de estos unos seres incómodos y dañosos tanto á los mismos padres como á la sociedad. Un buen padre es aquel que, siendo induljente con las faltas inseparables de una edad sin juicio y sin prudencia, se arma de su autoridad, y emplea, si es menester, el rigor del castigo, para reprimir las

disposiciones criminales del corazon, para domar las pasiones insociables, y para contener y correjir las inclinaciones que, hechas habituales, harian algun dia á su hijo odioso en el mundo, y por lo mismo mísero é infeliz.

Mas el rigor injusto y fuera de tiempo sólo hace esclavos cobardes ó rebeldes. Todo padre, guiado de la razon, debe mostrársela á sus hijos, y obligarles á conocer que si repugna y resiste á sus deseos es con justicia. Un gobierno arbitrario ó tiránico produce proporcionalmente en las familias los mismos inconvenientes y perjuicios que en las grandes sociedades: un padre de familia que quiere reinar despóticamente sobre los suyos, y gobernarlos con terror, jamas logrará el afecto de sus súbditos. Los padres tienen la locura de exîjir que sus hijos, en una tierna edad, tengan las mismas ideas, las mismas inclinaciones y los mismos gustos que ellos. Mas debe ser bastante raro que los hijos tengan las inclinaciones de sus padres, porque estos regularmente, haciéndoles sufrir mucho y padecer para inspirarles sus mismas ideas, no hacen en realidad sino disgustarlos y hacérselas odiosas.

¡Qué cosa mas ridícula que el vano orgullo de aquellos padres que se hacen inaccesibles á sus hijos, que siempre les muestran un rostro airado y severo, y que jamás los estrechan en su seno! El buen padre vive enmedio de sus hijos, y se presta á sus juegos inocentes; les hace contraer la costumbre de vivir con él en justa confianza; recompensa con sus tiernas caricias los esfuerzos que hacen por complacerle; sabe que su ternura es el móvil mas poderoso para escitar al bien á unos espíritus flexîbles, á quienes una severidad habitual haria duros y rebeldes; no teme que una familiaridad prudente y circunspecta le haga perder sus derechos ó su autoridad; conoce que esta nunca es mas segura

y mas fielmente obedecida que cuando es justa y fundada en el amor y la ternura: en fin, se abstiene de aquellos modales rijidos y groseros, que llegan á ser inhumanos, cuando se ejercen fuera de tiempo con aquellos á quienes es prohibida toda defensa. El padre que apoca y envilece el ánimo de sus hijos, no puede lisonjearse de que formará de ellos unos hombres de bien; los hará sí falsos, disimulados y mentirosos, que tendrán todos los vicios de los mas bajos criados ó de los mas viles esclavos. Un buen padre debe tratar á sus hijos como amigos, consultar su delicadeza, y temer no se relaje el vigor de sus almas; nada bueno puede esperarse de unos corazones envilecidos. El derecho de padre no da el derecho para contristar y aflijir importuna é indebidamente á los que quiere correjir. ¡Cuantos padres hai tan injustos que fatigan y maltratan á sus hijos con ultrajes, para castigarlos despues por su cólera y soberbia! En fin ¡cuántos padres vemos mas imprudentes y faltos de razon que sus mismos hijos, siendo asi que ellos debieran enseñarlos á refrenar y contener sus pasiones!

Si la autoridad paternal, por respetable que sea, no da nunca derecho de ser injusto, tampoco debe ser obedecida cuando exije cosas contrarias á la virtud. El padre de Agesilas, Rey de Esparta, solicitando de su hijo el que juzgase contra las leyes, *¡ó padre mio!* le respondió, *tú me has dicho en mi juventud que obedeciese á las leyes; quiero, pues, al presente obedecerte, no juzgando contra ellas* (1).

Una buena educacion es el mas importante de los deberes que la Moral impone á los padres por su propia felicidad, por la de sus hijos, y por el bien jeneral de la Sociedad. Por medio solamente de una

(1) Plutarco. *De la mauvaise honte.*

buena educacion pueden prometerse los padres formar unos dóciles ciudadanos que sean algun dia útiles al Estado. Si las ocupaciones indispensables, ó una incapacidad absoluta impiden muchas veces á los padres y madres cultivar convenientemente el entendimiento de sus hijos, nada podrá dispensarles de que al menos velen sobre la educacion que les hagan dar, de que cuiden de sus costumbres, y de que les inspiren el amor á la virtud. Si los talentos necesarios para enseñar las ciencias sublimes y dificiles están reservados á mui pocas personas, todo hombre de bien y esperimentado está en disposicion de enseñar á su hijo los deberes de la honestidad, de la buena crianza, de la probidad, de la justicia y de la humanidad: los padres virtuosos pueden con su ejemplo, mas que con sus lecciones, indicar á sus hijos el camino de la virtud, la sola que puede hacerlos apreciables; y enseñarlos á que sepan hacer un buen uso tanto de los talentos del alma como de los dones de la fortuna (1).

Por una convencion tácita de la Sociedad, los padres le son responsables de los vicios y delitos de sus hijos, lo mismo que los hijos sufren muchas veces la pena de las iniquidades de sus padres. La opinion pública, que degrada y condena á una especie de ignominia al padre de un hijo culpable, parece que supone que este hijo no se hubiera entregado al crímen, ni se hubiera hecho merecedor del castigo impuesto por las leyes, si hubiese recibido de su padre una recta educacion y unos buenos ejemplos. Castigando al hijo por los delitos de su padre parece que con esto indica la

(1) "El ejemplo, dice un Moralista moderno, es un "cuadro vivo que pinta la virtud en accion, y que comu"nica la idea que la mueve á todos los corazones que le miran." *Les Mœurs, part. 2. cap. 1. art. 3. §. 1.*

Sociedad la justa desconfianza que se debe tener en el hijo, á quien su padre no ha podido inspirar dignos sentimientos. Hé aquí como las preocupaciones, por lo comun injustas en sus efectos, tienen sinembargo algunas veces fundamentos razonables. La esperiencia nos muestra á pesar de esto, que los padres mas virtuosos y justos suelen tener hijos monstruosos en los vicios; y que un hijo digno de aprecio y estimacion puede tener un padre despreciable; mas el público, que rara vez se toma el trabajo de profundizar las cosas, condena indistintamente á los padres y á los hijos que son conocidos por sus crímenes; bástale saber en lo jeneral que los padres neglijentes ó malvados crian por lo comun hijos perversos, y que estos, ordinariamente, han aprendido desde niños la doctrina de sus Padres. El hijo de un juez avaro, de un usurero, de un hombre malvado, tiene que avergonzarse de haber nacido de semejante padre. Para los hijos virtuosos es una herencia fatal los delitos é infamia de sus padres.

Nada es, pues, mas interesante á los padres que ofrecer á sus hijos ejemplos virtuosos, y habituarlos desde mui temprano á seguirlos y practicarlos. Una buena educacion es la mejor herencia que uno puede dejar á sus hijos; ella repara á veces la ruina del caudal, y otras es poderosa á borrar de la memoria de los hombres las iniquidades de los padres.

Una educacion virtuosa es la que principalmente hace á los padres merecedores del reconocimiento, del amor, del cariño y de los ardientes desvelos de sus hijos (1). Formados estos por los preceptos de una buena Moral, reconocerán lo que deben á unos padres que despues de haberlos dado la existencia, se han ocupado amorosa y tiernamente en conservarlos la vida. Sabrán venerar á la que los ha llevado en su seno, los ha criado á sus pechos, ó al menos ha mostrado la mas tierna solicitud en librarlos de peligros y de enfermedades; que poco á poco los ha enseñado á espresar sus deseos; que ha soportado la debilidad y molestias de su edad imbecil; conocerán que estos cuidados continuos, multiplicados y penosos no llegan nunca jamas á ser pagados y satisfechos aun con el mayor reconocimiento, con la mayor sumision, con el cariño mas íntimo y permanente, ni con el mas profundo respeto. En fin, todo los convencerá que los justos sentimientos de un rendimiento y gratitud sin límites no deben borrarse jamás ni por las molestas jenialidades, ni por las enfermedades largas, ni por las debilidades ó flaquezas de la edad de los padres.

(1) Solon mandó por una ley que un hijo no estuviese obligado á mantener á su padre en la vejez, si este padre, teniendo medios para haberle enseñado un oficio, habia descuidado esta obligacion.

Esta Moral les hará ver tambien el respeto y amor que ellos deben igualmente á un padre vijilante y benéfico, que ha trabajado con el mayor cuidado en granjearles ó conservarles su fortuna ó los talentos necesarios para subsistir con honor, y ocupar un estado y lugar apreciables en la Sociedad. Se gloriarán de ser descendientes de un padre estimado de sus conciudadanos; se lisonjearán de haber recibido de él la existencia, y tambien la educacion y los talentos con que procuró cultivar y adornar su espíritu; el dulce nombre de un padre amable por su bondad, respetable por sus conocimientos y virtudes, y querido por sus beneficios, escitará siempre en sus almas justas y sensibles un enternecimiento que enfrene los deseos de un sórdido interés. ¡Un hijo bien educado puede ser tan estremadamente codicioso que desee la muerte de un padre, á quien es imposible deje de mirar como á

su mas grande bienhechor, y como á su mas sincero amigo! Sentimientos tan bajos y crueles solamente son propios de las almas depravadas de aquellos hijos corrompidos, cuyos vicios insaciables necesitan de la muerte de un padre para entregarse á ellos libremente (1). Tan indignos votos sólo pueden formarlos unos esclavos irritados por la tiranía, ó unos hijos descuidados ó abandonados por unos padres viciosos y desarreglados. Nunca tendrán cabida semejantes deseos en el corazon de un hijo virtuoso, ó á lo menos se verán sofocados mui prontamente en él: la educacion, la Moral y la opinion pública siempre favorable á los padres, unánimemente le harán conocer que un padre el mas injusto, el mas molesto, el mas enfadoso, es sin embargo padre, es el autor de sus dias, y siempre tiene momentos felices en que su ternura se manifiesta; si su alma ulcerada con los malos tratamientos no le permite esperimentar un cariño sincero y verdadero, le respetará por lo menos; temerá deshonrarse con procedimientos que le atraerian el vituperio de la Sociedad; y su deber y su merecimiento consistirán en saber perdonar los duros tratamientos que recibe de una mano respetable; sufrirá en silencio los males que no puede remediar; se someterá con valor al destino rigoroso que le hace por un tiempo infeliz y desgraciado; en fin, se lisonjeará de los triunfos reiterados que la virtud le hará conseguir contra los impulsos repentinos de que se sienta ajitado, sacrificándolos á sus forzosos deberes. ¿Hay

---

(1) Un hijo de esta calaña, señalando un dia á su padre, les decia á sus camaradas: *¿Veis allí aquel pícaro? Pues él retiene mucho tiempo háce mi fortuna y mis bienes, de los que yo sabría usar provechosamente si cuanto ántes me dejase en paz.*

cosa mas noble ni mas grande que el perdonar las injurias de un padre? ¿Hay prenda que haga á un hijo bien educado mas digno de los aplausos de su propia conciencia, que el saber vencer los ímpetus de un corazon solicitado por todas partes á la venganza? Ademas, ¿podria serle nunca agradable esta venganza, cuando siempre sería condenada por la Sociedad entera? Un hijo infeliz y desgraciado por la injusticia de su padre, es como el ciudadano infeliz y desgraciado por la tiranía de su Rey; ni al uno ni al otro le es permitido hacerse justicia por sí mismo, y violar con su cólera y venganza los derechos de la Sociedad. *La sumision de los hijos á los padres*, dice Adisson *es la base de todo gobierno, y la medida de la que el ciudadano debe á sus superiores: ¿á quién obedecerá el que desobedece á su padre* (1)?

Asiqué la sana Política, siempre de acuerdo con la sana Moral, prescribe que los hijos esten sometidos á sus padres; esto exije el interés de las Sociedades, lo mismo que el interés de las familias; cada padre de familia es un Rey en la suya; mas jamás le es permitido hacerse en ella un tirano. El Gobierno de los Chinos ha tomado la autoridad paternal por modelo de la suya; pero, á ejemplo de las leyes Romanas, da con la mayor injusticia á los padres el derecho de vida y muerte sobre sus hijos: por los mismos principios el Gobierno Chino es arbitrario y despótico, y produce tiranos con frecuencia. Las leyes mas racionales, fundadas en una Moral sabia, no consienten ni á los Soberanos ni á los padres el ejercer la tiranía; conceden á los pueblos el reclamar contra la tiranía del padre de los pueblos; y prohiben al padre de familia usar de su po-

---

(1) *Mentor moderne.*

der de un modo injusto y cruel; mas tambien ordenan á los hijos sufrir las injusticias de sus padres (1).

Estos son los principios y los deberes que la Moral enseña á los padres; estos los preceptos que da á los hijos: preceptos que una educacion virtuosa debe inculcarles para hacérselos familiares. Si estos principios se ven á menudo olvidados ó desconocidos, es á causa de que los padres neglijentes disipados ó perversos son incapaces de inspirar á sus hijos unos sentimientos virtuosos; es porque frecuentemente los padres injustos sólo tratan de imprimir el ódio y el aborrecimiento en unas almas, en las cuales debieran, por el contrario, establecer y consolidar el respeto y el amor.

Son mui comunes las quejas de que los hijos no profesan á sus padres un cariño igual al que los padres tienen á sus hijos: el amor paternal, se dice comunmente, es superior á la piedad filial. Nada

(1) Las leyes de la China, favoreciendo la autoridad paternal, y haciéndola en todo sagrada, han remediado de algun modo el despotismo del Gobierno. A pesar de este despotismo, la China, segun dicen, se halla mui poblada, porque cada uno tiene el mayor interés en llegar á ser padre de familia ó Rey en su casa. Por el contrario en las naciones Europeas no es tan grande la subordinacion de los hijos á los padres, cuando aquellos ya no dependen de estos por los vínculos del interés y de la fortuna. Entre los Grandes sobre todo, los padres y los hijos se comportan como estraños que nada tienen de comun entre sí; los hijos pleitean indecorosamente contra los padres, tratándolos con todo rigor. Unos séres insensibles y desmoralizados no temen deshonrarse en las naciones, donde el dinero todo lo hace perdonable, hasta la violacion de la ternura paternal y de la piedad filial. *Virtus post nummos* es la divisa de los paises donde el luxô ha erijido su trono sobre la ruina de las buenas costumbres.

mas facil que conocer y dar la razon de este fenómeno moral. Es raro, y casi imposible, el que un padre, aun el mas cariñoso, no haga sentir á veces el peso de su autoridad; la juventud, casi siempre inconsiderada, á cada paso precisa á un padre á que se acuerde de que él es el amo y señor; un padre se vé en necesidad de oponerse á los gustos, caprichos é inclinaciones de sus hijos; ya entonces estos no ven regularmente en él sino un maestro ó un censor ocupado en torcer y mortificar sus voluntades, y que pone travas á su libertad; y siendo el hombre tan amante de esta, la mas leve señal de dependencia ó subordinacion le irrita. La superioridad de un padre impone y disgusta casi siempre â su hijo; los beneficios mas grandes y mas reiterados apenas son capaces de contravalancear en él su amor â la independencia, una de las pasiones mas fuertes del corazon humano. Por otro lado, un buen padre es un bienhechor; y los beneficios sólo hacen ingratos, á causa de la superioridad que dan á los que los dispensan sobre quienes los reciben. Hé aquí el porqué los hijos son propensos á la ingratitud, y por lo que bien pronto la acreditan, cuando la educacion no ha sabido en tiempo correjir los síntomas de este vicio odioso y criminal.

CAPÍTULO III.

De la Educacion.

Habiendo probado que la Educacion de los hijos es el deber mas importante de los padres y madres, detengámonos algun tanto sobre este objeto esencial. Hemos visto que la felicidad de los padres en la mayor parte depende necesariamente de los afectos que inspiran á sus hijos; por otro lado no hai duda en que nada es mas interesante á un ente so-

ciable que poseer las cualidades y disposiciones que le hagan apreciable á los otros; en suma, toda Sociedad exije que sus miembros contribuyan á su bienéstar.

La *Educacion* es el arte de modificar, de cultivar y de instruir á los hijos de modo que lleguen á ser hombres útiles y agradables á su familia y á su patria, y capaces de hacerse á sí mismos felices.

Es mucho mas facil, dice Theognis, *dar el sér á un hijo, que el darle una buena alma.* Esto es, pues, lo que la Educacion debe proponerse. Todo ha debido convencernos que el hombre al nacer, trae consigo al mundo la facultad de sentir las necesidades que por sí no puede satisfacer, y pasiones mas ó menos vivas segun la organizacion y el temperamento de que la Naturaleza le ha dotado. Criar un niño, es servirse de sus disposiciones naturales, de su temperamento, de su sensibilidad, de sus necesidades y de sus pasiones para modificarle ó formarle como se desea; es mostrarle lo que debe amar ó temer, y enseñarle los medios de conseguirlo ó de evitarlo; es inclinar y fomentar sus deseos hácia unos objetos, y arredrarle ó retraerle de otros. Las pasiones dirijidas, esto es, arregladas de un modo ventajoso á sí y á los otros, conducen al niño á la virtud moral; mas abandonadas estas pasiones á su fogosidad y ardimiento, ó mal dirijidas, le hacen vicioso y perverso.

Un Moralista célebre (1) opina que la Educacion todo lo alcanza de los hombres, y que estos eran igualmente susceptibles de ser modificados como se quiera, con tal que se acierte á manejar su interés ó su amor propio; mas la esperiencia nos prueba que hai niños en cuyas almas ningun interés puede inspirarse: los hai que nada aman ni desean con viveza: de ellos unos son tímidos y otros atrevidos: á unos es menester moverlos y empujarlos, y á otros cuesta trabajo el contenerlos: hai niños que por su jenio estúpido, por su pesada organizacion, por su rebelde temperamento, son mui poco susceptibles de educacion; asiqué vemos caractéres lijeros y volátiles, incapaces de fijar su atencion; mientras que otros son tan torpes y pesados que no se les puede animar por ningun medio. Es un error creer que la educacion lo pueda todo en el hombre; ella solo puede emplear los materiales que la naturaleza le presenta; sólo puede sembrar con fruto en un terreno preparado por la naturaleza de modo que corresponda á los trabajos y desvelos del cultivador.

(1) M. Helvetius. *De l'Eprit, disc.* 3.

La primera educacion se ocupa principalmente en formar, robustecer y ajilitar el cuerpo del niño, enseñándole á usar y manejar sus miembros, habituándole á regular sus necesidades, reprimiendo los movimientos de las pasiones contrarias á su propio bien: esta primera educacion modifica en un niño sus facultades intelectuales de un modo que influye regularmente en el discurso de su vida. Los padres no suelen prestar la debida atencion á esta primera edad de los niños; los abandonan á las nodrizas, y despues á las ayas, las cuales en una edad tan tierna imbuyen sus almas de los mismos temores, falsas ideas, vicios y locuras de que ellas estan imbuidas: en su poder contrae un niño el hábito de la mentira, de la falsedad, de la gula, de la pusilanimidad y de la glotonería. Corrompido unas veces y echado á perder con caricias y adulaciones, y correjido otras malamente y fuera de tiempo, desde mui temprano se encuentra lleno ya de obstinadas y tercas pasiones que no han sido combatidas, ó de una multitud de errores y preocupacio-

nes que le atormentarán hasta la muerte, y que dificilmente ó nunca llegará á desarraigar la segunda educacion, aun cuando sea la mas racional de todas. Los primeros momentos de la vida, que tan comunmente se descuidan, debieran particularmente llamar nuestra atencion, puesto que deciden á veces para siempre del carácter de un niño. Platon atribuye la decadencia en que vino á parar el Imperio de Ciro despues de su muerte, á la educacion de sus hijos confiada á mujeres que alagaban sus nacientes pasiones, y que sólo les inspiraban virtudes propias y dignas de ellas.

Eres hombre, dice Menandro, *esto es, el viviente mas sujeto á los caprichos de la suerte.* Esto supuesto, una educacion blanda y afeminada no es conveniente ni aun á las mujeres, á las cuales debe fortificárselas, en lugar de hacerlas mas débiles de lo que son por naturaleza. Las vicisitudes á que se halla espuesta la vida humana, imponen á los padres, por ricos que sean, el deber de no acostumbrar la infancia á la pereza, la indolencia, el luxo y la vanidad; es menester desde mui temprano endurecer el cuerpo con el ejercicio y el trabajo, y prevenir y fortalecer el alma contra los golpes de la fortuna. Ningunos son mas desgraciados que los hijos á quienes sus padres han hecho vanos, sensuales, glotones y delicados; semejante educacion redoblará algun dia las penalidades que les sucedan, porque quita á los hombres aquella enerjía, actividad y fortaleza corporal propias de su sexô. La molicie, la ociosidad y los placeres sensuales hacen de ellos unos miembros inútiles á la Sociedad y molestos á sí mismos; los niños acostumbrados al fausto, á la delicadeza, á estar siempre servidos, serán sin duda desgraciados, si se encuentran privados de las comodidades y socorros que les ha hecho necesarios el hábito. Las mujeres debieran recibir una educa-

cion mas varonil; esta les haria fuertes, robustas y capaces de procrear hijos mejor constituidos, preservándolas al mismo tiempo de las muchas enfermedades, achaques y flaquezas que tan de continuo las aflijen.

Pero por desgracia, en la edad mas tierna la educacion sólo se propone al parecer debilitar el cuerpo de los niños y corromper su entendimiento y su espíritu con ideas falsas, con pasiones peligrosas, y principalmente con vanidades que todo contribuye á robustecer y perpetuar en ellos para siempre: la educacion que sigue á esta, en vez de borrar las perniciosas impresiones que han recibido de sus amas, de sus ayas y de los criados á quienes han sido abandonados, las confirma por lo comun, y las hace habituales y permanentes. ¿Cómo han de rectificar los vicios de la primera educacion unos padres ó maestros llenos de errores, preocupaciones, pasiones y locas vanidades? ¿Cómo unos padres hinchados de su nacimiento, poseidos de la ambicion ó de la avaricia, infatuados de las estravagancias del luxô, de la ostentacion y de la moda, han de aniquilar y borrar del alma de sus hijos las falsas ideas que les han dado de estas cosas desde la mas tierna edad? La educacion sólo es, por lo comun, el arte de inspirar á la juventud las mismas pasiones y locuras que atormentan á los hombres ya hechos y formados; es menester que el hombre haya recibido una buena educacion, para que pueda guiar á sus hijos por el camino de la virtud.

El ejemplo de los padres, como hemos visto, contribuye principalmente á que sus hijos sean virtuosos ó viciosos. Este ejemplo es una instruccion indirecta y contínua, mas eficaz que las mas frecuentes lecciones. Un padre es á los ojos de su hijo un sér el mas grande, mas poderoso y libre, y á

quien mas quisiera parecerse.

¿Qué sucederá si los padres son desarreglados y sin costumbres? *Los ejemplos domésticos*, dice Juvenal, *cuando son viciosos, corrompen con tanta mas celeridad y eficacia, cuanto mas respetables son sus autores. Uno ú otro niño, á quien la Naturaleza haya dotado de cualidades eminentes, podrán por fortuna resistir á este ejemplo, mas el mayor número obedece y sigue el fatal impulso que recibió al nacer. Sean, pues, irreprensibles nuestras acciones, para que nuestros hijos no se crean autorizados con nuestros crímenes, porque todos somos fáciles imitadores de lo malo* (1). Un niño desea desde luego imitar lo que vé hacer á las personas que le gobiernan, porque las supone mas instruidas en los medios de conseguir el bien y el placer; imitar es procurar uno hacerse felíz por los mismos medios que vé practicar á los otros. Envano dirá un padre licencioso á su hijo: *Ház lo que yo te digo y no hagas lo que yo hago.* El niño, en el fondo de su corazon: le replicará siempre: *siendo libre en vuestras acciones, de otro modo obrariais si de este no os resultase algun placer que procurais ocultarme; mas á pesar de vuestras lecciones, yo haré por imitaros.*

---

(1) . . . . *Velociùs et citiùs nos*
Corrumpunt vitiorum exempla domestica, magnis
Quum subeunt animos auctoribus. Unus et alter
Forsitan hæc spernant juvenes, quibus arte benigna
Et meliore luto finxit præcordia Titan;
Sed reliquos fugienda patrum vestigia ducunt,
Et monstrata diu veteris trahit orbitæ culpæ.
Abstineas igitur damnandis. . . . .
. . . . *Ne crimina nostra sequantur*
Ex nobis geniti: quoniam dociles imitandis
Turpibus ac pravis omnes sumus.
Juvenal Satyr. 14. vers. 31. et seqq.

Á la educacion particular y á los ejemplos domésticos, por lo comun tan perniciosos, se junta despues la opinion pública ordinariamente corrompida; al salir del poder de sus padres y maestros, un joven no recibe en el mundo sino ejemplos malos y perjudiciales; no escucha sino máxîmas falsas; halla que la conducta de todos los que le rodean está en perpetua contradiccion con los principios que se le han enseñado: desde entonces se considera en la precision de *obrar como los demas*; las ideas buenas y sanas, que la educacion por fortuna ha podido inspirarle, se borran bien pronto; y se deja llevar del torrente, renunciando á unas máxîmas, que solo servirian para hacerle pasar por un hombre raro y ridículo, y que le cerrarian el camino á la fortuna.

Licurgo miraba la educacion como el mas importante objeto de un Lejislador. Á pesar de esto el Gobierno, en todo pais, se ocupa mui poco en la de los ciudadanos: este negocio esencial á la felicidad pública, está descuidado comunmente en un todo. Pudiera mui bien decirse que los que gobiernan, no procuran en manera alguna formar miembros útiles á la Sociedad: la moral es mirada por ellos como una ciencia especulativa, cuya práctica es enteramente indiferente. Además los malos Gobiernos no desean ni son capaces de hacer virtuosos á sus súbditos; la virtud desagrada á los tiranos y á los déspotas, como que no tiene la flexîbilidad que ellos exîjen; las ideas de justicia y de humanidad, impresas firmemente en los corazones, perjudicarian las intenciones de una política malvada, la cual sólo quiere reinar sobre autómatos.

Sí, como hemos dicho, la justicia es la virtud fundamental sobre la cual debe establecerse la moral, es claro y evidente que toda moral está des-

terrada de las naciones dominadas por el despotismo ó la tiranía. Envano clamará el interés jeneral á los hombres que sean justos, mientras que la voz mas fuerte del interés personal, apoyada por los dueños y señores de la tierra, dispensadores de las dignidades, favores, riquezas y prerogativas, les grite de contínuo que con la moral y la virtud nada se consigue, que con ellas el hombre sufre y pena en la miseria y la obscuridad, y aun está mui frecuentemente á riesgo de incurrir en la indignacion del poder y sentir los efectos de su ira. En una palabra, todo manifiesta que siguiendo el camino de la justicia, ninguna felicidad se alcanza, y se arriesga el hombre á ser atropellado por la multitud que lleva un camino contrario.

Conforme á estos principios y á las observaciones constantes y evidentes en los paises mal gobernados, la verdadera moral no entra en cuenta para nada en la educacion de los ciudadanos, pues pondria obstáculos contínuos é invencibles á su felicidad, ó al ménos les privaria de los vanos objetos, en los que el comun de los hombres falsamente la hace consistir. Asiqué las máxîmas que en cada estado se pueden inculcar á la juventud, serian contrarias á las que la moral les propondria. ¿Qué ventajas podria prometer en la Corte á su hijo el cortesano que le prescribiera el que fuese justo, que no dañase á persona alguna, que se adhiriese fuertemente á la virtud, que fundase en ella su honor, y prefiriera siempre éste á su fortuna, á sus adelantamientos y al favor del Príncipe y de sus Ministros? Es evidente que bajo un mal Gobierno le conducirian á la desgracia semejantes máxîmas, y parecerian dictadas por el delirio. El cortesano y el Grande que desearen abrir á sus hijos el camino de la fortuna, les darán unas instrucciones diametralmente opuestas, y les dirán: *No conozcais, hijos mios, otras reglas que la sola voluntad de nuestro amo y señor: tened ésta siempre por justa á vuestros ojos: sacrificadle un honor, que sólo es una vana quimera, cuando no conduce al poder, al crédito y á las riquezas, á que segun vuestra clase debeis aspirar; el único honor para vosotros es haceros dignos de las distinciones del Soberano: sabed que un buen cortesano no debe tener ni honor ni vergüenza* (1); *el honor y la virtud no se han hecho para los esclavos destinados á obedecer y seguir la voluntad de su señor.*

La educacion de un jóven de ilustre nacimiento le enseñará que la nobleza transmitida á él por sus abuelos es suficiente para conseguirlo todo; que no necesita ni de la sabiduría, ni de mérito personal, ni de virtud; que estas cosas, útiles solamente para los adelantamientos de algunos ciudadanos obscuros y despreciables, de ningun modo son necesarias para aquel á quien le basta ser noble para elevarse á las mas altas dignidades; que la moral es buena para entretener la ociosidad de algunos vanos contemplativos; y que la justicia, que sólo habla con el vulgo y los débiles, no debe servir de regla en manera alguna á los Grandes, que ningun interés tienen en someterse á sus leyes demasiado molestas. Si el noble se dedica á las armas, tan léjos está de necesitar de las leyes de la razon, que antes bien debe guardarse mucho de llegar á conocer los prin-

---

(1) Este dicho se le atribuye al Duque de Orleans, Rejente de Francia, durante la menor edad de Luis XV. De un Ministro moderno, famoso por sus maldades, se cuenta que enseñando á sus hijos el modo de conducirse en el mundo, se contentó con decirles, que solo habia dos clases de hombres, los pícaros y los hombres de bien, esto es, *los hombres de talento y los tontos*; y que asi ellos elijiesen la clase que les pareciere.

cipios de la equidad natural, que con frecuencia le obligarian á oponerse á las órdenes de sus jefes, cuando su oficio es obedecerlos ciegamente y sin titubear. Á la voz del déspota, el militar debe desatender las leyes de la justicia, los gritos de la piedad, y los jemidos de su nacion, embistiendo furiosa y ciegamente á sus amigos, á sus conciudadanos, y á sus mismos parientes. Estos son los principios que la educacion debe inspirar desde la infancia á los esclavos destinados á retener á otros esclavos en sus prisiones.

¿Sufrirá acaso un Gobierno perverso que se dé una educacion mas moral al jóven que es destinado á la majistratura? El que por su estado debe administrar justicia á sus conciudadanos ¿deberá manifestarse mas inviolablemente asido á ella? Mas ¡ah! el aconsejarle que se atenga y adhiera firmemente á las leyes de la equidad, sería ponerle en contínua guerra con el déspota y sus ministros, que querrian destruirlas y aniquilarlas; sería esponerle á destierros, afrentas, prisiones y calabozos; seria arriesgarle á quedar sepultado bajo las ruinas del templo de Themis, que no puede resistir á los furiosos asaltos del dios terrible de la guerra. Bajo un Gobierno arbitrario, la educacion no puede enseñar á los depositarios de las leyes sino que se entreguen á los caprichos de la tiranía, á las seducciones del favor, y á las violencias del poder. Para acertar y vivir tranquilo, el Majistrado debe ser blando y flexíble, á fin de que la justicia ceda y se humille á la voluntad inconstante y mudable del Príncipe y de sus favoritos. El Majistrado debe tener dos balanzas, la una para los ricos y poderosos, y la otra para los débiles y pobres.

En los paises donde la ilimitada codicia del Príncipe y las necesidades de sus insaciables cortesanos han aumentado las imposiciones, y multiplicado los

dependientes de las rentas públicas, sus asentistas y arrendadores, ¿qué educacion y qué principios darán á sus hijos unos hombres acostumbrados á enriquecerse con infames rapiñas? ¿Les dirán por ventura que sean justos, humanos, sensibles á la piedad, y moderados en sus deseos? No, sin duda: un arrendatario ó un esactor de la Real Hacienda recomendará á su hijo, al dedicarle á su cruel oficio, que sea duro, inhumano y negado á toda compasion; que tenga un corazon de bronce; que sacrifique todo sentimiento honesto y jeneroso al deseo de aumentar su fortuna; le incitará á que se cebe y enriquezca con la sangre de los infelices; y ensuma, le hará ver que en las inmensas riquezas consisten el honor y la gloria de un verdadero arrendatario ó esactor de las rentas públicas (1).

Tampoco el rico enseñará á sus hijos el mejor modo de usar de sus riquezas. Sus descendientes, faltos de instruccion, de costumbres y de benevolencia, disiparán locamente los tesoros amontonados por la injusticia en disoluciones, en festines, en adornos, y en todo jénero de estravagancias. Creerán que sólo exîsten en el mundo para vivir en contínuas diversiones; que ninguna obligacion tienen de favorecer á los demas; se verán dominados del fastidio que siempre sigue ó acompaña â la pereza y á los desarreglos; y por último, se arruinarán por librarse de este mortal fastidio, sin llegar nunca á esperimentar la felicidad pura

(1) Habiéndose quejado el preceptor de los hijos de uno de estos á su padre, diciéndole que no adelantaban en sus estudios, *enseñadles*, le contestó el padre, *la aritmética y la cortesía, y bastante sabrán para vivir en el mundo.* Cuanto mas inhumano es un esactor de las rentas públicas, tanto mas bajo, servicial y jeneroso es con sus protectores y los Grandes.

que la virtud reserva á los que desde su juventud se aficionan á ella.

En fin, las jentes comunes, siempre embrutecidas y privadas de razon bajo Gobiernos neglijentes ó perversos, ninguna idea tendrán de la virtud ni de las costumbres. Depravado por el ejemplo de sus superiores, ó atormentado con vejaciones, el hombre de la plebe se hace malvado é incapaz de inspirar á sus hijos aquellos sentimientos honestos que no ha podido adquirir por sí mismo, y que sus infelices y desgraciados padres no pudieron comunicarle.

Se nos dirá quizá, que en todas las naciones los Ministros de la Relijion se hallan encargados de enseñar la Moral, y de inculcar sus preceptos á la juventud; mas la esperiencia nos hace ver el poco fruto de sus lecciones contra el torrente impetuoso que arrastra de continuo los hombres al mal. Los motivos que la Relijion les presenta son por lo comun mui realzados, mui espirituales, mui superiores á la intelijencia de los groseros mortales, para determinarlos al bien. Los moralistas relijiosos se quejan ellos mismos del poco fruto y de la poca eficacia de sus preceptos repetidos de continuo; si éstos producen algun bien en las almas pacíficas, timoratas y capaces de meditarlos, poco ó nada pueden sobre la multitud impelida al vicio por un impulso mas fuerte. Prescindiendo del pecado orijinal que la relijion revelada reconoce en la naturaleza humana, se puede mui bien esplicar la inclinacion manifiesta que lleva los hombres al mal, por medio de las causas naturales y sensibles que obran á nuestra vista. Estas causas son la ignorancia profunda en que yacen sumidas las naciones, los ejemplos funestos de los ricos y de los grandes, imitados por los pobres y la neglijencia de los lejisladores, que tienen poco ó ningun cuidado en formar las costumbres de los pueblos, y en darles á conocer

sus intereses, sus verdaderas relaciones y los deberes mas esenciales de la vida social. En fin, la mas poderosa de estas causas es la falsa política de tantos Príncipes á quienes ciega el deseo tiránico de destruir toda idea de justicia y de virtud en sus Estados, y que se figuran que no son grandes, temibles y poderosos, sino reinan sobre súbditos necios, viciosos, y opuestos entre sí por fútiles intereses. Los pueblos son unos pupilos, en quienes sus tutores temen, al parecer, que la razon llegue á mostrarse. El arte de gobernar á los hombres no es para la mayor parte de los Soberanos de la tierra, sino el arte de engañarlos y mantenerlos ciegos é ignorantes, para despojarlos y sacrificarlos impunemente á todos sus caprichos. Las pasiones desenfrenadas de los tiranos y la corrupcion de las Cortes son las causas visibles y naturales de la ignorancia, de la depravacion y de las calamidades que aflijen y destruyen á los habitantes de la tierra.

Con poco fruto se empeñarán los Ministros de la Relijion en inculcar á la juventud los preceptos de una moral divina, apoyada en recompensas ó castigos de una vida futura. Envano la Filosofia presentará á los hombres una moral humana, fundada en las ventajas sensibles de la virtud en la vida presente. Las promesas, las amenazas y los motivos de la Relijion serán siempre menos eficaces para hacer á los hombres mejores, lo mismo que los motivos humanos del filósofo y los bienes que él promete en este mundo se tendrán por vanas quimeras, mientras que la moral tenga por enemigos á los Príncipes, que tienen el poder en sus manos para dirijir las acciones de los mortales sobre la tierra.

No debe admirarnos el ver la Educacion tan desalentada, desatendida, despreciada y aun tan inútil en las naciones embrutecidas, corrompidas

y mal gobernadas. Las máxîmas mas evidentes de la moral están á cada paso en oposicion con los ejemplos, los usos, las instituciones, las leyes y los intereses particulares, que poderosamente contrabalancean el interés comun. El mundo entero es solicitado al mal, y nadie tiene interés en obrar el bien. De aquí los infinitos obstáculos, dificultades y escollos en que han dado los que han propuesto aquellos planes que han considerado apropósito para formar buenos ciudadanos. No han visto sin duda que los mejores sistemas en este jénero no pueden conciliarse de modo alguno con las preocupaciones del vulgo y los siniestros designios de los que arreglan la suerte de los pueblos; no han observado que los Estados despóticos no quieren que se formen buenos ciudadanos; ni al parecer han conocido que la sana moral es incompatible con la falsa política; y que, para educar á los hombres de una manera conforme á los intereses de la Sociedad, era menester comenzar haciendo gustosa, útil é interesante la moral á los que gobiernan el mundo, á fin de empeñarlos de este modo á favorecerla por medio de las leyes, y de los premios y castigos que tienen en sus manos. En una palabra, estos filósofos ignoraban sin duda que la reforma de la Educacion depende necesariamente de la reforma de las costumbres públicas, obra sólo de un Gobierno ilustrado, vijilante, justo y bienintencionado.

Solamente el Gobierno puede hacer que reinen en un Estado virtudes jenerales y costumbres públicas. Del tiempo y del progreso de las luces y de los conocimientos puede esperarse esta reforma tan deseable en los corazones de los reyes: hasta este dichoso y afortunado tiempo los hombres, para su felicidad particular, estarán reducidos á contentarse con la práctica de las virtudes convenientes á

la vida privada, cuya utilidad les manifestará la moral aun en el seno mismo de las mas depravadas naciones, y las cuales la buena Educacion inspirará desde la infancia á los que no podrán menos de conocer sus inapreciables ventajas. Cuanto mas corrompida está una Sociedad, tanto mas cruel y rigoroso es el Gobierno, y mas obligados están los ciudadanos á recojerse dentro de sí mismos para buscar en su interior el bienéstar que la patria les niega.

La Educacion, propiamente hablando, no debiera ser otra cosa que la moral inculcada á la juventud, y hecha familiar desde la edad mas tierna. Educar á un joven es enseñarle sus deberes para con aquellos que puedan tener relaciones con él; es instruirle en la conducta que debe observar con sus parientes; es darle á conocer el interés que tiene en merecer sus afectos; es mostrarle cómo debe comportarse con grandes y pequeños, con ricos y pobres, con amigos y enemigos. Los deberes de un estado no son otra cosa que las reglas indicadas por la moral en las diversas posiciones de la vida. La Educacion de un Príncipe debiera tratar de hacerle conocer sus deberes con su pueblo y las diferentes naciones que le rodean; debiera hacerle justo, humano, sóbrio y moderado, presentándole los intereses que le estimulan á practicar las mismas virtudes que otro hombre particular. Por no criar á los Príncipes con estas máxîmas, atormentados ellos mismos toda su vida de pasiones y vicios, hacen miserables é infelices á las naciones en vez de afortunadas y dichosas.

La Educacion de los ricos y de los grandes debiera tener por objeto ponerlos en estado de saber usar bien de las riquezas y de los empleos que un dia llegarán á poseer; debiera ademas mostrarles que los deberes que les prescribe la moral respecto á sus

conciudadanos, son los únicos medios de granjearse el aprecio, la consideracion y el respeto debidos únicamente á la beneficencia, á la equidad, al trato afable, y á las acciones jenerosas y nobles.

Mas los niños destinados por su clase á los altos destinos de la Sociedad son los que comunmente reciben una educacion mas mala, ó menos cuidadosa: no se trabaja de ningun modo en reprimir el jenio, domar el carácter, combatir los caprichos, y enfrenar las pasiones de los niños de ilustre nacimiento; por el contrario, desde la cuna aprenden que han nacido para mandar; que son superiores á toda ley y regla; que todo debe ceder y humillarse á su presencia; que no necesitan ni ciencias ni talentos para obtener las distinciones á que los llama su nacimiento. ¡Estos serán sinembargo los que un dia decidirán de la suerte de los pueblos! Los niños nacidos en la opulencia no son menos corompidos y mal criados: desde la edad mas tierna saben la distancia que las riquezas establecen entre los hombres, y asi se hacen insolentes y atrevidos; la debilidad y la neglijencia de los padres, lo mismo que sus descuidos, les hacen contraer vicios y defectos que no se borrarán jamás. Nada mas importante que enseñar al hombre desde temprano á ceder y sujetarse á la necesidad, y á conformarse con los designios de la Sociedad, de que un dia debe ser un miembro útil y agradable.

Seguramente, la Educacion no puede tener otro objeto que el hacer conocer á los hombres el modo de obrar en todos los estados de la vida, como reyes, nobles, ministros, majistrados, padres, amigos y asociados. Asíqué la edúcacion no es otra cosa que la moral presentada á los hombres en su infancia para enseñarles sus deberes en las diversas relaciones que tendrán un dia los unos con los otros.

Por diferentes y varias que parezcan estas relaciones ó circunstancias, una Educacion verdaderamente social enseñará siempre la misma moral á todos los hombres en todos los estados de la vida, y les hará conocer que deben ser justos y benéficos para con todos los seres de la especie humana: á esto se refieren, como hemos visto, enteramente los deberes del hombre, reducidos á la justicia considerada bajo sus diversos aspectos. La Educacion sólo puede proponerse habituar á los hombres desde su infancia â reprimir las pasiones contrarias á su propia felicidad y â la de los otros, indicándoles los motivos que los estimulen y conduzcan á ella. Los Lacedemonios, mostrando á la vista de sus hijos á los esclavos en la fuerza de su embriaguez, se proponian escitar en ellos desde niños el mayor horror á un vicio que degrada al hombre haciéndole inferior á los brutos. Castigando á un niño por una falta ó una impertinencia, se le da á conocer que si comete ciertas acciones se hace odioso, y por consiguiente desgraciado: de este modo se opone el temor á sus deseos inconsiderados; y este temor, convertido en costumbre, es poderoso á contener su temeridad, á la cual, sino fuera por la correccion, se entregaria libremente, y se haria insoportable un dia en lá Sociedad cuando hombre.

La Educacion, para ser mas eficaz, debiera ser una série continuada de esperiencias, que hiciesen ver de contínuo á los niños que el mal que hacen á los otros viene siempre á recaer sobre ellos mismos. Apénas se mostrasen injustos con los de su edad, debiera hacérseles esperimentar una injusticia ó un mal semejante; no bien maltratasen á alguno, se les debiera maltratar á ellos de un modo igual ó parecido; luego que se manifestasen altaneros y orgullosos, era preciso humillarlos y hacerles conocer que un criado, siendo hombre, merece la conside-

racion de sus amos, y que nunca estos tienen derecho á despreciarle porque sea pobre y desgraciado. Esta educacion esperimental, observada con atencion y cuidado, sería mas importante que no los preceptos estériles que los padres se contentan comunmente con dar, ó que acaso no dan á los hijos, que la fortuna mima y pierde á un mismo tiempo. Por no observar estas reglas tan naturales, la Sociedad está poblada de hombres injustos, vanos, tercos y arrebatados, que la llenan de vicios y defectos que por no haber sido reprimidos con oportunidad, los hacen incómodos y desagrables á todo el mundo, causándoles á ellos mismos mil males y molestias que habrian evitado, si hubiesen recibido una mejor y mas cuidadosa educacion.

Mas para inspirar á la infancia y á la juventud ideas de justicia, es importante que los padres y maestros se muestren justos con sus discípulos. Una Educacion caprichosa y despótica, producida por el tedio y mal humor, disgusta y exáspera á los discípulos, les hace odiosas sus lecciones, y sólo sirve para confundir en sus almas las nociones de la equidad. Las personas coléricas, impacientes y de carácter voluble, no son buenas para formar la juventud y fijar sus ideas. La Educacion requiere dulzura, un ánimo tranquilo, y sobre todo una conducta firme y sostenida. Es menester que el niño mismo reconozca la justicia tanto en los castigos que se le imponen, como en las recompensas que recibe: es necesario que sienta y conozca la equidad y conveniencia de los motivos que determinan á sus maestros á la severidad ó al cariño: un rigor injusto hace que miren á sus padres ó maestros como á unos tiranos, asi como las caricias fuera de tiempo les muestran su debilidad y flaqueza. Es dificil que salgan bien educados los niños que sirven sólo de juguete, bien sea al mal jenio, ó al ciego

cariño de sus padres ó maestros: en estos casos no se consolida ni asienta el carácter del niño. Hé aqui porque las mujeres, dominadas comunmente del mal humor y la inconstancia, son poco capaces de educar bien á sus hijos, y de inspirarles unos principios firmes y seguros, que arreglen con método y uniformidad la conducta de la vida. Á la educacion debe atribuirse la inconstancia, la flaqueza y la instabilidad de carácter y de ideas que se observa en la mayor parte de los hombres.

Una educacion descuidada deja en los hombres impresiones indelebles. En la edad tierna es cuando se ha de impedir que broten las pasiones, los vicios y defectos, ó es menester al menos obligar á los niños á reprimirlas, para por este medio habituarlos á dominarlas. Al orgullo, tan acariciado las mas veces en los hijos de los Príncipes y Grandes, es menester declarar la guerra: una educacion mui diferente de la que se les da por lo comun, debiera borrar en ellos hasta las mas pequeñas señales de ese desprecio insultante, que la infancia concibe desde luego contra la pobreza; esta educacion les haria conocer de contínuo la necesidad que la opulencia y la grandeza tienen de esos hombres, que con tanta ingratitud ultrajan y desprecian; asi los enseñaria á no desdeñar á el que trabaja, bien sea para satisfacer las necesidades de los grandes, ó bien para proporcionarles las comodidades y los placeres de la vida. Formado de este modo, el discípulo sería justo; respetaria la utilidad; sería reconocido; y sabria que el labrador y el artesano, bajo sus toscos y remendados vestidos, son unos hombres regularmente mas interesantes, mas necesarios á sus conciudadanos, y por consecuencia mas apreciables que no el cortesano inútil ó perverso, que se pavonea cargado de títulos, de pompa, dijes, bordados y aparato.

Reprimiendo asi el orgullo de un discípulo, y

haciéndole conocer su flaqueza y la necesidad que tiene de aquellos mismos hombres que mas viles y despreciables le parecian, se logrará que nazca en él la sensibilidad, cualidad necesaria en la vida social; y de este modo se interesará en la suerte del infeliz y miserable, como en la de un ente tan necesario á su felicidad. Se debe, pues, poner el mayor cuidado en cultivar en él esta benevolencia humana y compasiva; se procurará conmover su corazon por medio de sacudimientos y sensaciones frecuentes y del espectáculo de cuanto pueda afectar y enternecer su alma; se le conducirá á la cabaña del pobre y al lecho del enfermo; se le mostrará en toda su fuerza y estension la miseria del hombre útil, quien las mas veces, rodeado de una familia llorosa y angustiada, carece aún de lo mas preciso, para que el rico viva en el luxô y la abundancia; se le hará meditar acerca del sin número de infortunios y miserias, bajo las cuales jimen tantos mortales, sus semejantes y hermanos; se escitará principalmente su contemplacion sobre aquellos infelices á quienes los golpes de la suerte ha precipitado en la miseria; se le dirá que sus desgracias son efectos del acaso, de cuyos caprichos son inocentes víctimas, al paso que estos mismos caprichos colman á los grandes y á los ricos de abundancia y honores. Asi el discípulo no se ensoberbecerá con esta ciega preferencia; será sensible á la piedad; participará de las penalidades y trabajos de los desgraciados tomando en ellas un vivo interés; se tendrá por feliz de verse en disposicion de socorrerlos y consolarlos; gustará el dulce placer de la beneficencia; verá correr las tiernas lágrimas de la gratitud; se felicitará por haberlas merecido; y en fin, reconocerá que la verdadera preeminencia que un hombre puede tener sobre los otros, consiste únicamente en el poder y

deseo de hacerlos felices y dichosos.

Así es como la virtud se aprende: de este modo la Educacion forma un corazon sensible; y así prenden sus semillas en las almas, nutren, crecen y fructifican, formando ciudadanos virtuosos, modestos y compasivos. Con semejantes lecciones deberia instruirse la infancia y la juventud de los hombres destinados á ocupar un lugar distinguido en el mundo. Cualquiera que fuese la posicion en que la fortuna los colocase, no olvidarian nunca que eran hombres, y que necesitaban de los hombres para su felicidad. Mas por no haber aprendido á conocer los infortunios y desgracias de sus semejantes, ni esperimentado el dulce placer de aliviarlas y socorrerlas, los hombres, á cuya prosperidad nada debiera faltar, estan por lo comun dominados y enorgullecidos de una vanidad insociable; llenos de un desmedido é injusto amor de sí mismos, apénas inclinan sus desdeñosos ojos á los séres que reputan por inútiles y de inferior especie. Semejantes hombres ni saben amar, ni enternecerse de las miserias, ni han esperimentado nunca cuán dulce es la beneficencia. Por todas partes no se ven mas que ricos orgullosos, injustos, insensibles é inhumanos, que faltos de todo sentimiento de piedad y ternura, transmiten á sus hijos la indiferencia, la apatía y vanidad, que tan duros y crueles los hacen contra los desgraciados é infelices.

Si hai pocos padres que conozcan la importancia de una buena Educacion, todavia son muchos ménos los que sean capaces de darla por sí mismos, ó de velar sobre ella atenta y cuidadosamente. Un padre se halla mui ocupado en sus negocios, y muchas veces en sus placeres para pensar en la educacion de sus hijos. Una madre disipada solamente piensa en sus adornos y entretenimientos, y

quizá en sus galanteos; y se creeria envilecida si atendiese y cuidase á sus hijos (1). Por esto los hijos de los grandes y ricos quedan abandonados comunmente á los criados que nada bueno los enseñan: en su trato y compañía es donde se hallan mas gustosos, porque en la antecámara ó en la cocina rejentan una superioridad que alaga y fomenta su vanidad naciente; allí ni encuentran reprehension ni resistencia, y ejercen una especie de imperio sobre sus obedientes criados; no hai cosa que aprendan mas prontamente que las prerogativas que el nacimiento y la opulencia dan á los que las gozarán algun dia; las primeras lecciones, en fin, que reciben, son las de altanería, impertinencia y vicio, lecciones que no olvidarán nunca.

Al salir del poder de criados y ayas el hijo de un hombre rico pasa en manos de un preceptor, que no suele tener las cualidades necesarias para la educacion de su discípulo, ó que, cuando por una feliz casualidad las tenga, no puede emplearlas útilmente para correjir á un discípulo indócil y ya pervertido de antemano. La dulzura es inútil con un niño altanero; el rigor le subleva é irrita, y ademas desagrada por lo comun á unos padres ignorantes y vanos, que quieren que se respeten su sangre y su nacimiento hasta en las necedades y caprichos de sus hijos. Un preceptor reprimido y coartado de este modo pronto se aburre y desalienta; tras esto viene la indiferencia y el descuido total en los adelantamientos del discípulo, abandonándole en fin á su mala suerte. Esta es la razon

(1) *¿Quién no vé*, dice Montagne, *que en un Estado todo depende de su educacion y sustento? y sinembargo esto se abandona indiscretamente á merced de los padres, por locos y perversos que sean.* Essais lib. 2. cap. 31. al principio.

porque la Educacion particular produce pocos sujetos distinguidos y apreciables.

Por otra parte ¿cómo los grandes y los ricos han de encontrar preceptores ilustrados y virtuosos, cuando ellos ó no conocen su mérito, ó le desdeñan y desprecian? El noble no hace caso sino del nacimiento, y el rico sólo estima la opulencia; y asi no pueden concebir que un sábio pobre pueda merecer la consideracion y los respetos de las personas de su clase. El sujeto á quien encargan la instruccion de sus hijos, es á sus ojos un hombre mercenario, un criado al fin á quien no suelen apreciar mas que á los otros. Solo un padre verdaderamente ilustrado puede conocer en realidad la importancia del depósito que confia á los cuidados y desvelos de otro; este reconoce en el ayo de su hijo á un amigo respetable, que celosamente quiere encargarse de contribuir á su felicidad y á la de su descendencia. El insensato que menosprecia al preceptor de su hijo ¿cómo no vé que depende de él la felicidad y el honor de su familia? *Dais vuestro hijo á un esclavo para que le eduque*, decia un Filósofo á un padre opulento avaro, *¡mui bien! en vez de uno tendreis dos.*

Para que la educacion sea útil, es menester que el encargado de ella se respete á sí mismo, y sea respetado de los demas: un niño, que vé que sus padres guardan pocas consideraciones con su maestro, no tarda en menospreciarle; y ademas le aborrece como á un censor y contínuo enemigo. Los buenos preceptores son raros, porque son raros los padres que sepan descubrir el mérito obscurecido, apreciarle con justicia, y mostrarle el respeto y consideracion debida: esta equidad y reconocimiento suponen reflexìones y designios que con dificultad se encuentran en hombres soberbios y disipados, que son los que por lo comun se ven fa-

vorecidos de la fortuna.

Entre los Griegos y los Romanos la sabiduría era mui respetada; los mismos Soberanos, los Jenerales de ejército, los Majistrados y Ministros la cultivaban, mostrando una profunda veneracion á los preceptores que se dedicaban al penoso cuidado de educar la juventud: mas por un efecto de las bárbaras preocupaciones, que todavia subsisten en la mayor parte de las naciones modernas, la nobleza desdeña la instruccion, vanagloriándose de su ignorancia, la cual no le impide llegar á los honores militares que ambiciona. Equitacion, esgrima, baile, un andar osado y atrevido, un porte y aire libres y afectados, una urbanidad verbal y comunmente poco sincera, y un lenguaje seductor para agradar á las mujeres, hé aquí las perfecciones que la Educacion de los Grandes parece únicamente proponerse. La cultura del alma y la ciencia de las buenas costumbres para nada entran en los planes de la nobleza; el oficio de la guerra escusa el tener luces y virtudes; los Grandes suplen la falta de conocimientos y de aplicacion con los vicios, las diversiones y los dispendios que arruinan su fortuna. Por lo que toca á la nobleza torpe y embrutecida que vejeta en sus posesiones y haciendas, ésta sólo se ocupa en la caza y el juego, sin tener mas estudio que el vano y fútil conocimiento de su jenealojía y de la de sus vecinos.

El rico, que con sus penosos trabajos ó con injusticias y bajezas ha llegado á enriquecerse, se fatiga mui poco en que su hijo adquiera conocimientos y virtudes; él mira el estudio como un tiempo perdido, las buenas costumbres como inútiles, y la severa probidad como un obstáculo á la fortuna. La Educacion mas interesante para su hijo es en su concepto la que le enseñe la bajeza, la astucia y el arte de agradar á los Grandes, para ad-

quirir el derecho de robar y despojar á los pobres.

Hai pocos padres y maestros que se hallen dotados de las cualidades que se requieren para educar la juventud; los que se encarguen de este importante cuidado, ademas de la ciencia y del talento, deben conocer al hombre, y estudiar el caracter, las facultades y las inclinaciones de sus discípulos. La esperiencia nos enseña que no todos los niños tienen las mismas disposiciones, y que no siempre son capaces de corresponder á los designios que se formen sobre ellos. ¿Para qué atormentar y castigar á un niño á quien la naturaleza ha negado la actividad, la penetracion, la memoria, y aun el poder ó capacidad de prestar una atencion continua y seguida á los objetos que se le presentan? La violencia, el rigor y los castigos reiterados ¿serán acaso medios oportunos para escitar el amor al estudio en unas almas como estas aflijidas y degradadas? La dulzura, la paciencia, la persuasion, la induljencia y el agrado son medios mas seguros de ganar la juventud, que no la cólera, la crueldad y la dureza.

Muchos padres instruidos, pero llenos de un escesivo entusiasmo de la sabiduria, querrian que sus hijos fuesen unos prodijios; ¿mas ignoran acaso que la educacion no hace prodijios, sino cuando la Naturaleza le ofrece los materiales necesarios para efectuarlos? Los niños *precoces* ó prodijiosos por lo regular llegan á ser despues unos hombres mui medianos; esto no debe admirarnos, porque, para ejercitarlos felizmente y con buen exîto, es menester que los órganos hayan adquirido consistencia y vigor: exîjir que un niño muestre una aplicacion continuada é intensa, es querer que sea mas fuerte de lo que su edad le permite. Los discípulos que se desea que adelanten con demasiada prontitud en la carrera de las ciencias, ó se disgustan y

desaniman, ó se consumen y enferman con los esfuerzos que se emplean: los niños de quienes se pretende hacer prodijios, sólo suelen tener mucha memoria, pero poco juicio; son máquinas frájiles y quebradizas, cuyos resortes se violentan y rompen: encuanto á los niños que reflexîonan antes de haber llegado á la madurez, estos suelen tener una salud mui delicada, y morirse temprano. *No comprimas con mucha fuerza y rigor*, dice Phocylides, *la mano de un tierno niño.* (1).

No se obstinen, pues, por una necia vanidad los padres sensatos ó los maestros en violentar la naturaleza, sino antes bien consúltenla ausiliando sus facultades, sin jamás ponerla obstáculos algunos. En la tierna edad el espíritu, ansioso de sensaciones, necesita estar en continuo movimiento, y asi no puede detenerse en las cosas, ni trabajar con órden. Cuanto mas activa es la imajinacion, tanto menos sufre la violencia; en vez de amortiguarla, es necesario aprovecharse de esta misma curiosidad traviesa y revoltosa, la cual, sabiamente dirijida, es una disposicion mui favorable. Conviene, por lo tanto, no ocupar la juventud por mucho tiempo en unos mismos objetos; variando los estudios, se forma de ellos un entretenimiento, y los maestros pueden entonces descubrir las inclinaciones que anuncian sus discípulos, las cuales se guardarán mucho de contrariar.

Uno de los mayores defectos de la educacion comun es el ser despótica, humillante y capaz de destruir los resortes mas poderosos del alma. Los padres y los maestros hablan á sus discípulos como á esclavos; se valen y aprovechan de su credulidad; juzgan que es degradarse el raciocinar con ellos,

---

(1) *Phocylid. carm.*

esponerles los motivos de sus preceptos, y darles á conocer la justicia de sus deseos y el interés que el discípulo tiene en prestarse á ellos. Esta educacion servil sólo es buena para formar automatos privados de razon, faltos de principios, siempre inciertos y vacilantes, incapaces de juzgar por sí propios, y que necesitan toda su vida de los andadores de la costumbre y de la autoridad. Cuando esto nó, semejante educacion tan poco razonada encuentra en los espíritus activos unos rebeldes, siempre armados contra las lecciones, que suponen no tienen otro fundamento que los caprichos de los tiranos á quienes detestan.

En compadecerse de la flaqueza y debilidad de la tierna y juvenil edad, en acomodarse á su capacidad y facultades, en hacerse niños como ellos para ganar su confianza, es en lo que consiste el grande arte de la educacion. De este modo el padre ó el maestro, separando de sus preceptos y doctrina lo que tienen de cruel y feroz, se conciliarán la confianza y el cariño de sus discípulos. Es menester razonar con ellos, si es que se quiere hacerlos racionales; y no engañarlos nunca, si se quiere merecer su confianza y respeto: ¡una educacion despótica no puede formar sino tontos ó malvados!

Los padres racionales y prudentes ¿deberán entristecerse y aflijirse porque sus hijos no tengan las inclinaciones, talento y gusto que ellos tienen? ¿Los aborrecerán porque la Naturaleza no les haya dado la misma fisonomía y facultades intelectuales? ¡Lejos de todo padre justo y prudente tan inhumanos y crueles sentimientos! Si no puede formar de su hijo un sabio, puede al menos hacer de él un hombre de bien. Los grandes talentos están reservados á mui pocos mortales; mas toda criatura racional puede aprender á querer y apre-

ciar la virtud, á conocer sus ventajas, y á penetrar los motivos que inducen á practicarla. No hai discípulo en quien, acomodándose á su edad, no se pueda en su infancia sembrar y hacer que florezca y fructifique la sabiduria. Mas á un padre le es mucho mas importante que su hijo llegue á ser un dia justo, reconocido, sensible á sus beneficios y compasivo de su vejez, que no que sea hombre de gusto, erudito, jeómetra, jurisconsulta ó metafisico. Á la Sociedad le interesa tambien mucho mas estar poblada de hombres de bien que no de literatos malvados, de sabios perversos, de poetas aduladores, ó de hombres de talento pero sin buenas costumbres. Las familias necesitan de hombres de bien, y las naciones de ciudadanos virtuosos.

Mui raras veces los ricos y los grandes esperimentan el dulce placer de ser padres. Sólo dando á los hijos una buena educacion es como se adquiere el derecho de tales; la educacion pone los fundamentos de la felicidad futura de los padres, de los hijos, de las familias y de las Sociedades. Para muchas personas la cualidad de padre no impone ninguna obligacion, y para otras es una carga pesada, de la que procuran librarse â toda costa.

Sinembargo seria prudente el que un padre no perdiese nunca de vista á sus hijos: ninguno es mas interesado que él en dirijir su educacion de modo que contribuya algun dia á su felicidad. Á la vista de unos padres atentos y cariñosos, los hijos contraerán aquel cariño mezclado de temor y de respeto, que constituyen la piedad filial. Alejando de sí á sus hijos, y abandonándolos á una autoridad estraña, los padres como que renuncian á sus mas preciosos derechos, haciéndose, digamoslo así, estraños y desconocidos para su descenden-

cia. No se admiren en este caso los padres de encontrar en sus hijos un dia súbditos rebeldes al yugo que deben sufrir de continuo, porque durante el destierro de la casa paternal habrán aprendido muchas cosas que debieran ignorar, y contraido pasiones, defectos y costumbres, que envano sus padres intentarán combatir y desarraigar; ya entonces estos hijos indóciles no verán en sus nuevos maestros, á cuya autoridad no están acostumbrados, sino usurpadores, censores, tiranos y enemigos. Estos son los frutos que por lo comun recojen tantos padres, que no han cuidado de sembrar y cultivar la virtud en los corazones de sus hijos: estos causan á sus padres pesadumbres y aflicciones tan largas como su vida, las cuales muchas veces los precipitan al sepulcro (1).

Si la educacion doméstica ó particular es ordinariamente defectuosa y descuidada, la educacion pública ha sido hastaquí incapaz de producir ventajas reales y verdaderas á la Sociedad. Ella por lo comun ha sido confiada á unos hombres sin las luces y cualidades necesarias para formar esposos virtuosos, padres de familias, hombres de Estado, y buenos ciudadanos. En casi todas las naciones, la educacion es un despotismo que ejercitan ciertos pedantes sin conocimiento ni esperiencia del mundo sobre una juventud á quien atormenta sin fruto: su proyecto sólo parece que es hacer perder el tiempo tristemente á los niños, cuyos padres únicamente se proponen librarse de este cuidado. Estos preceptos regularmente hacen prin-

(1) Muchos padres neglijentes pudieran apropiarse la sentencia de un Arabe, que dice: *Cuanto plantares en tu jardin, dará alguna utilidad; mas si plantas un hombre, te esterminará á tí quizá algun dia.*

Sentent. Arab.

cipiar á sus discípulos por el estudio abstracto de una Gramática incomprehensible que conduce al conocimiento de algunas lenguas muertas, que mui pocos de ellos, al salir de sus estudios, poseen medianamente. Mas la rutina, que nunca razona ni discurre, es la ley que gobierna á estos maestros, que tendrian por delito el separarse de ella.

Las letras, la poesía, la elocuencia, los escritos sublimes de los antiguos son sin duda capaces de ocupar agradablemente el tiempo de los que, desde mui temprano, han conocido cuan deleitoso es el estudio; mas estos deleites son estériles si no van acompañados de la utilidad. De que un hombre haya aprendido á conocer las bellezas de Homero, Virgilio, y Horacio ¿qué bienes resultan á la Sociedad, si este hombre no sabe al mismo tiempo ser buen padre, buen amigo, y buen ciudadano? El espíritu mas ilustrado es inútil á los demas, sino está habituado á la virtud, siempre inseparable del amor del jénero humano. Una educacion, que sólo forme sabios ó eruditos, no puede ser comparada con la que haga hombres de bien, mucho mas necesarios á la vida social que no los eruditos, cuyas investigaciones conducen para poco, ó que los grandes talentos, que á veces suelen desentenderse de cumplir con los deberes de la Sociedad.

Por el corazon debiera comenzar siempre la educacion; la utilidad del hombre es el verdadero objeto de todos los conocimientos humanos; á ella, como á un centro comun, debieran referirse las ciencias, las letras y las artes. Nada mas facil en nuestro siglo que procurar á la juventud una educacion que adorne é ilustre su espíritu con las obras maestras de los Griegos y Romanos, formando su gusto por estos modelos; pero nada al mis-

mo tiempo mas dificil que inspirarla ideas y costumbres honestas.

El mayor defecto de la Educacion pública es el ser comun ó jeneral; esto es, no adoptada á los caracteres, disposiciones naturales, é inclinaciones de los niños que la reciben, y menos á las diversas profesiones á que sus padres los destinan. El noble y el plebeyo, el hijo del militar y del majistrado, los hijos de los grandes y los pobres, los discípulos penetrantes y estúpidos, todos reciben las mismas lecciones que los colejiales ó los novicios destinados á ser Cenobitas, Teólogos y Sacerdotes. Estos últimos son los que están encargados en todos los paises de la enseñanza; por consiguiente no inspiran en su educacion á los jóvenes otros conocimientos que los que ellos necesitan, y han recibido para su instituto y profesion.

Los que mayores progresos han hecho en esta educacion pública, saben el griego y el latin, han recorrido la antigüedad tanto sagrada como profana, y han aprendido una multitud de palabras y sentencias; mas ignoran lo que es indispensable saber para llenar los deberes del estado que ocuparán en el mundo.

¡Qué dirémos de esa ciencia abstracta y tenebrosa que usurpando atrevidamente el nombre de *Filosofia*, termina ordinariamente la educacion pública! Dirémos que, lejos de instruir la juventud, esta pretendida Filosofia sólo se propone aprisionar al entendimiento humano con lazos y redes de que no se puede libertar; por medio de ella todo se convierte en problema y obscuridad; el arte de raciocinar, envuelto en términos bárbaros, únicamente se propone al parecer el disgustar y aburrir á los buenos talentos de la razon y del exâmen de la verdad. Una vana Lójica, enmarañada de sutilezas, sirve de introduccion á una metafisica tor-

tuosa y aerea, en la cual la imajinacion, perpetuamente descarriada, se abisma penosa y angustiadamente en profundidades impenetrables, enteramente estrañas é inútiles al bienestar de la Sociedad.

La educacion nacional, siempre guiada por una rutina que mira como sagrada, no dá á sus alumnos sino mui débiles nociones de la naturaleza. La Física en sus manos raras veces sigue la marcha de la razon, que sólo reconoce por su guia á la esperiencia, y la cual perfeccionada con el tiempo se hace superior y preferible á las vanas hipótesis que la ignorancia y la preocupacion miran como una verdadera ciencia.

No hablarémos aquí de esa Moral estoica, rigorosa y antisocial, que la educacion presenta á los hombres como el camino de la perfeccion. A poco que se exâmine, se hallará que esta Moral feroz no se ha hecho para hombres en Sociedad, y que si fuera posible reducirla á la práctica, disolveria la misma Sociedad, separándose los hombres de ella para ir á poblar los desiertos. Sinembargo esta Moral es la que inspira á sus discípulos la educacion pública; ellos la admiran como maravillosa, pero sin tener nunca fuerza y valor para practicarla.

¿Y qué juicio formará un hombre de buen entendimiento de ese venerado Escolasticismo que apoderado de la Moral, la constituye problematica, obscura é imposible de entender y mucho mas de practicar? (1)

(1) Es digno de referirse aquí el juicio que ha formado de esta moral un Escritor célebre y no sospechoso; el cual, hablando de los siglos de ignorancia, cuyas instituciones subsisten todavía en nuestros dias, dice así: »se trataba la Mo»ral en las escuelas como el resto de la Teolojía, por razona»miento mas que por autoridad, y problemáticamente, po»niendo en cuestion hasta las verdades mas claras y eviden»tes; de donde nacieron con el tiempo tantas decisiones de ca»suistas, lejanas no solo de la pureza del Evanjelio, mas »tambien de la recta razon. Porque ¿hasta dónde no puede ir»se en esta materia si se toma el hombre una entera libertad »de razonar sobre ellas? Pero estos casuistas se aplicaron mas »bien á dar á conocer los pecados, que á mostrar sus reme»dios. Ellos se ocuparon principalmente en decidir lo que era »pecado mortal, y en distinguir á cuál virtud era contrario »cada pecado, si á la justicia, la prudencia ó la templanza: »y pusieron todo su estudio, digámoslo así, en disminuir los »pecados, y en justificar muchas acciones que los antiguos, »ménos sutiles y mas sinceros, tenian por criminales." Se vé, pues, que las vanas sutilezas y pueriles sofisterías de la Filosofia son todavia las bases de la Moral incomprehensible, que se enseña á los que estan destinados á la instruccion de los pueblos. Véase el *Discurso VI. de M. Fleury sobre la Historia Eclesiástica. §. 9.* En casi todos los Estados católicos de Europa la educacion de la juventud estuvo por mas de dos siglos confiada á los *Jesuitas*, hombres desacreditados por sus principios tan contrarios á la política como á las buenas costumbres, y que se esforzaron en impedir que las luces de la sabiduría penetrasen en las escuelas que ellos dirijian.

Podemos decir, en jeneral, que entregando sus hijos á la Educacion pública los padres sólo tratan de librarse y desembarazarse de ellos, mirando con indiferencia el que inviertan bien ó mal los años mas preciosos y mas importantes de su vida.

Dirémos ademas, que conforme á los designios políticos que hemos condenado en los antiguos Sacerdotes del Egipto y la Asiria, los que están al frente de la Educacion moderna se proponen únicamente envolver y rodear todas las ciencias de tinieblas y obstáculos, con el designio de retardar los progresos del entendimiento humano. Todo hombre que desea aprender é ilustrarse, se halla á cada paso detenido y ofuscado con las densas y obscuras

nubes de qué los Sofistas han rodeado artificiosamente la verdad; á cada instante halla que tiene que combatir ya con la autoridad de los filósofos antiguos, comunmente guiados de un vano entusiasmo; ya con las preocupaciones de los modernos, seducidos y engañados de un ciego y profundo respeto á la antigüedad, la cual raras veces consultó la razon y la esperiencia, todavia hoi lastimosamente pospuestas á la autoridad.

Todo el que aspira á descubrir la verdad, que la Educacion pública y las causas que concurren con ella se han empeñado en ocultar de sus ojos, se vé precisado á caminar solo y desamparado, antes bien que consultar unas guias, que no harian sino seducirle y descaminarle. La moral, tan necesaria á los hombres, evidentemente fundada en su naturaleza, y cuyos principios son tan claros para los que se dignaren consultarla, se halla todavia para muchas personas sepultada en el profundo pozo de Demócrito, sin que en su concepto pueda ser encontrada y conocida sino de los que osaren bajar á él.

Por pequeña que sea la atencion que se haya prestado á los principios establecidos en esta obra, y á los deberes jenerales y particulares que deben arreglar la conducta de los ciudadanos en cada estado, se reconocerá fácilmente que una buena Educacion no es, ni puede ser en realidad, otra cosa que la Moral hecha familiar á la juventud, ó cuyos principios le son inculcados desde mui temprano para servirle despues de guia en todo el curso de la vida.

¿Qué es, pues, educar á un Príncipe? Es inspirarle desde sus primeros años las ideas, disposiciones, deseos, voluntades y pasiones que debe tener para bien gobernar un dia al Pueblo, con cuya felicidad la suya propia estará unida por unos vínculos indisolubles: es mostrarle el interes que

tiene en ser justo, á fin de ser amado, respetado y obedecido voluntaria y gozosamente por una nacion numerosa y floreciente, cuya prosperidad necesariamente influirá en la de su jefe; es hacer que nazcan en el que algun dia debe mandar á los hombres, unos sentimientos capaces de granjearle su aficion inviolable; es acostumbrar á este Príncipe á que tiemble y se estremezca al ver en la historia las desgracias de las naciones y los tronos derrivados por las pasiones ó la neglijencia y debilidad de tantos Soberanos, que no conocieron el arte de gobernar. De donde se infiere que la Educacion de un Príncipe consiste en inculcarle de continuo que sea justo, para que goce de un poder seguro; que trabaje en la felicidad de sus súbditos, para ser feliz; que tema oprimirlos, ó abusar del poder supremo, para que no se atraiga desgracias inevitables. Equidad, firmeza, amor del órden, vijilancia, gusto al trabajo, pasion de la verdadera gloria, afectos profundos de humanidad, hé aquí las disposiciones que han de inspirarse y promoverse en el corazon de los que han de regular el destino de los Imperios.

Educar á un jóven destinado á ocupar un dia grandes empleos y dignidades, es inspirarle desde niño la noble ambicion de agradar á sus conciudadanos, de merecer su reconocimiento y aplausos por el bien que les hiciere y los talentos que mostráre: es inflamar su corazon con la idea de la gloria ó de la estimacion de todo un pueblo: es enseñarle á segundar los sabios designios de un Soberano, de cuya autoridad participará algun dia: es hacerle conocer que para lograr que esta autoridad sea alagüeña y durable, debe ser benéfica, justa é ilustrada: es mostrarle en la historia y en las obras útiles los recursos del hombre de talento en favor de la felicidad de los pueblos: es, en fin,

hacerle ver con horror y con espanto las frecuentes caidas de tantos indignos Favoritos, que por el abuso que hicieron del poder, se han visto precipitados de la cumbre de la grandeza al abismo del oprobio y de la miseria, terminando muchas veces su vida con una infame muerte.

La educacion del noble y del que es destinado á la carrera de las armas, debe proponerse darle una fortaleza y firmeza de alma, que le acostumbren desde la edad mas tierna á mirar sin temor los peligros y la muerte. Para escitar en él este valor guerrero es preciso inspirar en su corazon juvenil la idea del honor, el amor de la patria, el deseo de adquirir un derecho al aprecio y estimacion de sus conciudadanos, y el temor de perderlos con una conducta vil y cobarde. Esta educacion debe ocuparse en combatir, ó mas bien en prevenir el necio orgullo que les dá el nacimiento, y que persuade á muchos nobles que su sangre es mas pura que la de sus conciudadanos, á quienes deben defender para ser justamente respetados de ellos: esta educacion debe moderar un valor que dejeneraria despues en ferocidad, por medio de los afectos de humanidad que deben acompañar al guerrero aun en el ardor de la batalla. Todo debiera inspirar al hombre verdaderamente noble una noble elacion, el horror á la esclavitud, el verdadero patriotismo, y el temor de ver sucumbir á su nacion bajo de la tiranía, que reduciría al guerrero mismo al infame y despreciable estado de un esclavo. En fin, la educacion militar debería suministrar á sus alumnos la esperiencia y conocimientos necesarios para desempeñar con honor las funciones de su estado, y minorar los peligros á que un valor mal dirijido los arriesga muchas veces. El estudio de la Historia, de la Jeografia, de la Táctica, &c. es indispensable

á todo militar que aspira á ejercer y desempeñar dignamente su profesion, y no como un salvaje feroz ó como un autómato que sólo sabe matar y despreciar la muerte. ¡Qué reunion prodijiosa de conocimientos no se necesitan para formar un Injeniero, un Marino, un Jeneral que no quiera entregar inútilmente los hombres á la muerte!

El que está destinado á ser un dia órgano de las leyes, protector del ciudadano, y ministro de la equidad, debe penetrarse desde sus primeros años de un santo respeto á la justicia y á la funcion augusta que desempeñará en la sociedad; sabrá que debe establecer su honor y su gloria en sus conocimientos é integridad; estudiará las leyes; y sobre todo meditará las reglas constantes y seguras de la equidad natural ó de la verdadera moral, que guiarán sus pasos en el tortuoso laberinto de una Jurisprudencia obscura y tenebrosa, del que á veces cuesta tanto trabajo el poder salir.

El joven á quien se le prepara una grande fortuna, debe ser escitado y conmovido fuertemente desde su infancia con afectos de humanidad, beneficencia y conmiseracion respecto de aquellos á quienes la suerte no ha favorecido como á él; y debe desde luego saber que las riquezas no dan preeminencias verdaderas á los que las poseen, sino en cuanto les proporcionan los medios de ser felices y dichosos por la felicidad que procuran á los demas. La educacion de los niños opulentos debiera precaverlos de los vicios y vanidades que tanto los atormentan, y conducen á la ruina sin causarles placeres verdaderos algunos: ademas debieran cultivar su espíritu, para sustraerlos del mortal fastidio que producen siempre la hartura y la ociosidad.

La educacion del que se consagra al Sacerdocio consiste en inspirarle los sentimientos y comunicarle los conocimientos convenientes á su estado. Ha-

lándose los ministros de la Relijion encargados en casi todos los paises de la educacion de la juventud, deberian por lo tanto trabajar con el mayor empeño en estudiar y simplificar la Moral y hacerla familiar, para que de este modo sembrasen las primeras semillas en el corazon de sus discípulos, y pudiesen predicarla con fruto á las naciones, cuya instruccion les está confiada: reservando para entre sí las especulaciones dificiles y espinosas, impropias del comun de los mortales, el Clero debiera anunciar á los pueblos solamente aquellas verdades relativas á las buenas costumbres, y verdaderamente necesarias á la felicidad de la vida. De sus meditaciones deben los hombres esperar un *catecismo moral y social*, del que resultarian los frutos que no producirán jamás las cuestiones inaccesibles á la razon. ¡Que reconocimiento no tributaria el jénero humano entero á los Sacerdotes que, como buenos ciudadanos, empleasen su tiempo y estudios en hacer la Moral tan clara que igualmente fuese entendida de los grandes que de los pequeños, de los Soberanos que de los súbditos!

Cuando la educacion se propone formar sabios y literatos, debiera aprovecharse de las disposiciones naturales de la juventud, aplicando sus talentos á objetos verdaderamente útiles y provechosos á la vida social. Si se consultara sábiamente la inclinacion de los discípulos, y se cultivasen los talentos en aquello á que se les viese inclinados, las naciones tendrian Filósofos, Jeómetras, Físicos, Astrónomos, Químicos, Botánicos, Médicos, &c. los cuales por diferentes caminos, contribuirian al progreso de los conocimientos útiles al jénero humano. Una educacion mas moral y social retraeria la imajinacion ardiente de la juventud de las penosas sutilezas á que se aficiona con tanto perjuicio suyo. La Poesía ¿perderia acaso sus gracias si, abandonando sus fabulas y ficciones, se ocupase en mostrarnos una naturaleza mas verdadera, y si, en lugar de corrompernos con las pinturas seductivas del vicio, nos hiciese amable la virtud? La elocuencia ¿sería menos fuerte ó menos animada, si sólo se empleara en comunicar á los entendimientos verdades interesantes, y á los corazones afectos nobles y virtuosos? Demóstenes y Ciceron ¿son nunca mas grandes y admirables que cuando hablan á sus conciudadanos de objetos verdaderamente dignos de ocupar su atencion? (1). Estudie, pues, la juventud estos modelos; saque de los escritos inmortales de la antigüedad el amor de la patria, de la libertad y de la virtud, y no el arte futil y vano de adornar y hacer interesantes las puras bagatelas, de embellecer el vicio con nuevos hechizos, y de inventar ficciones y artificios. Las naciones, hartas ya y fastidiadas de los juguetes de su infancia, piden y claman porque se las ilustre é instruya. La verdad ¿no posee las mayores y mas variadas riquezas para ocupar dignamente las investigaciones del entendimiento humano? El hombre social y la naturaleza ¿no son en sí mismos un fondo inagotable?

Todo pruba, pues, que la Moral debiera ser la piedra angular de la educacion social; esta debe proponerse atraer todos los estados de la vida á la razon, á la virtud y á la utilidad jeneral: ella dará á conocer al que ha de disfrutar de la grandeza, la opulencia ó la autoridad, que estas ventajas son inútiles y perdidas para los que no saben emplearlas en

(1) Plutarco en la vida de Ciceron, hace su mayor elojio diciendo: "él es entre todos los Oradores el que mejor ha »mostrado á los Romanos la hermosura y la fuerza atractiva »que la elocuencia dá á lo que en sí es bello y honesto, y »cuán invencible es la justicia, cuando es bien y elocuente»mente demostrada."

bien y provecho de la Sociedad. Esta educacion consolará al pobre, y le mostrará en mil labores y ocupaciones diversas, en la industria y en la probidad, los medios seguros de librarse de la miseria y los delitos, y de adquirir una honesta subsistencia, y tambien una honrosa abundancia.

En vez de inspirar á los hijos de los Grandes una necia vanidad; de preocupar al hijo del noble con su vana jenealojía y con el mérito dudoso de sus antepasados; de engreir al pretendiente á la majistratura con las vanas prerogativas de este empleo; y de infatuar al Sacerdote con el orgullo de su ministerio, una educacion verdaderamente social debe inspirar á todos modestia, justicia, humanidad; en una palabra, virtud, sin la cual ninguna sociedad puede exîstir unida y dichosa.

Nada hace á los hombres menos sociables que su vanidad. Sin ofender ni deprimir las diversas clases ó jerarquías, una educacion nacional debiera combatir incesantemente las vanidades, y destruir esas indignas preocupaciones que á los hombres mas elevados hacen frecuentemente orgullosos, injustos y aborrecidos de sus conciudadanos: esta educacion debiera inculcar, desde la juventud, no que todos los hombres son iguales, sino que todos los hombres deben ser justos y benéficos; ella no debe enseñar que el hijo de un Soberano, ó de un Grande, es enteramente igual al hijo de un artesano, sino que el primero debe alargar su mano benéfica al menesteroso, y que jamás tiene derecho de maltratar ó despreciar al que se halla en miseria. Los hombres no son iguales sino en la obligacion que todos igualmente tienen de ser buenos y útiles á sus semejantes, y de estar estrechamente unidos entre sí.

La verdadera Moral no confunde los órdenes del Estado, sino que prescribe á los ciudadanos que cumplan fielmente los deberes propios de cada esfera;

manda que sean justos, que reunan sus intereses, que se socorran mútuamente, y que se amen como prójimos, puesto que los unos se hallan favorecidos, y los otros desgraciados y perseguidos por la ciega fortuna; y los prohibe el aborrecerse ó despreciarse, porque el desprecio y el ódio destruyen la armonía social. Toda sociedad es un todo concertado, cuya hermosura y perfeccion penden de la union de las partes que le componen. La instruccion mas importante á los hombres, considerados bien como individuos, bien en masa ó en cuerpo, sería la que les hiciese conocer que si están separados y divididos de intereses, no pueden trabajar eficazmente en la grande obra de su constante felicidad, que sólo puede conseguirse con los trabajos reunidos de todos los miembros y cuerpos de la sociedad. En toda nacion la justicia impone á los hombres una cadena de obligaciones, que une á todos desde el Soberano hasta el último de los súbditos, y de la cual ninguno puede sustraerse sin peligro.

Por tanto la educacion pública deberia establecer los fundamentos de la social armonía, tan necesaria á la felicidad de la vida privada como á la de la vida pública. Los preceptores de la juventud no debieran omitir, como lo hacen, el enseñar á sus discípulos los deberes á que un dia los obligará la sociedad conyugal; cual sea el estado de un padre ó de una madre de familia; cuales las conexîones del parentesco; cuales los vínculos de la amistad; y cuales, en fin, los deberes de amos y criados: objetos que nos ocuparán en el resto de esta obra.

De este modo la educacion imbuiria poco á poco el entendimiento y el corazon de los ciudadanos de conocimientos mucho mas útiles sin duda, que no los que se sacan de los estudios por lo comun estériles tanto para el entendimiento como para el alma. ¿Para qué sirve recargar la memoria con los sucesos

dajla historia antigua y moderna, si de ellos no se sabe sacar alguna instruccion útil á la jeneracion presente? ¿Qué fruto recoje uno de la lectura de los Filósofos y Sábios de la antigüedad, sino aplica sus máxîmas y lecciones á su propia conducta? En fin ¿de qué aprovechan los talentos del alma, si no contribuyen ni á nuestra felicidad ni á la de los otros? La educacion pública, en las naciones mas ilustradas, forma un gran número de sábios, de literatos, de poetas frívolos, y de hombres eruditos y festivos; pero mui pocos ciudadanos buenos, ni hombres para la patria ni para sus familias, ni aun individuos capaces de conservarse y hacerse felices á sí propios.

Si la educacion pública deja entre nosotros á la juventud en una completa ignorancia de lo que debiera saber, no la preserva tampoco del conocimiento de los vicios que eternamente debiera ignorar. Los colejios, estos santuarios destinados á conservar la inocencia y pureza de la edad juvenil, sirven por lo comun para hacerle contraer hábitos funestos y capaces de influir en la salud y bienéstar de toda la vida: un sólo jóven corrompido basta á veces para corromper á todos sus compañeros. Nada es mas comun que vér una juventud enervada y enferma por la disolucion, y acostumbrada á los mas feos vicios, en el centro mismo de los asilos erijidos para preservarla de estos peligros.

Sin una reforma fundamental, la cual los gobiernos solamente pueden hacer, la juventud, aún en los paises mas civilizados, estará por mucho tiempo privada de una educacion conforme á los verdaderos intereses de la sociedad. Los padres de familia, que quieran conservar las buenas costumbres de sus hijos, y formarlos segun la sabiduria, la verdadera ciencia y la probidad, se verán reducidos á educarlos por sí mismos, si fueren capaces de ello; ó sino, tendrán

que buscar preceptores dignos de su confianza, de su aprecio y de su reconocimiento.

Estos, para corresponder á sus designios, se guardarán mucho de usar con los niños que quieran formar en la sabiduría y virtud, del tono imperioso de la pedantería. Sabrán mui bien que la tiranía cria esclavos; que los castigos arbitrarios no sirven mas que para irritar á los discípulos, y que no conviene hacer molestos sino amables los preceptos. Verán que las faltas confesadas merecen induljencia, para alentarlos de este modo y acostumbrarlos al candor y la franqueza. Reconocerán que la razon, bien presentada y propuesta, se deja escuchar desde la edad mas tierna, y que asi persuade y convence mas que no los preceptos infundados, que hacen de los niños unas puras máquinas. *Un hombre bien nacido*, dice Ciceron, *sólo obedece á los que le dan preceptos útiles, le instruyen en lo que debe aprender, y le mandan con una autoridad, cuya utilidad en obedecerla él mismo reconoce.*

Los buenos preceptores sabrán que la infancia es sensible á la estimacion y á la vergüenza, y que estos moviles pueden ser empleados felizmente en la edad mas tierna. Observarán fácilmente que una aplicacion intensa y continuada daña la salud, y hace odioso el trabajo. Todo, en fin, les hará moderar prudentemente su autoridad. ¿Hai cosa mas fea que esa comun pedantería tan comun, que se vanagloría del poder que impunemente ejerce sobre una tierna criatura, cuyas faltas en su edad merecen mas piedad que castigo? Los castigos repetidos sólo producen almas bajas y embusteros faltos de ideas de honor, y pierden todo su efecto si se hacen habituales; los castigos no deben ser rigorosos, sino cuando se trata de sofocar las semillas de aquellas cualidades que anunciasen un mal corazon. La negra malicia, la altanería, la mentira,

la injusticia, la ingratitud, la crueldad deben ser reprimidas con el mayor cuidado; mas las faltas y defectos que provienen de la viveza, lijereza y travesura de la edad deben ser fácilmente perdonadas.

Estos son los caminos que la razon propone á los preceptores de la juventud: esta es, en jeneral, la conducta que ellos deben observar para hacer eficaces sus instrucciones: semejantes maestros deben ser honrados, queridos y dignamente recompensados; y adquirirán derechos seguros y sagrados al eterno reconocimiento de los padres justos, y al de sus mismos hijos; éstos tarde ó temprano llegarán á conocer lo que deben á unos hombres que, sin desalentarse ni aburrirse por sus faltas, por su indolencia, por sus travesuras y por su pereza, han conseguido á fuerza de trabajos y desvelos formar de ellos unos ciudadanos apreciables, y hacerles amar el estudio y la aplicacion, en que hallarán toda su vida recursos seguros contra la ociosidad y el fastidio que atormentan á todos los hombres desocupados y perezosos: en suma, reconocerán que una buena educacion es el mas grande beneficio, y que nunca podrán suficientemente pagar los trabajos y fatigas de los que se la dieron.

Si la educacion de los hombres se halla por lo comun tan descuidada y desatendida tanto por los padres imprudentes, como por los Gobiernos poco sabios, la educacion del sexô destinado á formar buenas esposas y madres, la vemos enteramente olvidada en casi todas las naciones: el baile, la música y la aguja, hé aquí ordinariamente toda la ciencia que se enseña á las jóvenes que un dia han de gobernar familias (1). ¡Hé aquí las

(1) No podemos menos de referir aquí el modo con que un

perfecciones y talentos que se exîjen de un sexô, de quien depende la felicidad del nuestro! Una madre se tiene por vijilante y cuidadosa cuando atormenta cruelmente á su hija por menudencias y bagatelas, que ella misma debiera desatender y enseñarla á despreciar. Estas bagatelas parecen sinembargo tan graves á los ojos de la mayor parte de las madres, que causan en ellas su continua rabia y mal humor, y en las hijas un manantial inagotable de pesadumbres y de lágrimas. En vez de formar sus corazones á la virtud, de hacerlas conocer las obligaciones que algun dia deberán cumplir, de adornar el entendimiento que han recibido de la Naturaleza con conocimientos que las liberten del fastidio, á que estarán espuestas mucho mas que los hombres por todo el curso de su vida, la educacion que se les dá, no tiene al parecer mas objeto que enloquecerlas, inspirarlas en brazos todavia de sus amas el gusto del ornato y de la vanidad, hacerlas fijar su atencion en las gracias del cuerpo, y descuidar enteramente los adornos del alma (1). Pudiera mui bien de-

Moralista modeno ridiculiza la educacion que se da á las niñas. *Tente firme y derecha; ¿no ves que vas caida toda de este lado? lo mismo andas que un pato: ¡qué boca tan puerca! no te toques la cara; levanta esa cabeza; ¿donde tienes los brazos y las manos? Saca esos pies ácia fuera; vuelve bien atras esos brazos y esos hombros &c. &c.* "He aqui por espacio de doce ó quince años la moral de la mañana, de la tarde y de la noche. »Asi el primer requisito para la educacion de una señorita »es el maestro de baile." *M. Champion.*

(1) Es claro y evidente que las mujeres, condenadas á una eterna infancia, no son la causa que contribuye menos á los progresos del luxô y vanidad nacional. Se cuenta que en un pais mui entregado al luxô, donde un *petimetre* no podia presentarse entre las jentes de *buen tono* sin llevar encájes en la camisola, una señora, dominada de los caprichos

cirse que esta educacion únicamente se propone formar ídolos que se alimenten de inciensos y adulacion, y que vivan en una total ignorancia de lo que deben á su patria. Lo mismo que los Príncipes, las mugeres son aduladas y desconocen los deberes de la vida social: el modo comun de educarlas dá á entender que se teme que sean racionales. Sólo se las ocupa en el adorno y las modas; no se las habla sino de diversiones, espectáculos, bailes y tertulias; se les dan ejemplos y lecciones de desenvoltura; se las prepara de antemano al imperio que un dia han de ejercer; y en fin, se las sujieren medios de irritar las pasiones, á que se les debiera inspirar el mayor horror.

Así no es de admirar que las mujeres, criadas con estos principios carezcan de las cualidades necesarias para contribuir á la felicidad de los demas, y ser ellas felices. Tampoco debemos sorprendernos al verlas caer frecuentemente en los lazos de la galantería, ni de que sean incapaces de fijar con sus cualidades morales la inconstancia de los adoradores momentáneamente seducidos por sus encantos. Una doncella, á quien su educacion nada le ofrece de mas importante que el arte de seducir, no tarda en poner en práctica estas lecciones, cuando se vé en libertad: de aqui las intrigas y desarreglos que, como hemos visto, introducen entre los esposos eterna desunion y discordia: de aqui la ociosidad de las mujeres, cuyo fastidio las conduce á diversiones ruinosas ó á placeres culpables: de aqui esa vaciedad de espíritu que, al marchitarse su belleza, las hace inútiles, odiosas, é incómodas en la sociedad, obli-

---

del luxô se quejó altamente á su marido por haberla presentado á un amigo que traia vueltas bordadas en la suya.

gándolas á buscar ya en las intrigas y tercerías, ya en una melancólica devocion, remedios contra el aburrimiento que las consume y devora.

Prescindiendo de las lecciones y ejemplos peligrosos de una madre sin pundonor ni seso, no hai situacion mas dolorosa que la de su hija, principalmente si la naturaleza la ha dotado de alguna belleza: esta infelíz entonces no tarda en disgustar y hacerse aborrecible á su madre; apesadumbrada de ver eclipsados sus hechizos por la hermosura naciente de su hija, la mira como á una rival y enemiga perjudicial á sus pretensiones personales; por consecuencia la hace sufrir incesantemente su continuo mal humor y los efectos á veces bárbaros y crueles de su furiosa vanidad. Desgraciada por la dureza y el maltratamiento de su madre, se vé la hija precisada á tomar el primer partido que la liberte de la tiranía maternal, y lo ménos malo es que, para sustraerse de ella, caiga bajo el despotismo de un marido que acaba con la muerte.

La educacion que se da á las jóvenes, no es capaz de preservarlas de estos inconvenientes. Para librarse de ellas, cuando ya incomodan á sus padres en sus placeres y estravíos, las meten en colejios ó conventos al cuidado de monjas y maestras, las cuales, enteramente separadas del mundo, ninguna idea tienen de él. Las personas consagradas al celibato ¿serán jamás capaces de instruir á una joven en los deberes de la vida conyugal? Unas mujeres faltas de esperiencia ¿cómo han de saber instruirla y armarla contra las seducciones y peligros que no conocen ellas mismas? Si les dan algunas lecciones de Moral, son comunmente desfiguradas con delirios y ridiculeces supersticiosas, haciendo consistir ordinariamente la virtud en prácticas aparentes y esteriores, enteramente contrarias, ó poco interesantes al bien de la Sociedad. Una educacion seme-

jante sólo es buena para llenar el alma de vanos escrúpulos, terrores pánicos, y pequeñeces capaces de inquietar el sosiego del alma sin servir de freno poderoso á las pasiones que inspira y produce el mundo.

Educada de esta manera una jóven sin talentos, sin ideas ni esperiencia, sale de repente de su cárcel para pasar á los brazos de un marido á quien no conoce, cuya felicidad y la de sus hijos ella misma debe hacer. Mas esta jóven, destituida de principios y sin conocimiento de sus obligaciones, procede y obra por casualidad y á la ventura, y sino encuentra en su marido, por un feliz acaso, discrecion y luces que la sirvan de guia, presto cae en lazos peligrosos, y se vé dominada de los caprichos y locuras de una sociedad corrompida.

Á la educacion funesta que se da á las mujeres, deben atribuirse visiblemente sus debilidades, sus imprudencias, sus pequeñeces, los desórdenes que tan frecuentemente causan en el mundo, y en fin las aflicciones y fastidio que se acarrean y sirven un dia de castigo á sus locuras. Nada es mas triste que la suerte de una mujer que, sobreviviendo á sus atractivos, y en el abandono en que el mundo la deja, no encuentra en sí misma mas que un horroroso vacío con que suplir las adoraciones, los entretenimientos ruidosos y los contínuos placeres á que se hallaba habituada. Sinembargo esta es la suerte á que la educacion las condena. Padres ignorantes y sin prevision descuidan instruir á estos entes sensibles, fortalecerlos contra los peligros de su corazon mismo, é inspirarles valor y virtud: no parece sino que temen que las cualidades morales del alma perjudiquen á los adornos del cuerpo. ¿No es claro y evidente que un entendimiento ilustrado da á la hermosura mas realce é imperio, y que la virtud hará mas apreciable á esta hermosura, y la sustituirá cuando

desaparezca? Como las flores delicadas y pasajeras, las mujeres se creen destinadas á agradar por algunos instantes, y no más. ¿No deberian antes bien proponerse que fuesen mas durables los homenajes que las rinden? ¿Cuánto mas encantadora es la belleza, cuando está acompañada de pudor, de talentos, de razon y de virtudes? Una jóven bella y virtuosa es el objeto mas hermoso que la Naturaleza puede ofrecer á nuestra vista.

No tema, pues, este sexô agradable, destinado á las delicias y dulzuras que disfruta el hombre, de cultivar su entendimiento: los conocimientos útiles nunca ofenderán á sus gracias. Cuide sobre todo de cultivar un corazon que la Naturaleza ha hecho susceptible de virtudes sociales. De este modo agradarán constantemente; ejercerán un imperio mas alagüeño y lisonjero que ese poder efimero, debido solamente á los atractivos de la hermosura, tan fáciles y propensos á marchitarse; darán constancia á los afectos que lejítimamente inspiraren; se granjearán homenajes sínceros, mas permanentes y apetecibles que los que las prodigan los engañosos seductores, que sólo aspiran á abusar de su flaqueza y credulidad; serán honradas y deseadas durante su vida; hasta en la vejez y en la soledad encontrarán en sí mismas los conocimientos que las adornen; y por último, gozarán de la estimacion pública y de una serenidad preferible al tumulto de los placeres, y á esas vanas diversiones, que ordinariamente ofrecen un entretenimiento momentaneo al mortal y continuo fastidio.

No hai la menor duda en que la conducta de las mujeres influye del modo mas notable y poderoso sobre las costumbres de los hombres. Asiqué todo debe convencernos que el mayor cuidado que se pusiese en la educacion de esta mitad

la mas amable del jénero humano, produciria en la otra una feliz mudanza. Se dice, y con razon, que el trato de las mujeres contribuye á la sociabilidad de las costumbres; pero lo que en las naciones vanas y corrompidas se califica de sociabilidad en las costumbres, no suele ser sino molicie, lijereza, descuido, y olvido de los propios deberes. Para complacer á las mujeres necias y atolondradas, los hombres únicamente piensan en adornos, trenes y bagatelas, y se afeminan de este modo. La fortaleza de alma, la firmeza y virtud varonil ceden y dejan el lugar que tenian á la indolencia, al luxô, la necedad y la galanteria. En los paises donde las mujeres locas están en posesion de dar el tono y modelar los gustos, la Sociedad se llena de ociosos amantes, necios requebradores y toda clase de vicios; pero los hombres de razon y virtud son rarísimos en los dichos paises. La educacion que se dá á las mujeres, hace que sus hijos salgan señoritos mimados y corrompidos, á quienes para tener contentos es menester tenerlos divertidos.

Sinembargo de estas perniciosas influencias de la conducta de las mujeres en las costumbres racionales, no demos oidos á las tristes declamaciones de algunos Moralistas antiguos y modernos, que se afanan en persuadirnos que la razon, solidez y prudencia no son propias de esta porcion preciosa de la sociedad. Una educacion muelle y en un todo defectuosa es la verdadera causa de que tantas mujeres tengan los cuerpos débiles y mucho mas las almas. Este carácter frívolo, esta especie de infancia perpetua, esta falta de hábito de reflexîonar, las entregan irremediablemente á la adulacion, á las asechanzas del vicio, á las vanidades del luxô y á todas las estravagancias introducidas por la neglijencia de los lejisladores, y por el fausto y

corrupcion de las cortes, que hombres y mujeres sin seso hacen alarde de imitar.

No es la naturaleza la que dá á tantas mujeres esa molicie, esa aversion al trabajo, esa debilidad de cuerpo y esas enfermedades habituales, tan comunes en las grandes y opulentas: estos efectos son producidos de falta de ejercicio y de una vida demasiado sensual, que impiden desde la edad mas tierna que adquieran los cuerpos el vigor que necesitan, y contribuyen á que sea mayor su natural delicadeza. La vida disipada y los desórdenes que produce el luxô, hacen que las mujeres de una cierta clase no puedan ni quieran criar á sus hijos, violando de este modo el primero y mas sagrado deber que la Naturaleza impone á las madres. Sinembargo, esta debilidad y flaqueza no son inherentes á el sexô: las aldeanas nos muestran que tienen no solamente fuerza para cumplir con los deberes de madres, sino tambien que el hábito las hace capaces de soportar los mas duros trabajos.

Encuanto á la fortaleza de alma, los ejemplos de las ciudadanas de Lacedemonia y de Roma bastan para convencernos de que las mujeres, dirijidas por una educacion mas esforzada y varonil y una sabia lejislacion, son susceptibles de grandeza de alma, de patriotismo, de ardor por la gloria, de firmeza, valor, y en una palabra, de todas las pasiones jenerosas; estos ejemplos debieran confundir y avergonzar á tantos hombres cobardes como vemos en los paises enervados por el luxô y el despotismo (1); dos cosas que degradan las al-

---

(1) Instándole una Señora á Cornelia, Madre de los Gracos, paraque le mostrase sus joyas y vestidos, esta sólo le presentó á sus dos hijos. Segun Plutarco las mujeres de Esparta se aflijian sobre manera cuando se les presentaban sus

mas y las separan de los objetos verdaderamente útiles y nobles: la tiranía no quiere reinar sino sobre personas sin actividad, ni elevacion, ni fortaleza de virtudes.

Es preciso, pues, repetirlo: sólo de un Gobierno vijilante y benéfico pueden esperar las naciones una educacion legal, mas conforme á las buenas costumbres, y mas ventajosa al bien de la Sociedad. Sin recurrir á impuestos y gravámenes onerosos, los Estados cultos y sábios hallarán medios abundantes de proporcionar á las diferentes clases de ciudadanos la educacion que necesitan, en las cuantiosas rentas de tantas casas y colejios erijidos á este intento, y que tan mal corresponden á su instituto y á las esperanzas del Público. Honrando y recompensando la utilísima profesion de educar la juventud, los pueblos no carecerán ni de sabios, ni de hombres justos y rectos, que ayuden los designios y desvelos de los Soberanos. Los conocimientos en todo jénero se simplifican, facilitan y perfeccionan de dia en dia: los principios de la Moral, como hemos visto, son tan claros que con la mayor facilidad puede comprenderlos la parte mas sensible del pueblo; este no es bárbaro y grosero sino porque se descuida su instruccion, y se le condena á vejetar en una ignorancia imbecil y salvaje. Los hijos de las jentes de pueblo están, en casi todos los paises, abandonados á sus caprichos é irregularidades, viéndoselos en las calles y plazas contraer desde la edad mas tierna, hábitos y vicios que los conducirán algun dia al cadalso.

Aunque, como hemos dicho arriba, todos los

---

hijos despues de algun mal suceso en la guerra; en vez de que las madres de los hijos muertos en ella iban á dar gracias á los Dioses, y se daban reciprocamente el parabien.

hombres no sean susceptibles de una educacion misma, y sea casi imposible educar dos jóvenes precisamente de una misma manera, sinembargo es posible y facil educar á los hombres en comun, dirijirlos ácia ciertos objetos, y uniformar las pasiones de un pueblo. No hai en una nacion dos hombres en todo semejantes ni en el cuerpo ni en las facultades intelectuales (1); pero no obstante esto se halla una semejanza jeneral en los rostros y en las ideas del mayor número de individuos. Aunque no haya dos Españoles que se asemejen en un todo, sinembargo el caracter jeneral de la Nacion Española es la gravedad, la honradez, la taciturnidad, y la pereza. Aunque dos Franceses no sean enteramente semejantes, hallamos que la jeneralidad de la nacion es alegre, activa, urbana, sociable, voluble, vana y amante del luxô. El caracter y costumbres de las naciones dependen en primer lugar de la naturaleza del clima, que influye en los cuerpos; y en segundo del Gobierno, de la educacion, las opiniones y los usos, que influyen en el ánimo y forman las costumbres nacionales: estas costumbres nunca son mas que habitos contraidos por el mayor número de hombres que componen las naciones.

Sin necesidad de las luces y conocimientos que la educacion proporciona á las personas de un orden elevado, el pueblo es susceptible de recibir aquella parte de instruccion y de moral, la necesaria para su conducta, ó para minorar al menos los vicios que ordinariamente le corrompen. Por una neglijencia lastimosa de casi todos los Gobier-

---

(1) *Mille hominum species, et rerum discolor usus.*
Velle suum cuique est, nec voto vivitur uno.
Pers. Satyr. 5. vers. 52. 53.

nos, la infancia del hombre de pueblo está enteramente abandonada; los primeros años de los pobres son del todo perdidos. Los Soberanos, si fuesen vijilantes, lograrian facilmente inspirar costumbres mas racionales á los que la preocupacion considera menos susceptibles de ellas. Se dice que el Gobierno de China ha llegado á conseguir que la urbanidad y cortesía sean populares; sin correjir las costumbres ha correjido los modales, cuando á mui poco mas de trabajo hubiera podido hacer popular la virtud. Los viajeros cuentan que desde la edad mas tierna se vé impresa la gravedad en el rostro de los niños Arabes, y se los advierte tan compuestos y mesurados en su infancia, como en otros paises son los hombres atolondrados y petulantes.

Prescindiendo de la neglijencia del Gobierno, que por lo comun cierra los ojos sobre las costumbres populares, el estado de envilecimiento en que el mismo pueblo está, su dependencia escesiva, y la opresion y desprecio que sufre de sus superiores, contribuyen ademas á corromperle. Todo hombre que se menosprecia á sí, no teme ser despreciado de otros; el que ha perdido la esperanza de ser apreciado, se abandona al vicio, y de nada se avergüenza. Hé aquí, sin duda, el porqué se halla tanta bajeza y picardia, tantas rapiñas, tan poca probidad, tan poca decencia y buena fé en regatones y revendedores, en artesanos, en criados, y en una palabra, en las clases subalternas del pueblo. Las personas de esta clase adoptan y observan todo lo que no les conduce directamente al patibulo.

Degradando y envileciendo á los hombres se destruye en ellos todo pensamiento decoroso, y el honor y virtud son nulos para ellos. El despotismo, que forma esclavos opresores y esclavos oprimidos, forzosa y visiblemente debe destruir el honor en todas las almas. El cortesano, á quien envilece su señor, envilece despues á cuantos le rodean; y envilecidos todos progresivamente, terminan entregándose á toda suerte de infamias. Sola una libertad justa y lejítima puede inspirar sentimientos de honor. Un esclavo jamas tendrá una idea alta de sí mismo; será, sí, fátuo, vano, atrevido y orgulloso; mas nunca tendrá la nobleza de ánimo que solamente dan la libertad y la seguridad.

En las naciones donde reina el luxô, todo contribuye, como frecuentemente hemos repetido, á pervertir las costumbres del pueblo: el luxô inventa diversiones y placeres análogos á los de sus superiores; él necesita de espectáculos, farsas, tabernas y ventorrillos, que no sólo le hacen perder tiempo y dinero, sinoque ademas corrompen las costumbres é inducen á delitos. Es grande imprudencia en el Gobierno acostumbrar al pueblo á continuas diversiones; los que por este medio se proponen tenerle tranquilo, y distraerle y divertirle en su miseria, se engañan mucho, pues solo consiguen con esto aumentar sus desgracias é incitarle al desórden y á la rebelion. El pueblo debe trabajar; para que esté tranquilo y sea bueno, es preciso instruirle, aliviarle y socorrerle.

Escuelas de buenas costumbres, adaptadas á la capacidad de los niños mas groseros, pondrian á una política atenta y vijilante en disposicion al menos de esperimentar si era posible hacer á las jentes del pueblo mejores y mas sociables de lo que son comunmente. Los establecimientos de esta especie, fomentados y protejidos, cambiarian quizá en poco tiempo las costumbres de un vasto imperio. Pero las tentativas mas fáciles le parecen á la pereza rodeadas de dificultades invencibles; ó dis-

gustan y ofenden al despotismo. Los Soberanos serán siempre dueños de las costumbres de los pueblos; ellos tienen en sus manos todo lo que puede mover las voluntades de los hombres, y pueden á su arbitrio inclinarlos al vicio ó la virtud. Si los Soberanos concediesen á la reforma de la educacion pública la mitad de los socorros y cuidados que conceden al sostenimiento y proteccion de una multitud de instituciones inútiles, los pueblos tendrian bien pronto la instruccion que tanto necesitan. Si las lecciones de la Moral fuesen favorecidas y patrocinadas con honores y recompensas, las naciones tendrian sujetos capaces y prontos á instruirlas. En fin, si las buenas costumbres condujesen al honor y á la fortuna, es bien cierto que se lograria prontamente en las naciones la suspirada reforma de las presentes. Si los Príncipes amigos de las artes en poquísimo tiempo las han hecho florecer y prosperar en sus Estados ¿qué duda tiene que los Príncipes virtuosos criarian virtudes en sus pueblos con la misma facilidad?

¿No es bien estraño que en los grandes imperios no haya escuela ninguna para formar en ella Economistas, Políticos, Comerciantes, Ministros, hombres capaces de ausiliar á los Soberanos en los diversos cuidados de la administracion pública? El favor que obtienen comunmente la intriga y la bajeza ¿basta acaso para infundir las cualidades que exijen los empleos importantes que moderan el destino de los imperios? No nos admiremos de ver al despotismo perpetuamente víctima de sus errores y locuras destruir los Estados tanto con su torpeza é ignorancia, como con la incapacidad de los ajentes de que se vale.

Tampoco debemos admirarnos de ver al vicio y al crímen reinar sobre las naciones, cuyos gobiernos tan infatuados y ciegos están que parece

que ignoran que una buena educacion, una sana moral y buenas leyes apoyadas en recompensas y castigos, sofocarian las semillas de vicios y delitos, y escusarian los suplicios crueles, que ademas son inútiles, mientras no se remedien los males en su orijen. *Trabaja*, dice Confucio, *en impedir delitos para no necesitar de castigos.*

Por poco que se reflexione, forzosamente se reconocerá que, hablando con propiedad, sólo hai una ciencia interesante á los habitantes del mundo, en la cual terminan y á la que deben contribuir todos los conocimientos humanos: esta ciencia es la Moral, que abraza las acciones y deberes del hombre en Sociedad. La Moral, aplicada á los diferentes estados de la vida, es realmente la que la educacion debe enseñar á la juventud. ¿Qué es en efecto educar á un jóven? es comunicarle de antemano los conocimientos necesarios al estado que elija; es habituarle á observar la conducta mas conveniente para ser estimado y querido de aquellos con quienes tendrá relaciones; es indicarle los medios de ser felíz, contribuyendo de uno ú otro modo á la utilidad, los placeres y la satisfaccion de los demas. La madre, ó la nutriz que enseña al niño á esplicar sus primeras ideas con labio balbuciente, le hace contraer el hábito de hablar con los hombres, y le enseña las cosas que le serán apreciables un dia en razon de su utilidad ó deleite. Al aprender á leer comienza el niño á recojer hechos, conocimientos, ejemplos y esperiencias que el dia de mañana le servirán para su propia instruccion y la de los otros. La Relijion, que desde los primeros años se inspira á los niños, tiene por objeto hacerlos justos, humanos, sociables y benéficos, porque de lo contrario se ofenderia y desagradaria al autor de la Naturaleza, lleno de amor y beneficencia con los hombres. La Historia es útil

encuanto nos presenta pruebas multiplicadas de los efectos terribles que han producido en la tierra las pasiónes y locuras de los mortales. La erudicion, la lectura de los antiguos, el estudio de las lenguas muertas serán ocupaciones bien inútiles, sino nos facilitan aprovecharnos de los antiguos sabios, y aplicar la razon de los siglos pasados á nuestra conducta presente. La Jurisprudencia es el conocimiento de las reglas establecidas para la observancia y mantenimiento de la justicia y la paz entre los hombres. Lo que se llama *Derecho Natural y de Jentes* no es otra cosa, como hemos visto, que la Moral de las naciones entre sí. La Política ¿es mas que el conocimiento de los mútuos deberes que unen y ligan á Súbditos y Soberanos, esto es, la Moral de los Reyes?

La Moral, pues, debiera ser el único objeto de todas las ciencias que se enseñan á la juventud: todas á su modo deben contribuir á formar á los hombres mejores y mas útiles: todas deben, por diversos medios, concurrir al logro de la felicidad jeneral con el bienestar de los individuos. Trabajando para todos, el sabio adquiere lejítimos derechos á su propia subsistencia, al premio, á la gloria, y al aprecio del Público. El mérito de la Física, de la Mecánica, de la Astronomía &c., no puede fundarse sino es en el bien que estas ciencias producen á los hombres. Las artes, las manufacturas, el comercio, la agricultura, y los diferentes oficios y ocupaciones proporcionan al pueblo mil medios de subsistir y de granjearse una honesta fortuna: contribuyendo al bien de la Sociedad, el pueblo trabaja en su propia felicidad. La Moral, tan vergonzosamente desatendida en la educacion, es evidentemente el vínculo de la Sociedad; ella obliga, sin que lo sepan ni conozcan, á los mismos ingratos que la desdeñan. Aprender á ser útil,

para vivir felíz en este mundo, hé aquí lo que la Educacion, de acuerdo con la verdadera Moral, debe repetir incesantemente á los hombres.

CAPÍTULO IV.

Deberes de los Parientes ó de los Miembros de una misma familia.

Toda familia es una Sociedad, cuyos miembros pueden ser comparados á los ramos ó vástagos de un mismo tronco, los cuales deben por su mismo interés contribuir á mantener entre sí la union necesaria á la conservacion y felicidad del todo de que son partes. Los parientes son amigos que nos dá la Naturaleza, que nos recuerdan nuestro orijen comun, que representan á nuestro espíritu unos ascendientes cuya memoria debe inspirarnos ternura y respeto, que nos advierten que es una misma sangre la que corre en nuestras venas; y en fin, que nos hacen conocer que nuestro bienestar exîje que permanezcamos unidos con los que son capaces de contribuir á nuestra felicidad, que están interesados en nuestro bien, y dispuestos á tomar parte en nuestros placeres y penalidades, á socorrernos en la adversidad, y á soportar con nosotros los golpes de la fortuna. Estas consideraciones bastan para darnos á conocer lo que los miembros de una familia se deben reciprocamente.

Si la Moral nos prescribe la práctica de la justicia, de la humanidad, la piedad, la beneficencia y de todas las virtudes sociales con respecto á los hombres en jeneral, por las relaciones que nos unen con ellos, no se puede dudar que la misma Moral nos constituye en la sagrada y rigorosa obligacion de usar de estas virtudes con las personas que nos están mas estrechamente allegadas con los vínculos

de la sangre: asiqué todo nos recomienda y confirma los derechos del parentesco; todo prueba que debemos á nuestros parientes el cariño, beneficios, compasion y socorros que exijiriamos de ellos, si nos viésemos necesitados. Los parientes son unas personas, á las cuales, prescindiendo de los nudos de la consanguinidad, estamos unidos con los vínculos del hábito, de la familiaridad y trato frecuente; ellos conocen nuestra situacion, son los depositarios de una parte de nuestros secretos, designios é intereses, y por lo tanto son mas capaces de ausiliarnos con sus consejos, y favorecernos en nuestros proyectos. Una familia bien unida, esto es, compuesta de personas virtuosas, tiene una fuerza que no es posible hallar en esas familias mal acordes, cuyos miembros son estraños los unos á los otros.

Los parientes favorecidos de la fortuna se constituyen naturalmente bienhechores de los parientes desgraciados; los que gozan de crédito, poder, eminentes empleos y destinos, se atraen las consideraciones de los otros, y son protectores y apoyos de los que menos pueden; los que se distinguen en sus conocimientos y prudencia, son consejeros á quienes se consulta, y cuyo dictamen se sigue; y en razon de las ventajas que procuran á los otros, pueden ejercer una suerte de autoridad agradable y reconocida. En las familias y en la Sociedad, los hombres que se hallan en estado y disposicion de hacer mas bien, deben, por interés de todos, gozar de una superioridad lejítima.

A pesar de las grandes ventajas propias de la union de las familias, nada es mas raro que ver á los parientes bien unidos. Los hermanos mismos los vemos algunas veces en una discordia la mas cruel y deshonrosa (1). Los hombres, por defecto de reflexion, pierden de vista el fin que deberian proponerse; los intereses personales los dividen y separan del interés general, el cual no llama la atencion ni empeña de un modo sensible á las personas que raciocinan poco. El orgullo, la vanidad, la cólera y falta de juicio que la familiaridad produce facilmente, son las causas frecuentes de la division entre parientes, cuyos corazones están á veces mas distantes, que lo están los de personas indiferentes entre sí y estranjeras.

(1) Plutarco refiere, que habiéndose querellado dos hermanos Espartanos el uno contra el otro, los majistrados llamados Eforos multaron á su padre, por no haberlos inspirado en su infancia pensamientos virtuosos y fraternales. *Plutarco: Dichos Notables de los Lacedemonios.*

Ciertamente esta grande familiaridad, que al primer aspecto parece deberia estrechar mas y mas los nudos de las familias, contribuye de ordinario á turbarlas y descomponerlas para siempre; y hace que los parientes se molesten mútuamente con sus defectos comunes, los cuales, á la corta ó á la larga, producen mortales desavenencias. De aqui provienen esos odios inveterados que destruyen la armonía necesaria á las familias, y que sinembargo se encienden entre hermanos y los parientes mas cercanos. *La familiaridad*, se dice vulgarmente, *engendra menosprecio*; á lo cual se puede añadir, "y el menosprecio engendra ódio." Que la familiaridad enjendre menosprecio proviene de que, acercándose y reuniéndose hombres poco racionales, esta misma familiaridad hace que la combinacion de sus vicios fermente y produzca un activo y mortal veneno.

Esto supuesto, los parientes debieran no sólo usar de atencion unos con otros, sino ademas armarse de una paciencia é induljencia invencibles, para evitar los rompimientos que puede causar la fa-

miliaridad. Esta no dispensa á las personas que se tratan con frecuencia de las consideraciones que se deben mútuamente, ántes bien las empeña mucho mas á huir cuidadosamente de las ocasiones de ofenderse. A muchas jentes les parece que el trato frecuente y la familiaridad les dan derecho de ofender á sus mas íntimos amigos. Los parientes, por lo mismo que deben amarse, deben temer agraviarse, y romper de este modo la buena intelijencia que ha de reinar en ellos.

Por no hacer estas sencillas reflexiones los parientes se creen por lo comun autorizados para incomodarse con sus diferentes pasiones y vicios. Los mas distinguidos por sus empleos ó riquezas oprimen á los otros bajo el peso de su orgullo y superioridad, tratando como esclavos á sus parientes desgraciados. Nada mas ordinario que el ver tios que, á costa de largas esperanzas, venden á sus sobrinos beneficios mezclados de baldones y malos tratamientos; y con dejarles columbrar una opulenta herencia, creen que les es permitido tratarlos con una tiranía, cuyo efecto necesario es fomentar y disculpar la ingratitud. Nada mas duro, sobre todo, que el imperio de esos hombres de ayer acá, á quienes ofusca y embriaga una rápida fortuna, y que se figuran que todo les es lícito con sus pobres y necesitados parientes. *No seas tio para mí*, fue en Roma un adajio que pudiera adaptarse á muchos paises (1). Parientes de esta especie poca esperanza deben tener de que sus cenizas sean regadas con lágrimas de gratitud: su muerte es para sus colaterales el fin de una odiosa esclavitud. La tiranía continua destruye y aniquila el reconocimiento. Hablando con pureza y realidad ¿es ser liberal y benéfico

(1) *Ne sis patruus mihi.*

dejar uno á otro los bienes que no puede llevarse consigo al sepulcro? El hombre benéfico disfruta y hace disfrutar á otros del bien que les dispensa; por esto es acreedor al agradecimiento, y puede lisonjearse de que su memoria será deliciosa y eterna para sus herederos.

La vanidad cierra ordinariamente el corazon á las desgracias de los parientes. La opulencia, siempre soberbia y orgullosa, se avergüenza de tener por parientes á pobres é infelices; sólo se vanagloría de tener algun pariente ilustre, cuya celebridad se comunica, á su entender, con cuantos son de la misma sangre. Los parientes mas dignos de piedad son precisamente á los que el orgullo se la niega. ¿No es violar la ley mas sagrada que la Naturaleza impone á los miembros de una familia, el reusar auxilios y socorros á los que mas los necesitan?

En fin, el sórdido interés es la causa comun de las divisiones frecuentes que separan á los parientes. Los avaros y codiciosos nada conocen en el mundo que sea comparable con el dinero; por él vemos que se sacrifican á cada momento la union de las familias y las consideraciones debidas á su propia sangre. Bajo el pretesto de justicia y derechos se muestran inflexibles, y niegan sus oidos á los clamores de la humanidad. No es raro tampoco ver á un pariente opulento abusar de la ley para despojar y arruinar sin remordimientos á parientes que penan y se consumen en la miseria y dolor.

Sean cuales fueren los motivos ó pretestos de la discordia entre parientes, siempre son mas ó menos vituperables y deshonrosos. Una familia bien unida anuncia unas almas sensibles, honestas, jenerosas y libres de todo vil interés: una familia rencillosa arguye unas almas interesadas, insociables, injustas y crueles. Una familia semejante no previene en su favor la opinion pública. Los

tramposos de profesion, siempre en pleitos unos con otros, anuncian almas bajas, viles y despreciables. En fin, una familia, cuyos miembros están perpetuamente en guerra, no pueden gozar de los frutos del parentesco, porque se priva de los mútuos socorros que deben prestarse las personas unidas con los vínculos de la sangre.

Reflexîonando sobre la natutaleza del hombre se hallará, independientemente de las causas espuestas, el orijen de las divisiones y enemistades que reinan entre los parientes, por las cuales se niegan los socorros que suelen conceder voluntariamente á los estraños. El hombre quiere ser libre en sus acciones; sus parientes no son jentes de su eleccion; los beneficios que les hace son deudas en opinion dellos y dél; y las paga de mala voluntad, ya porque considera oprimida su libertad en esto, ó porque se imajina que sus beneficios no serán agradecidos. Mas la justicia y bondad de corazon hacen despreciables estas cavilaciones; puesto que la verdadera grandeza de alma nos estimula y prescribe hacer bien y favorecer aun á los ingratos.

CAPÍTULO V.

Deberes de los Amigos.

La amistad es una asociacion formada entre personas que se profesan mútuamente un cariño mas particular que al resto de los hombres. Aunque la Moral nos prescriba la benevolencia con todos los miembros de la Sociedad, y la humanidad mande amar á todas las criaturas de nuestra especie, sinembargo esperimentamos con algunas personas afectos de una predileccion mas fuerte, fundada en la idea del bienéstar que esperamos encontrar en el trato íntimo con ellas. El afecto que une á los amigos entre sí, debe tener por base una conformidad en las inclinaciones, gustos y caracteres, que los hace necesarios para su recíproca felicidad. Amar á uno, es necesitar de él, es considerarle capaz de contribuir á nuestra dicha.

La amistad sincera es uno de los mayores bienes que el hombre puede gozar en esta vida (1); ningunos mas desgraciados que esos corazones miserables que, reconcentrados en sí mismos, no aman á nadie. *No hai*, dice Bacon, *soledad mas triste y aflijida que la de un hombre sin amigos, sin los cuales el mundo es un desierto: el que es incapaz de amistad, mas tiene de bestia que de hombre.*

Con la amistad el hombre duplica, digámoslo así, su sér y su exîstencia; porque supone un pacto en virtud del cual los Amigos se obligan á una confianza recíproca, á consolarse mutuamente, socorrerse y aconsejarse, á poner en comun sus intereses, y á compartir sus placeres y sus penas. ¿Hai nada mas dulce que encontrar una persona, en cuyo seno pueda uno depositar sin temor sus mas secretos pensamientos, sus sentimientos mas ocultos, y en cuyo corazon esté siempre seguro de encontrar la voluntad permanente de interesarse por nosotros, aliviar nuestras penalidades, enjugar nuestras lágrimas, calmar nuestras inquietudes, hacer cesar nuestros trabajos, y ayudarnos á soportar las miserias de la vida? Por la amistad, nuestra suerte, nuestra felicidad y nuestra exîstencia son las de nuestro amigo; nosotros nos identificamos en él y él en nosotros; su razon, su prudencia, su sabiduría, su fortuna y su misma persona son nuestras; nuestros afectos y alegrías se confunden (2); y for-

(1) *Nil ego contulerim jucundo, sanus, amico.* Horat. Satyr. 5. lib. 1. vers. 44.

(2) "La amistad, dice un Moralista moderno, es un ma-

tificados el uno por el otro, caminamos mas seguros por los inciertos caminos de este mundo. *Un amigo*, dice Aristóteles, *es una alma en dos cuerpos.*

Estas son las obligaciones de la amistad, la cuál no es otra cosa que el pacto formado entre dos corazones reunidos por las mismas necesidades é intereses. Se vé, pues, que la amistad no es desinteresada, puesto que tiene visiblemente por objeto el bienéstar recíproco de los que forman estos dulces nudos. El interés que une entre sí á dos amigos es laudable, cuando se propone el goce y comunicacion de los bienes y gustos que puedan procurarse mútuamente con sus cualidades personales, las únicas que dan solidez y consistencia á las inclinaciones de los hombres. Sola una amistad fundada en las disposiciones habituales del corazon, es la que puede ser permanente; la que no tuviese otro designio que el partir con un amigo los bienes de fortuna, sería una pasion vil y mezquina, y un interés sórdido y vituperable. ¿*Cuál es*, dice Plutarco, *la moneda de la amistad? Es la benevolencia y el placer, enlazados con la virtud.* La amistad perfecta y verdadera exîje tres cosas; la virtud como honesta, el trato como agradable, y la utilidad como necesaria (1).

»trimonio espiritual, que establece entre dos almas una estre»cha union y comercio y una perfecta correspondencia." Véa»se la Obra intitulada *Les Mœurs*, *part.* 3. *cap.* 2. M. Dacier »se adelanta á decir: *Es tal el efecto de la verdadera amistad,* »*que se halla uno y piensa mas en su amigo que en sí mismo:* y »*de la amistad puede decirse lo que un Poeta dice del amor.*

Et mira prorsum res foret,
Ut ad me fierem mortuus,
Ad puerum ut intus viverem.

Véanse sus Notas sobre la Satyr. VI. de Horacio, lib. 2.

(1) Plutarco: *De la pluralidad de los Amigos.*

Basta haber indicado los empeños y obligaciones del pacto que liga á dos amigos para conocer todos los deberes que la amistad impone, y los medios de mantener una union tan dulce y necesaria á su felicidad: estos deberes consisten evidentemente en una confianza mutua, en atenciones recíprocas, en una constancia inalterable, y en una disposicion permanente de contribuir al bienéstar del que es elejido por amigo.

La confianza sólo puede fundarse en las cualidades que se consideran durables; con las disposiciones fortificadas por el hábito es con las que únicamente puede contarse; estas disposiciones deben ser útiles á la union que se forma, y por consecuencia virtuosas: de donde se infiere que la virtud es la base inmoble de la amistad y la que sola constituye dos amigos. El hombre de bien es quien solamente tiene derecho para contar con el corazon del hombre que se le asemeja. *Los malvados*, dice un moderno, *encuentran cómplices; los voluptuosos, compañeros en la disolucion; los interesados, sócios; los políticos, facciosos; los Príncipes, Cortesanos: los hombres virtuosos son los únicos que encuentran amigos* (1).

En todos tiempos el mundo se ha quejado de lo raros que son los amigos; y por la misma razon en todo tiempo se ha quejado de lo rara que ha sido y es la virtud. En las sociedades vanas y corrompidas, la amistad verdadera por fuerza ha de ser casi enteramente desconocida: esta no se ha hecho para malvados, siempre prontos á sacrificarla á los intereses de sus vicios ó pasiones: tampoco se ha hecho

---

(1) M. de Voltaire. *La Raison par Alphabet*, ou *Dictionnaire Philosophique*, *art. Amitié. Hoc primum sentio*, dice Ciceron, *nisi in bonis amicitiam esse non posse.* De Amicitia, cap. 5.

para Príncipes, cuyo corazon solitario no necesita querer ni amar á nadie: tampoco para Grandes, siempre divididos y opuestos entre sí por su ambicion; ni para ricos y poderosos, que sólo aprecian á los gorristas, aduladores y lisonjeros: menos para entes lisonjeros é inconstantes, acostumbrados á no fijarse en objeto alguno: en fin, la verdadera amistad se halla desterrada enteramente del trato de las mujeres, para quienes la amistad no es, por lo regular, sino un capricho pasajero, que el mas pequeño y lijero interés hace desaparecer prontamente.

Nada es mas comun, ciertamente, que tener al capricho por amistad, porque tiene casi siempre los síntomas de esta; mas su vivacidad se descubre, y anuncia su corta duracion. Plutarco, hablando de las nuevas conexîones, dice: *que nos hacen comenzar muchas amistades y tratos familiares, que nunca llegan á consolidarse. Es menester*, dice en otra parte, *haber consumido media fanega de sal con uno, antes de tenerle por amigo.* Seducidos por algunas cualidades del cuerpo ó del alma, muchos hombres al primer encuentro creen haber hallado un amigo; pero bien pronto cesa esta ilusion, y nada se observa en este pretendido amigo que pueda constituir verdadera amistad. Un amigo, para la mayor parte de los hombres, es un adulador que los complace, que se presta á sus gustos y caprichos, los hace participantes de sus placeres, los admira, y se propone ayudarlos á disipar su fortuna. ¿Y será de admirar el ver desaparecerse los amigos de esta naturaleza tan pronto como desapareciere la fortuna (1)?

(1) *Aquellos*, dice Plutarco, *que se figuran tener muchos amigos, se consideran mui felices, por mas que sea mayor toda-*

Todos buscan amigos, pero pocos tienen el discernimiento necesario para elejirlos bien, ó las cualidades precisas para conservarlos. ¡O hombres! que os quejais incesantemente de lo raros que son los amigos! ¿habeis por ventura reflexîonado sobre la fuerza de este nombre que prodigais á cuantos alagan vuestra vanidad? ¿habeis exâminado las disposiciones en que debe fundarse la amistad? ¿habeis pesado y reconocido los empeños y obligaciones de este contrato entre almas justas? Si pretendeis inspirar á los hombres que os rodean afectos de amistad vivos y permanentes, mostradles dotes y cualidades que puedan inspirarlos. ¡Ricos y Grandes! vosotros sólo mostrais altaneria, fausto y vanidad: por consecuencia no tendreis al rededor vuestro sino almas bajas y rastreras, mas nunca sinceros y cordiales amigos. Si buscais *Pylades*, sed *Orestes.* ¿Quereis amigos que se sacrifiquen por vosotros en los peligros? pues sabed que el entusiasmo de la amistad es raro, y que millares de años ofrecen poquísimos ejemplos de esta clase de amigos.

El entusiasmo, que siempre lleva las cosas al estremo, es visiblemente causa de que muchos Moralistas hayan formado de la verdadera amistad una quimera, un ente de razon, una virtud tan sublime que su maravillosa perfeccion sólo sirve para desalentar la debilidad de los mortales. Se figura uno que

via el número de moscas en su cocina; pero ni estas permanecen en ella faltando que comer, ni aquellos cuando de la amistad no sacan provecho alguno. Plutarco: De la pluralidad de los Amigos. Este mismo añade que la amistad es mas propia de pocos, que no de muchos. Aristóteles exclamaba: *¡O amigos mios! ¡Tú no se encuentran amigos!*

Ovidio ha dicho con bastante razon:

Donec eris felix multos numerabis amicos;
Tempora si fuerint nubila, solus eris.

sueña ó lee fábulas cuando vé en Platon, Ciceron y Luciano los efectos milagrosos que estos escritores atribuyen á la amistad. Nuestra imajinacion, lisonjeada con estas agradables pinturas, las realiza en nuestro obsequio, y nos formamos de este modo una falsa medida y principios exâjerados de amistad: para tener de ella verdaderas ideas, acordémonos siempre que somos hombres, es decir, entes llenos de imperfecciones y flaquezas, y que, como sujetos á variar en nuestros gustos é inclinaciones, nos causamos á veces prontamente de las cualidades que al principio nos prometian placeres inalterables. Las amistades mas vivas son por lo comun las de mas corta duracion, porque nacen de un entusiasmo que se exâla con rapidez. Pocos hombres hai que tengan aquel calor de alma necesario para alimentar siempre un afecto tan fuerte. Pasado ya algun tiempo se aumenta la dificultad de hacer á la amistad los sacrificios, que sin dudar un solo instante se la hubiesen hecho en los primeros dias. Por otra parte, en un mundo corrompido, vano y disipado hai pocas almas amantes, y muchos menos espíritus constantes y sólidos. Nada es mas raro que el calor contínuo del alma combinado con la solidez, la cual siempre supone serenidad de ánimo. Entre los hombres virtuosos y serenos es en quienes se encuentra la amistad permanente.

La amistad verdadera tiene ciertamente derecho á exîjir sacrificios, porque no sería amar á uno no querer sacrificar nada en su favor; mas, como se ha dicho antes, sacrificar alguna cosa á un objeto es preferir este objeto á la cosa sacrificada, ó de la que uno se priva por él. ¿Y hasta donde deberán estenderse los sacrificios de la amistad? La amistad misma es quien puede fijar la medida de estos sacrificios. Varios ejemplos tenemos de amigos que han llevado el heroismo hasta sacrificarse uno

por otro; de lo que debemos inferir que la amistad en estos era tan fuerte, era para ellos una necesidad tan grande, un interés tan poderoso, como el amor de la patria y de la gloria lo ha sido para algunos ilustres ciudadanos, ó como el amor de una mujer lo es para el frenesí de un amante. Toda pasion fuerte es causa de que aquel que la siente, se olvide de sí mismo, y solo vea el objeto que ocupa y domina su alma. Sacrificar sus bienes por su amigo, es preferir la indijencia á la pérdida de este.

La mayor parte de los hombres, siempre pagados y satisfechos de sí mismos, ni están dispuestos, ni son capaces de hacerse á sí mismos justicia; porque se creen tan dignos de interesar á todos, que se imajinan que nada hai que no les deba ser sacrificado. Por amigos se quieren entusiastas, sin tener las cualidades capaces de suscitar este entusiasmo; se exîje la mas sincera aficion de parte de una multitud de embusteros, aduladores y lisonjeros, y se quiere que hombres como estos sean amigos fieles que se sacrifiquen á la amistad.

Por otro lado, muchos Moralistas, seducidos con los ejemplos sublimes y raros de una amistad heróica, sólo han hablado de ella con cierta especie de entusiasmo, suponiendo que este afecto, para ser verdadero, no debe jamás poner límites á sus sacrificios; pero no han notado que pocos hombres en la tierra son héroes, y que pocas almas llegan á exaltarse de tal modo que se sacrifiquen á la amistad, la cual regularmente es un afecto mas tranquilo y reflexîvo que el amor, y por consecuencia permite que el hombre entre con mas facilidad y frecuencia en sí mismo: ni tampoco han notado que en la amistad habia grados, y que era posible amar á uno sin llevar el cariño á los últimos términos del entusiasmo. La Moral,

para ser verdadera, debe ver á los hombres como realmente son en sí; la Moral entusiasta sólo es propia de ciertos hombres estraordinarios, y forma por lo comun hipócritas que finjen afectos jenerosos de que se aplauden satisfechos. Cada cual quiere ser tenido por amigo inmutable; cada cual quiere que le amen con ardor, al paso mismo que todos convienen en que nada es mas raro que esta amistad sublime de la que tanto se habla, y que quisieramos encontrar en los otros.

Seamos, pues, justos, y digamos que para tener amigos fieles, es preciso ser fiel á los deberes de la amistad. ¿Hemos cumplido nosotros por ventura con estos deberes? ¿hemos compartido los placeres y penalidades del amigo? ¿le hemos consolado en sus aflicciones? ¿dado en su infortunio los socorros que podia prometerse de nosotros? ¿defendido con calor y firmeza los intereses de su reputacion ofendida? ¿permanecido constantes á su lado en sus angustias y miserias? ¿consultado en nuestros beneficios la delicadeza de su corazon? Pues bien; si todo esto hemos practicado, habemos adquirido un sagrado derecho á su cariño, y con razon nos quejamos de él, si ha tenido la vileza de abandonarnos.

Si se encuentran pocos amigos constantes, es porque hai pocos hombres que conozcan los empeños y obligaciones de la amistad: se cree que esta obliga á poco, y solo sí á consideraciones, lisonjas y procedimientos en que ninguna parte suele tener el corazon. En el idioma del mundo los amigos son hombres asociados para los deleites, á quienes la conformidad de gustos ó intereses momentáneos, y á las veces de vicios (1), reune y ha-

(1) *Magna inter molles concordia.* Juven. Sat. 2. ver. 47.

bitua á verse con mas frecuencia, y á vivir en mayor intimidad que con los otros; los amigos de esta especie son útiles y necesarios á sus recíprocos placeres: tales son los amigos de la mesa, del juego, de la disolucion y del trato, cuyo objeto ordinariamente no es otro que reunirse para disfrutar en comun de los placeres que este último produce; y amigos, en fin, que se eclipsan luego que faltan los motivos de su frecuente comunicacion. En vano se esperan prodijios de cariño, constancia y fidelidad de semejantes hombres, que solo son constantes en su apego al deleite, y á los que ven en estado de causarles un agradable pasatiempo; pero la indiferencia reemplaza á la amistad, luego que no encuentran medios de entretenerse y divertirse.

Asiqué, por un vergonzoso abuso de palabras, se dá vulgarmente nombre de amigos á las personas que nada tienen de lo que se necesita para merecer este título respetable. Por haber periódicamente frecuentado algun tiempo una casa, haber participado de las diversiones de ella, y haber asistido y disfrutado del trato y sociedad de las jentes que en ella se reunen, los hombres se califican de *amigos íntimos*, y exîjen con rigor el cumplimiento de los deberes propios de esta cualidad augusta y rara. Un ilustre moderno ha dicho con razon que *con la entrada franca y libre en todas partes, el luxô y lo que se llama trato de jentes dejan pocas personas útiles y apropósito para las necesidades de la amistad* (1).

Enmedio del tumulto que reina en las Socieda-

(1) *De L' Espirit.* Disc. 3. cap. 14. pag. 356. edic. en 4. Plutarco dice que no es posible amar y ser amado de muchos... el cariño compartido entre muchos se debilita y queda en nada.

des, donde el luxô y la vanidad han fijado su domicilio, es casi imposible conocer ni aun á los hombres mismos á quienes se ha tratado con la mayor frecuencia; estos se pierden y confunden á cada paso entre la multitud, y nunca tienen tiempo de conocerse unos á otros. El torbellino del mundo aleja y acerca de continuo hombres que se unen y separan con la mayor facilidad. Los que se llaman *conocidos* son por lo comun desconocidos: las *conexìones* son aficiones ó cariños pasajeros que no ligan ni estrechan, y los que se llaman amigos son jentes que se ven con frecuencia, pero de quienes raras veces se exáminan las cualidades y disposiciones verdaderas.

No nos admiremos de la singular lijereza con que se mira en el mundo la amistad. Contentos con usar de alguna consideracion unos con otros, los amigos vulgares, de que el mundo está lleno, no solamente no se tienen ningun cariño verdadero, sino que por lo comun son los primeros á murmurar de sus amigos, descubrir sus defectos, y burlarse y divertirse de ellos con los otros, y aun con personas indiferentes: para los hombres de este carácter la amistad es un vínculo tan débil, que no piensan que sea obligacion en ellos usar con sus amigos de la induljencia y equidad á que todo hombre es acreedor. Puede mui bien decirse que la mayor parte de las jentes del mundo se reunen para sacrificarse los unos á los otros.

Para amarse es necesario conocerse (1); la

(1) *La primer regla en materia de amistad*, dice el autor de la Obra intitulada *Les Mœurs*, *es no amar sin conocer: otra regla no menos importante es no elejir amigos sino entre hombres de bien. Las plantas mas tempranas no son las que mas pronto crecen. La amistad mas firme y durable es la que se forma mas despacio. El amor precipitado es facil de romperse. Par. 3. cap. 2.*

amistad es un efecto serio, reflexivo, fundado en las necesidades del alma. Hombres, á quienes inquietan la pasion y el deseo continuo del deleite no necesitan amigos, y sólo aspiran á estar entretenidos siempre. La verdadera amistad, nacida de la estimacion, desea encontrar dotes y cualidades en que se apoye; exîje virtudes, á las cuales pueda aficionarse constantemente; no se compromete á la lijera, porque conoce toda la estension de sus empeños; huye de aquellas almas evaporadas, que toman á juego los vínculos mas sagrados; teme la disipacion; y le incomoda y desagrada un carácter frívolo. Los verdaderos amigos se bastan á sí mismos; para ser completamente felices, no necesitan mas que estar juntos; el torbellino del mundo les impediria gustar de las delicias y placeres encantadores del corazon, de la confianza, de los consuelos y consejos en que se funda el bien de la amistad. El amigo sincero descansa en el seno de su amigo, y ambos gozan de una libertad y reposo, que perturbaria el tumulto. La amistad, á ejemplo del amor dichoso, es una pasion solitaria, que para entregarse tranquilamente á sus placeres, huye de la multitud y bullicio; es celosa como el amor; y como este, apetece y busca las sombras del misterio. La indiscrecion, la lijereza y la imprudencia la molestan y disgustan; y sólo aprecia y desea la constancia, la gravedad y solidez.

La amistad sincera, como que es una necesidad del alma que se reproduce con frecuencia, necesita que la alimente la presencia continua de su objeto. Las aficiones y cariños mas vivos se debilitan con la ausencia, asicomo con las frecuentes distracciones. No es mucha la amistad del que sin molestia está privado por largo tiempo de su amigo. Es una maxima mui sabia la que dice,

no dejes que crie yerba el camino de la casa de tu amigo. ¿Qué amigo será por cierto el que no se apresure por ver al que le ama y consuela, y cuya sola vista regocija su corazon? *La vista de un amigo*, dice un Arabe, *refresca como el rocío de la mañana.*

Una maxîma antigua (1) aconseja á los amigos que *se amen como que un dia pueden ser enemigos.* Esta máxîma seria odiosa en la sincera amistad, la cual no puede dar cabida á la desconfianza, una vez conocido el objeto de su cariño; mas es buena para aquellas conexîones futiles, que se califican falsamente con nombre de amistad; es tambien prudente en aquellas amistades, que tienen por fundamento el vicio y la disolucion; y siempre debiera estar presente á los ojos de esos pretendidos amigos, que se unen para despreciables cabalas, ó para criminales intrigas é intereses que introducen discordias entre los asociados: la indiscrecion, el desalumbramiento, la traicion y la malicia acompañan frecuentemente á semejantes conexîones, y nunca será demas aconsejar y prevenir á los que se entregan á ellas, que prevean las consecuencias de sus peligrosos comprometimientos.

No creer en la amistad sería tocar en un estremo mucho peor y mas culpable que el de entregarse á ella ciegamente, ó formarse de la amistad ideas novelescas ó demasiado sublimes. Si exîsten en el mundo almas áridas é incapaces de amar, y se encuentran una multitud de entes frívolos y lijeros con quienes sería mucha imprudencia contar para nada; tambien en él hai corazones virtuosos, sensibles y sólidos, á los cuales el hombre de bien no puede menos de aficionarse y que-

(1) Ciceron la atribuye á Bias. *De Amicitia*, cap. 26.

rer por simpatía, á causa de su conformidad de ideas y sentimientos. El mundo no sería para nosotros mas que una horrorosa soledad, si una desconfianza continua nos impidiese amar á alguno. Por otra parte, toda nuestra vida la pasaríamos afanados en buscar infructuosamente á quien amar, si solamente quisiesemos amar á hombres perfectos.

Las maxîmas poco favorables á la amistad, ó capaces de hacerla sospechosa, son debidas á ciertos escritores que vivian en Cortes ó Gobiernos despóticos, de donde es natural se hallen desterradas la confianza y amistad. Estos autores no han desacreditado la amistad, sinoque han creido que no exîstia en los paises que habitaban (1); mas no es ciertamente en estos paises donde se hallan ni han de buscarse amigos verdaderos, ni por los cuales pueda retratarse la especie humana con los mas bellos coloridos.

La virtud sola es la que puede dar la confianza que necesita la amistad; sólo el hombre de bien es seguro depositario de los secretos que se le confian; sólo el hombre virtuoso es aquel cuyos intereses no mudan ni varían, y con cuya prudencia y discrecion se puede contar seguramente. El vicio es imprudente en confiarse al vicio, cuyas miras é intereses cambian y mudan á cada momento. Es una ceguedad y locura confiar un secreto importante á un hombre débil, vano y lijero que no sabrá guardarle; y un hombre semejante no es bueno para amigo. Vender á su amigo por debilidad ó lijereza, puede y suele tener consecuencias tan per-

(1) Véanse las *Poesías de Saadi.* -- La obra *De L' Esprit.* -- *Las Maxîmas de la Rochefoccault.*

judiciales y funestas, como venderle por efecto de perversidad y malicia.

"La primera ley de la amistad, dice Ciceron, »es que los amigos no se pidan cosas torpes ó injus»tas, y nunca hacerlas en tal caso. Porque si fue»ra una obligacion, dice en otra parte, hacer todo »lo que los amigos quisieran, esto no seria amistad, »sino conjuracion (1).". En fin, este grande Orador nos enseña que "la Naturaleza quiere que la »amistad sea ausiliadora de virtudes, mas no com»pañera de vicios (2)." Si la virtud sola puede consolidar los vínculos de la sincera amistad, esta debe romperse y desaparecer luego que un amigo se hace criminal ó vicioso. Un amigo verdadero no puede exîjir de su amigo condescendencias injustas y deshonrosas. Los viciosos únicamente, los falsos amigos, los envilecidos aduladores son los que pueden prestarse al crimen. El amigo virtuoso, cuando descubre criminal á su amigo, jime y llora su error. Habiéndose negado Rutilio á cometer una injusticia que exîgia dél un amigo suyo, éste sumamente resentido le dijo, *¿de qué, pues, me sirve tu amistad?... ¿Y de qué me servirá la tuya, si me hace injusto?* le replicó Rutilio (3). Phocion decia al Rey Antipater, *yo no puedo ser á un tiempo mismo vuestro adulador y vuestro amigo.* Esta es la conducta que la moral prescribe á la amistad, la cual no puede ser constante y segura sino entre sujetos re-

(1) *Hæc igitur prima lex in amicitia sentiatur, ut neque rogemus res turpes, nec faciamus rogati.* Cicero de Amicitia; cap. 12. *Nam si omnia facienda sint, quæ amici velint, non amicitiæ tales, sed conjurationes putandæ sunt.* De Offic. lib. 3. cap. 10.

(2) *Virtutum amicitia adjutrix à natura data est, non vitiorum comes.* Cicero, de Amicitia.

(3) Valer. Maxim. *Memorabil.*

flexivos, racionales y virtuosos: *el mejor amigo*, dice un sabio de Oriente, *es el que avisa á su amigo cuando se estravia, y le vuelve al buen camino* (1).

Segunque la corrupcion es mayor, necesitan mas los hombres de bien de los consuelos de la amistad; ésta los indemniza de los rigores de la tiranía, de la injusticia de los hombres y de la depravacion de las costumbres; y en ella encuentran una felicidad particular y secreta, preferible á la que vanamente buscarian en el tumulto de los placeres ó los desórdenes de la sociedad. *La amistad*, dice Demofilo, *es el puerto de la vida.*

¿Y tendrá el hombre algunos deberes que cumplir con sus enemigos? Sí ciertamente: sus deberes con ellos son la justicia y la humanidad. Nada acredita tanto la equidad, como reconocer el mérito de los mismos que nos ofenden. Nada muestra mas una verdadera grandeza de alma, que olvidar las injurias y hacer bien á los que nos han hecho mal. Este es el medio mas seguro, como hemos dicho en otra parte, de desarmar la cólera, la envidia y la enemistad. Diógenes decia, *que la mayor venganza contra los enemigos era ser uno hombre de bien y virtuoso. Debemos procurar*, añade, *tener buenos amigos, que nos enseñen lo bueno; y perversos y malos enemigos, que nos impidan obrar mal.* Xenofonte dice, *que el hombre cuerdo y prudente sabe sacar provecho de sus mismos enemigos. Un enemigo sensato y entendido*, dice un Poeta de Oriente, *es menos malo que un amigo necio é imprudente.* Exôrtando un adulador á Filipo de Macedonia á que tomase venganza de lo mal que Nicanor atrevida y osadamente habia hablado de él, *¿no será mejor*, le respondió este Príncipe, *ver si yo he dado lugar á ello?* Este mis-

(1) *Sentent. Arab.*

mo Príncipe decia que los Oradores de Atenas, hablando mal de él, le ofrecian el medio de correjirse de sus faltas (1).

Podemos, pues, sacar grandes y provechosos frutos de nuestros enemigos, para con los cuales nada nos dispensa de ser humanos y justos. Asiqué, digamos con Theógnides: *yo no despreciaré á ninguno de mis enemigos, si es bueno; ni ensalzaré á ninguno de mis amigos, si es malo* (2).

CAPÍTULO VI.

Deberes de los Amos y de los Criados.

Los ricos, como se ha visto, hacen dependientes suyos á los pobres, y por los bienes y ventajas que los dispensan, ejercen sobre ellos una autoridad lejítima, esto es, confesada y consentida de éstos, cuando por ella gozan de un bienéstar que no podrian conseguir por sí solos. Este es el fundamento natural de la autoridad que los amos ejercen sobre sus criados. Esta autoridad, como todas las demas, se convierte en tiránica usurpacion, si se ejercita de un modo injusto y cruel; ningun hombre, como asi debemos repetirlo, puede adquirir derecho de mandar á otros para hacerlos infelices; los malos tratamientos de un amo injusto é inhumano son violencias manifiestas que las leyes debieran reprimir.

Entre los Romanos, cuyas leyes eran tan feroces como ellos, los esclavos no eran tenidos por hombres; á estos bandidos les parecia que el cautiverio los desnaturalizàba; sus amos ó señores pudieron por mucho tiempo disponer hasta de su misma vida, tratándolos como á unos cuadrúpedos destinados á servir de juguete á sus bárbaros caprichos. Mas despues otras leyes mas humanas quitaron á los amos la facultad de ejercer una tiranía tan odiosa y detestable, y establecieron que los esclavos fuesen tratados como hombres. Por último, la esclavitud fué abolida en la Europa; y los gefes de las familias se sirvieron de hombres libres, quienes bajo ciertas condiciones consintieron en servirlos del modo que ellos podian desear, y eximirlos así de los trabajos que les eran penosos.

(1) Plutarco: *Dichos notables de los Príncipes*: y en el tratado *de la utilidad de los enemigos.*

(2) *Poetæ Græci minores.*

De este modo la razon humana, desenvolviéndose con el tiempo, ha ido curando poco á poco á las naciones de su barbarie, y atrayéndolas á unos usos mas justos y conformes á la moral é interes del jénero humano. Esta moral grita á todos los habitantes del mundo, que ricos y pobres, poderosos y débiles, felices y desgraciados, todos son de una misma especie, y todos tienen iguales derechos á la equidad, beneficencia y piedad de sus semejantes.

Mas á esta voz se hacen sordos los mismos Europeos, cuando su insaciable codicia los ha transplantado al nuevo mundo: en estos climas los vemos mandar como verdaderos tiranos á los desventurados Negros, que un odioso comercio compra como viles animales, para venderlos despues á unos amos inhumanos, que los hacen sufrir las crueldades y caprichos de que son capaces la insolencia, la impunidad y la avaricia. Sinembargo, este abominable tráfico está autorizado por las leyes de naciones que se tienen por humanas y civilizadas, mientras que un sórdido interes les hace evidentemente desconocer los derechos mas santos de la humanidad; ésta debiera convencerlas de que los Negros son hombres, contra cuya libertad los Blan-

cos ningun derecho tienen, ó á los cuales almenos deberian tratar con bondad, ya que su destino los ha sujetado á su poder (1).

Los hombres no obedecen voluntaria y gustosamente á otros sino cuando su obediencia les es útil. Los Amos forman con sus criados una sociedad en virtud de cuyos pactos y condiciones los amos se obligan á cuidar de sus criados, y á proporcionarles su bienéstar y los medios de subsistir que ellos no podrian conseguir por sí mismos: en cambio de esto los criados se obligan á servir á sus amos, esto es, á trabajar en beneficio de ellos, á recibir sus órdenes, á cumplirlas fielmente, y á velar sobre sus intereses: de donde se deduce con claridad que la justicia exije que las condiciones de este contrato sean cumplidas relijiosamente por una

(1) No hace mucho que los papeles ingleses denunciaron á la exêcracion pública la insolente crueldad de un habitante de la Jamaica, el cual acostumbraba á que seis negros tirasen de su silla volante, gobernándolos él mismo enmedio del calor mas rigoroso, y haciéndoles correr á latigazos legua y media por hora. Segun una relacion de la misma isla, un habitante de ella tuvo un dia la crueldad de meter en un asador á uno de sus negros. Semejantes horrores prueban los escesos de insolencia á que las riquezas suelen llevar á los hombres, cuando no son reprimidos por la educacion y las leyes. ¿Cómo el pueblo inglés, tan celoso de su propia libertad, abandona á los infelices negros de este modo á los caprichos de sus colonos Americanos? Mas el interés sordido del comercio ahoga en los traficantes los gritos de la humanidad. El sensible Marqués de Beccaria, en su tratado célebre de *Delitos y Penas*, dice que *en todas las sociedades humanas reina un esfuerzo continuo, que se dirije á conferir el poder y felicidad á una porcion de asociados, y á reducir á los demas á la opresion y miseria: las buenas leyes deben oponerse á estos esfuerzos*, etc. Mas las leyes, hechas por opresores y señores, raras veces se proponen por objeto los intereses de los infelices.

y otra parte, puestoque ningun hombre puede obligar á otros al cumplimiento de las condiciones que él quebranta.

Mas, como una desgraciada esperiencia lo acredita, la grandeza, el poder y las riquezas hacen por lo comun olvidar la equidad y justicia; las personas que disfrutan de estas preeminencias se persuaden ordinariamente que nada deben á los que carecen de ellas; estos infelices, lejos de escitar compasion y benevolencia en los corazones de los felices y afortunados, sólo parece que les inspiran un orgullo insultante, y llegan á creer que el miserable que ven abatido á sus pies, es un sér de una especie mui diferente de la suya. Contentos con hacerse temibles, la mayor parte de los hombres se afanan poco en hacerse amables.

Una disposicion tan contraria á la humanidad debiera ser combatida y desarraigada con el mayor cuidado en la infancia. Nadie mas imperioso que un niño, á quien la mas pequeña resistencia y contradicion le irritan y conmueven causándole convulsiones de cólera: si la educacion no trata de reprimir en tiempo estos primeros ímpetus, despues se cambian en costumbres indestructibles. La altivez, la dureza y cólera habitual de un amo con sus criados son siempre indicios de mala educacion. *Acostumbraos*, dice Madame de Lambert, *á usar bondad con los criados. Un antiguo* (Séneca) *dice, que es menester mirarlos como á unos amigos desgraciados. Reflexìonad que sólo al acaso debeis la diferencia que hai de vosotros á ellos. No les hagais sentir su mala suerte; no aumenteis el peso de sus penalidades y trabajos; nada es tan vil y bajo como el ser altivo con el humilde. — Amad el órden, y templad la gravedad que como amo os conviene, con la dulzura y afabilidad; acordaos siempre que como hombres son vuestros iguales, y que no hai*

proporcion entre el mayor salario y la dura necesidad en que se halla el que tiene que servir á otro.

Nada puede añadirse á estos consejos tan sabios, tan justos y tan humanos. Jamás con una conducta altiva y dura logrará uno estar bien servido; la cólera del amo turba al criado, le irrita interiormente, y le impide hacer bien y con prontitud lo que se le manda: si esta cólera es habitual, se acostumbra el criado á ella, la desprecia, y de continuo abriga un odio oculto y reprimido, que puede rebentar de un modo mui funesto. Muchos amos, con su conducta imprudente, se asemejan á los guardafieras, los cuales escitan su ferocidad á riesgo de ser tarde ó temprano devorados por ellas: asíque deben mirar á sus criados como á enemigos, pues que de su parte hacen por sofocar en sus almas todo sentimiento de aficion y de honor. Casi siempre los malos amos hacen malos criados. *¿Debemos nosotros*, dice la misma Madama de Lambert, *esperar que nuestros criados carezcan de defectos, nosotros que les mostramos los nuestros todos los dias? Es menester sufrirlos. Cuando os manifestais á ellos irritados y coléricos, ¿qué espectáculo ofreceis á su vista? No os priveis así del derecho de reprehenderlos.*

Un amo prudente debe considerarse interesado en velar sobre la conducta y costumbres de sus criados; su seguridad y vida dependen de su fidelidad. ¿A cuantos peligros no se espone diariamente el amo de un criado borracho, jugador y disoluto? Estos vicios, sobre todo en unos hombres sin razon ni principios, pueden tener las mas terribles consecuencias.

Si los amos han tenido la felicidad de haber recibido una educacion mas racional que sus desventurados criados, deben acreditarlo en su conducta. *Dad*, dice la misma Madama de Lambert,

buen ejemplo á los criados, y pensad bien ¡ó hijo mio! que un amo se abate de un modo vergonzoso, y se hace inferior á sus criados, cuando éstos son testigos ó ministros de sus crímenes, y no encuentran en él las buenas cualidades, que únicamente hacen á un amo digno del respeto y acendrado cariño de sus domésticos.

Un amo disoluto, distraido, cargado de deudas, que por medio de engaños y estafas procura satisfacer sus vicios y locuras, ¿es acaso un hombre respetable á los ojos de su criado? Una ama, que hace á sus criadas confidentes de sus intrigas criminales, ¿tiene derecho á su estimacion y obediencia? ¿No deben con razon temer á cada instante que publiquen los vergonzosos secretos de que son depositarias?

Para ser amado, es menester que un amo sea bondadoso con sus criados; para ser temido, es necesario que observe una conducta grave y decente, de que no tenga que avergonzarse aun cuando fuese pública. La bondad del amo no consiste en una familiaridad que le haga despreciable; consiste en mostrar benevolencia á sus criados, asistirlos y socorrerlos en sus enfermedades, ayudarlos en sus lícitas y honestas empresas, agradecer su buena conducta, y recompensarlos de su cariño y vijilancia. Una familiaridad escesiva desminuye el respeto y puntualidad de los criados; nada es mas monstruoso que una casa en que los criados sean amos; los que deben mandar en ella son entonces esclavos, y un entero desórden es el efecto irremediable de esta escandalosa democracia. ¿Cuántas familias vemos divididas y arruinadas por la facilidad de los amos en dar oidos á chismes y cuentos de sus criados? Las mujeres, principalmente, son las que padecen esta debilidad, de la cual resultan frecuentes riñas y disensiones entre esposos, parientes, hi-

jos y amigos. Aun cuando estos chismes no hiciesen mas que dividir á los criados entre sí, siempre perjudicarian al buen órden y armonía de una casa bien gobernada. Los criados están demasiado poseidos regularmente de sus vicios y pasiones, para que les den oidos los amos racionales y prudentes; sus quejas y contiendas cesan prontamente en no dándoles entrada ni apoyo; pero si los amos las oyen y quieren remediarlas, entonces son interminables.

El estado felíz ó desgraciado de una casa anuncia el carácter de los que la gobiernan. Una casa bien regulada, una familia bien unida, y unos criados obedientes y pacíficos anuncian un amo justo y respetable: por el contrario, una casa desordenada, desunida y llena de criados alborotadores y chismosos, anuncia en su señor una conducta desarreglada, vicios, ó almenos indolencia. Nada es menos comun que una casa bien ordenada, á causa de que nada es mas raro que amos capaces de establecer y mantener en ella un buen arreglo. Un amo virtuoso y vijilante se sirve de criados virtuosos; él los hace tales con su propia conducta; los bribones, no encontrando cabida en una casa semejante, pronto se despiden y la dejan.

Criados insolentes anuncian por lo comun amos orgullosos y soberbios. Nada es mas molesto é irritante en la sociedad que la impertinencia frecuente de los criados de los ricos y grandes (1). El modo arrogante con que estos altivos esclavos reciben ordinariamente al mérito tímido, y al trémulo y medroso infortunio, es una de las infelicidades y desgracias mas crueles que sufre la virtud reducida al triste estado de suplicar y pretender. Un amo, si no es un inhumano, debe castigar con severidad á sus criados, cuando son descomedidos; el ódio, que irremediablemente causa la insolencia, recae sobre él mismo. ¿Hai nada mas vil y bajo que la vanidad de esos hombres altivos que tienen por interesada su grandeza en sostener la impertinencia y atrevimiento de sus mas ínfimos criados?

(1) *Maxima quæque domus servis est plena superbis.*
Juvenal. Satyr. 5. vers. 66.

La impunidad de que gozan en muchas naciones los grandes y ricos, se comunica á sus criados, y es un manantial de males para el pobre falto de proteccion. En las grandes y populosas Capitales, nada es mas frecuente que ver por las calles jentes atropelladas por el atrevimiento y perversidad de los cocheros, ó el descuido y vanidad de sus amos. ¡Qué necias ideas de gloria no es preciso que tengan los amos que, como sus criados, se complacen en inspirar un continuo terror y sobresalto á cuantos van por su camino! ¡Qué corazones serán los de esos arrebatados y furiosos, que juegan con la vida de sus conciudadanos! Un artesano, un padre ó madre estropeados reducen una numerosa familia á la infelicidad y miseria; y semejantes escesos, ¿es posible que sean indiferentes entretenimientos para la soberbia opulencia y sus insolentes criados? Leyes severas debieran reprimir la impetuosidad de estos ricos y grandes ociosos, cuya urjentísima ocupacion no es otra que la de correr de aquí para allí para entretener su fastidiosa ociosidad. Una policía esâcta y rigorosa debiera castigar ejemplarmente á esos criados que, protejidos de un poderoso amo, se atreven á insultar, herir y maltratar á las jentes honradas, que tan respetadas debieran ser por ellos. Las almas bajas son arrogantes é insolentes cuando tienen favor. Por otra parte, los Soberanos y Majis-

trados que están libres de los riesgos y peligros que rodean al pobre, no cuidan de evitarlos, y usan siempre de una funesta induljencia con la grandeza y opulencia. Nada en la sociedad debiera ser mas sagrado que la vida del mas infelíz ciudadano, por lo comun mas útil al Estado que no el rico que le arruina. No hai negocios ni causas algunas urjentes que puedan disculpar á un temerario que con la precipitada carrera de su coche ó su caballo hiere ó mata á un hombre. ¡Pues qué la vida de los hombres se reputa por nada en los paises cultos!

En los Estados donde reina el luxô, los grandes, por una necia vanidad, incitan ellos mismos á sus criados á que olviden sus deberes. El vestir costosa y ricamente á estos hombres groseros, los hace creer que valen mas que los ciudadanos modestos, á quienes debieran respetar. El vulgo imbecil frecuentemente juzga de las personas por sus vestidos; el hombre de mérito se vé muchas veces espuesto á los menosprecios de un lacayo, que se figura superior á él porque tiene mejor vestido. El criado debe estar vestido de un modo conforme á su estado, y las leyes debieran reprimir un fausto, que confunde las diversas clases de los ciudadanos. ¡Á veces vemos los lacayos de un grande ó un culquiera mas ricamente vestidos que un militar desgraciado, que por muchos años ha espuesto su vida en servicio de su patria! El pobre pretendiente se vé precisado con frecuencia á sufrir unos gastos que esceden á sus escasas facultades, sólo por no ser despreciado y groseramente despedido de los mas ínfimos é insolentes criados.

Un amó es responsable al público de la conducta de sus criados; á él es á quien pertenece reprimir en ellos los vicios perjudiciales á la sociedad:

al ver á ésta infestada de tantos criados soberbios, corrompidos y libertinos, debemos inferir que los ejemplos de sus amos contribuyen á multiplicar sus desórdenes. Amos de malas costumbres hacen á sus criados confidentes y ministros de sus vicios y estravíos; sus almas, envilecidas con este infame oficio, se hacen estrañas á todo lo que es virtud y honor; el criado quiere imitar, y para conseguirlo recurre al robo y á la estafa. Así los malos amos vician á sus criados, siendo sinembargo tan injustos que se quejan de sus bajezas y rapiñas, cuando son ellos la primer causa de ellas: de este modo, enseñándolos con su ejemplo á despreciar las buenas costumbres, los conducen al crímen.

Por otra parte, el luxô que multiplica los criados en las ciudades, llena la sociedad de holgazanes y viciosos, á quienes todo los incita y estimula á desórdenes, á fin de ocupar el vacío de un tiempo que no saben emplear. La ociosidad de los criados es para ellos mismos, y para los demas, un manantial fecundo de escesos y vicios. Una política próvida y dilijente debiera remediar los inconvenientes del luxô, el cual priva los campos de cultivadores, y atrae á las ciudades un sinnúmero de perezosos sin principios y sin costumbres, cuya principal ocupacion es propagar la corrupcion á las últimas clases del pueblo.

El hijo de un labrador que en el campo es útil y necesario, se hace dañoso y perjudicial en el servicio de la ciudad. En esta regularmente se ocupa mal, aun cuando tenga buenas costumbres. Si se casa para conservarlas, llena la sociedad de hijos, á los que pocas veces puede educar y sostener sin recurrir á medios perjudiciales á su señor; por otra parte, sus hijos al llegar á ser hombres, se ven obligados por lo comun á buscar en la disolucion, y aun en los crímenes, medios y arbitrios de librar-

se de la indijencia en que han nacido (1). Los matrimonios de los criados son evidentemente uno de los manantiales y causas de tantas prostitutas, de tantos rateros, jugadores, holgazanes, y malhechores de toda especie que inundan las naciones opulentas. Los pobres en el campo se dedican al trabajo; mas los pobres en la ciudad se entregan al delito ó la mendicidad, medios ambos casi igualmente perniciosos á la sociedad.

Si la multiplicidad de criados le es lisonjera y agradable á la vanidad de algunos amos, no por eso es menos contraria á sus intereses que á los del público, porque se ven peor servidos, y llenan sus casas de una multitud de holgazanes, cuyos robustos brazos no pueden ser empleados útilmente. Una familia mui numerosa es una máquina mui complicada para dirijir sus movimientos bien y facilmente. La multiplicidad de criados produce en las casas opulentas abusos, rapiñas y robos de estilo, encubiertos bajo el nombre de *gajes ó derechos*, que los amos débiles y fáciles tienen la flaqueza de tolerar. Mas esta facilidad cria ingratos, y esta pretendida jenerosidad bribones, que se juzgan autorizados para estafar y robar siempre que puedan hacerlo sin peligro.

Todo nos prueba que un número escesivo de criados, por los desórdenes que acarrea, es una de las principales causas de la ruina de las casas de los grandes, y de la poca ó ninguna riqueza que comunmente se halla entre ellos, porque por no tener tiempo ó capacidad para ocuparse en sus propios negocios, se valen regularmente de hombres mercenarios, que aprovechándose de sus desórdenes y

(1) Ningunos, segun Bayle, procrean hijos de mejor gana que los pobres, porque saben que no han de mantenerlos.

neglijencia, aceleran su destruccion. *El ojo del amo. . .* es un proverbio que todos tienen en la boca, pero cuya práctica no es observada por la disipacion, la inconstancia y el vicio.

Solamente una vanidad pueril ha podido persuadir á los grandes que era impropio de ellos atender á sus negocios y desempeñarlos por sí mismos, y que la grandeza consiste en no entender de nada, en dejarse devorar por una gavilla de criados inútiles, en sufrir sus vicios y desórdenes, en dejarse arruinar con deudas, y en verse de contínuo importunados y perseguidos de acreedores. Un modo de pensar tan estraño es una consecuencia de las preocupaciones góticas de la nobleza que la persuadian á que, escepto el oficio de la guerra, le era honroso ignorar todo lo demas. A los ojos de la razon nada es mas deshonroso que la neglijencia é impericia, que nos condenan á ser víctimas de la malicia de los pícaros. Nada es mas vil y despreciable que reducirse por su mismo descuido á cierta especie de miseria. ¿Qué diferencia hai entre un pobre y un rico, cuya hacienda está embrollada con enredos y deudas? ¿Hai cosa mas injusta vil y baja que constituirse por su culpa y sus locuras en estado de privar á los acreedores de lo que se les debe, y de aumentar las deudas sin intencion de pagarlas? Si la grandeza consiste en una conducta semejante, los grandes debieran ser mirados como los mas locos y despreciables de los hombres. *Justo es y conveniente*, dice Plutarco, *cuidar uno de sus propios bienes, para abstenerse de los ajenos* (1).

Todo cabeza de familia, por su propio bien y

(1) *Plutarco, vida de Filopomenes.* Xenofonte pone en boca de Sócrates: que conviene á todo hombre sensato, y que es buen ciudadano, acrecentar sus propios bienes.

el de sus descendientes, debe atender y cuidar sus negocios; su vijilancia es obligacion, y su negligencia seria un vicio imperdonable. El amo sábio y prudente encuentra una ocupacion agradable en el cuidado y atencion de sus propios asuntos; establece una sábia economía, como el único medio de que en su casa reine la abundancia; quiere ser por sí mismo dueño de su felicidad; sabe que el desórden y la indijencia sumerjen á los grandes en la dependencia y el desprecio; y que el imprudente que se arruina, se vé precisado á recurrir á medios indignos de toda alma justa y noble. Las bajezas é infamia, que frecuentemente deshonran á los grandes, son causadas por la falta de economía y los enormes gastos á que los arrastran su vanidad, su pereza y desarreglos. Es preciso avillanarse cuando se quiere sostener ó reparar una fortuna destruida con caprichos y estravagancias.

¿Hai una posicion mas feliz que la de un jefe de familia virtuoso y sábiamente ocupado en el desempeño de sus deberes? Los cuidados que se toma, tienen su recompensa en el amor y sumision que esperimenta de parte de cuantos le rodean: goza de sus bienes, de los cuales raras veces suelen gozar los grandes: hace abundantes los mas estériles terrenos: alienta y anima la industria de sus arrendatarios y colonos: tiene el placer de criar, de mandar á la naturaleza, y obligarla á obedecer sus órdenes, y corresponder á sus deseos. A sus ojos todo prospera; sus vasallos trabajan y se enriquecen; sus criados segundan sus designios, y participan con su señor de su opulencia; y esta le facilita los medios de premiarlos y de hacerlos felices.

Este es el objeto que por su propio interés deberian proponerse los señores, los grandes y hacen-

dados: una vida semejante, ¿no seria preferible á esa vida inquieta que pasan en las Cortes ó Capitales, donde á fuerza de diversiones y placeres se arruinan y destruyen, y al fin de nada gozan? Sólo causando bien y felicidad á un gran número de hombres es como se puede ostentar la grandeza y poder: ocupando á los hombres es como se los puede enriquecer y enriquecerse legítimamente uno á si mismo: ocupándose útilmente es como uno se sustrae del fastidio y desórden, y como previene al mismo tiempo los desarreglos de criados y dependientes: en fin, haciendo á estos felices con beneficios reales y verdaderos es como se les inspira respeto, obediencia y amor de sus deberes.

El criado debe respetar en su amo á un hombre de quien depende su propia felicidad: su interés le empeña y estimula á manifestarle invariablemente la deferencia que su estado le prescribe: un criado debe temer desagradar á su amo con modales altivos y soberbios, ó con indiscretas murmuraciones y chismes: debe asimismo armarse de paciencia, porque la paciencia es la virtud de su estado, que le destina á sufrir las variaciones á que están sujetos los hombres: con ella desarmará el criado la cólera del amo, y la esperiencia le demostrará seguramente que el furor mas exâltado se aquieta y desvanece con la sumision y dulzura: un buen criado, en fin, obedecerá sin réplica las órdenes de su señor. Si este es justo y prudente manda lo que es justo y hacedero; y si es injusto, debe ser dejado. El criado cumplirá con el trabajo ó tarea que se le prescriba, y hará cuanto estuviere de su parte para llenar sus obligaciones y deberes. Evitará de consiguiente la torpeza é imperfeccion en sus obras y trabajos, que suelen ser efecto de la precipitacion ó falta de cuidado; y le tendrá aun en las cosas mas pequeñas, para evitar reprensio-

nes, siempre vergonzosas y sensibles; será esacto y puntual, á fin de no acarrearse el enojo de aquel, cuyo contento y benevolencia le son necesarias y provechosas.

Un buen criado debe observar sobre todo las reglas de la mas esacta y rigorosa fidelidad; tendrá presente de contínuo que al entrar al servicio de su amo se obligó, no solo á respetar su propiedad, sino tambien á defenderla contra cualquiera, y á confundir sus intereses con los suyos, mirando estos como propios. Por un abuso contrario á la justicia, los criados se acostumbran á exîjir retribuciones de los que abastecen de comestibles ó mercaderías las casas de sus amos; mas un criado fiel reconocerá fácilmente que estos pretendidos *provechos, gajes y derechos*, aunque autorizados por el uso de los malos criados ó de los amos neglijentes, atendidas las causas porque se dan y se reciben, no pueden reputarse lejítimos, y son en realidad unos robos encubiertos.

En fin, un criado honrado y laborioso huirá de la ociosidad, mirándola como el camino de los vicios y delitos; procurará invertir en algun trabajo provechoso aquellos ratos de libertad y descanso que le permita el servicio de su amo; y de este modo empleará ventajosa y útilmente el tiempo, que los criados perezosos dan al juego, borracheras y disolucion. Con una conducta semejante, un criado debe prometerse el aprecio, reconocimiento y cariño de todo amo en quien la vanidad no haya sofocado toda justicia y gratitud. Despreciar á un criado tal sería estar un amo falto de razon y equidad. Un criado fiel y leal es un amigo mucho mas seguro que la mayor parte de los que se encuentran en el mundo; un amo que no usase con él de consideracion y reconocimiento, sería enemigo de sí mismo, y se haria digno del desprecio. ¡Cuantos esclavos se

han visto que, á pesar del cruel oprobio con que la preocupacion los mira, han mostrado á sus señores un celo y jenerosidad sublimes, por las que merecian ser celebrados y encarecidos con mayor razon que tantos héroes que el Universo admira! (1)

---

(1) Valerio Máximo refiere muchos ejemplos de esclavos que sacrificaron su vida por salvar las de sus señores. Tacito cita al esclavo de Pison: hallándose este condenado á muerte, su esclavo tomó su nombre, y se dejó quitar la vida por él. Bajo el Imperio de Calígula una mujer esclava sufrió con el mayor valor la tortura mas cruel, sin haberla podido hacer que confesase cosa alguna en perjuicio de su señor. El ilustre Catinat, desgraciado y falto de todo, halló en su Ayuda de Cámara un amigo jeneroso, que puso en sus manos con el mayor gozo y emocion lo poco que tenia. ¿Cuantos Oficiales y Jenerales, en medio de los peligros de la guerra, han debido la vida á sus criados, que se han espuesto á los mayores riesgos por salvarlos? ¡Estos son, sinembargo, los hombres á quienes unos amos orgullosos y soberbios apenas se dignan mirar como á criaturas de su especie! Amos hai que miran á sus criados como á bestias; apénas los permiten comer, dormir ni descansar; no quieren que estos infelices lleguen á estar cansados ó enfermos, que sean sensibles al dolor, ni que se resientan de los ultrajes y crueldades que los hacen padecer. Unos Sibaritas corrompidos, y mujeres á quienes la menor fatiga se les hace insoportable, olvidando su propia miseria, su ineptitud y su debilidad, exîjen una resistencia, una prontitud y ajilidad imposibles en los infelices que los sirven. En América y en Asia, donde el calor del clima aumenta la natural indolencia y pereza, una mujer tan delicada que es incapaz de alzar un pañuelo del suelo, hace castigar con la mayor crueldad á sus esclavos por las mas pequeñas faltas. En jeneral se observa que no hai servicio mas duro é insufrible que el que se hace á los hombres de poco acá, y que de la nada han llegado á elevarse y enriquecerse: embriagados con el poder que no se hizo para ellos, ejercen un imperio cruel sobre sus desgraciados sirvientes. *Ninguno*, dice Claudiano, *mas duro que el hombre que de la nada ha subido á una grande altura. Asperius nihil est humili qui surgit in altum.* La altivez y crueldad con los criados acreditan injusticia, ingratitud, mal corazon, y sobre

Cesen, pues, los hombres altivos y soberbios de ultrajar con duros tratamientos á unos criados necesarios á su felicidad, y sin los cuales se verían precisados á servirse ellos mismos; respete un amo en su criado la humanidad desgraciada; no le desprecie ni injurie jamás; vea siempre en él un semejante suyo, y un hombre útil á su propio bienéstar; cuando haya esperimentado su apego, sus continuos desvelos y fidelidad, ámele, trátele como á un sincero amigo, tenga presente que el salario que le dá, no le dispensa del reconocimiento, y que siempre es mucho menos de lo que le debe. ¿Hai cosa mas vergonzosa que ver á tantos amos que califican como deudas los servicios mas penosos de un criado, á quien no pagan, y al que corresponden comunmente con altivez é ingratitud? Salarios ó estipendios regularmente escasos ¿podrán ser para un criado atento y fiel suficiente paga de continuos y penosos desvelos que pueden causarle largas enfermedades, de trabajos que piden á veces fatigosos y molestos viajes, y en fin, de la total y contínua renuncia á su voluntad propia, cosa que tan pesada

---

todo mucha debilidad. ¿Hai cosa mas débil que ejercer un poder cruel sobre los miserables que uno ve sin defensa alguna encadenados á sus pies? Sinembargo estos hombres despreciados, que sirven de juguetes á los mas bárbaros caprichos, han mostrado repetidas veces unos pensamientos de honor y heroismo, de que sus indignos amos y señores serian enteramente incapaces. En un establecimiento Europeo del nuevo mundo, faltando en él un verdugo ó asesino que quitase la vida á unos negros fujitivos que habian sido cojidos, para suplir esta falta un Criollo mandó á uno de sus esclavos que ahorcase á estos infelices: el esclavo desapareció repentinamente, pero pronto volvió trayendo un machete en una mano, con el cual él mismo se habia hecho saltar la otra: y presentando entonces el brazo truncado y chorreando sangre á su Señor; *fuerzame ahora*, dijo, *á que sea verdugo de mis hermanos.*

hace la servidumbre? Los hombres que de este modo se consagran al servicio de sus amos, adquieren un derecho tan justo á su cariño, que solamente la dureza y el orgullo son capaces de negarlos y desconocerlos.

La injusticia y fiereza de tantos amos inhúmanos son evidentemente la causa de que sus criados sean por lo comun sus enemigos; al ver su conducta, no parece sino que los miran como á bestias, ó mas bien como á unos autómatos faltos de sensibilidad, en quienes pueden ejercitar libremente sus pasiones, caprichos y ridiculeces: esto no obstante se les acrimina á estos infelices, perpetuamente exásperados y oprimidos, el que se muestren indiferentes con sus amos, que los sirvan maquinalmente, y sobre todo, que sólo el interés los anime. De esta manera se trabaja de continuo en irritar y comprimir los corazones de los miserables criados, se los degrada con una insultante altivez, se los recompensa mui mal, y sinembargo ¡se quejan los amos, que son desapegados, viles é interesados! Aprendan, pues, los amos, y no olviden jamas que la bondad sola gana los corazones; que el que trata á sus criados como á hombres, puede inspirarles pensamientos honrosos; que quien los recompensa convenientemente, los enseña á pensar con nobleza: y en fin, que los buenos amos son los que pueden solamente formar criados buenos y fieles, y que estos, á pesar de su destino y servidumbre, son mui dignos de estimacion y aprecio.

Si la servidumbre voluntaria fuese un justo motivo para despreciar á los hombres, ¿cómo debiera mirarse la servidumbre de los cortesanos, tanto mas afrentosa cuanto los que se someten á ella no lo hacen precisados de la necesidad de subsistir, y cuando deberian tener por su clase un corazon mas elevado é incapaz de envilecerse y abatirse? Sinem-

bargo, arrastrados del mas vil interés, los vemos avillanarse y rendirse servilmente á los pies del crédito y la autoridad, afanarse en consagrar al poderoso los mas bajos servicios, y sufrir con humilde resignacion injurias y baldones, que no sufriria quizá el mas ínfimo criado.

Compadezcámonos, en fin, de los hombres infelices y desventurados; mas no despreciemos sino á los que con su conducta envilecida se hicieren despreciables.

CAPÍTULO VII.

De la Conducta en el mundo; de la Urbanidad; del Decoro; del Talento; de la Alegría; del buen Gusto.

Considerados los deberes que cada estado impone á los hombres en las diferentes posiciones en que pueden encontrarse, nos resta todavía examinar lo que se deben los unos á los otros en la vida comun del mundo, esto es, la conducta que los hombres están obligados á seguir para hacer el trato ó comercio de la vida agradable y tranquilo, y las cualidades que deben adquirir ó poseer para merecer y conservar la estimacion y afecto de aquellos con quienes pueden tener relaciones permanentes ó pasajeras.

El comercio de la vida nos enseña con mas ó menos prontitud qué medios debemos emplear para merecer la benevolencia de las personas con quienes vivimos habitualmente, ó que el fluxo y refluxo de la Sociedad nos presenta; reflexionando sobre lo que exíjimos de los otros para estar contentos y satisfechos de ellos, pronta y facilmente descubrimos lo que debemos hacer para que ellos lo esten de nosotros. Hé aqui el orijen natural de la *Urbanidad*, la cual, como hemos visto, es el hábito de mostrar á las personas con quienes vivimos la atencion y consideraciones que les son debidas.

El hombre no nace civilizado; pero lo es por medio de la educacion, de los preceptos, del ejemplo, de su propia esperiencia, sus reflexiones sobre los caratéres de los hombres, y en una palabra, con *el uso del mundo*: todo le prueba que para ser felíz es menester agradar; y conoce bien pronto que para conseguirlo es preciso conformarse con las ideas y conveniencias de los que viven en su compañía, consultar su amor propio ó su vanidad siempre activa, y manifestarles aprecio y estimacion, ó al menos consideracion. Todo hombre, como que se ama á sí mismo, quiere que los otros adopten estas mismas ideas; y por estos deseos, bien ó mal fundados, juzgan de aquellos con quienes tienen relaciones.

La Urbanidad ha sido mui bien definida por un Moralista moderno *la demostracion ó imitacion de las virtudes sociales. La Urbanidad*, dice este autor, *es demostracion si es verdadera, é imitacion si es falsa. Las virtudes sociales son aquellas que nos hacen útiles y agradables á aquellos con quienes vivimos; un hombre que las poseyese todas, sería necesariamente urbano y cortés en sumo grado* (1).

Algunos Moralistas melancólicos confunden la urbanidad verdadera con la falsa, ó bien, haciéndola consistir únicamente en formalidades incómodas y minuciosas, en señales de aficion y de aprecio equívocas y poco sinceras, en espresiones hiperbólicas introducidas por el uso, la proscriben injustamente, y anteponen á ella una rudeza grosera y salvaje, que han calificado de *franqueza*; mas en la vida social

(1) *Considerations sur les Mœurs*, par M. Duclos.

la urbanidad es una cualidad necesaria, pues que sirve para advertir y recordar á los hombres la consideracion que unos á otros se deben, y las atenciones y cortesías con que, por sus mútuos intereses, están obligados á tratarse entes que necesitan verse y hablarse de continuo.

Guardémonos, pues, de vituperar imprudentemente los usos, convenciones, fórmulas y demostraciones siempre útiles, que nos recuerdan lo que debemos á nuestros semejantes, y pueden conciliarnos su benevolencia: conformémonos con estas costumbres, cuando no son contrarias á la probidad: sometámonos á prácticas que no pueden ser violadas sin una falta de atencion y decoro, y cuya omision nos acarrearia la nota de vanos, rústicos y hombres singulares, haciéndonos desagradables ó ridículos.

El menosprecio de las reglas de la urbanidad y usos del mundo anuncia ciertamente un necio orgullo, siempre insultante y ofensivo. No someterse á las costumbres adoptadas por la Sociedad es una resistencia impertinente y vituperable. Todo hombre puede pensar como quiera; mas no puede, sin faltar á sus asociados, exîmirse de las reglas jenerales y sustraerse á la autoridad pública, cuando esta no prescribe cosa contraria á las buenas costumbres. Respetémos al público, sigamos sus usos, y temamos desagradarle con la inobservancia de signos y demostraciones esteriores, que por una convencion jeneral manifiestan la benevolencia, afecto, estimacion y respeto, ó si se quiere, la induljencia y humanidad que todos debemos á las flaquezas y debilidades de nuestros semejantes.

Si debemos respeto y consideracion á las criaturas de nuestra especie, la urbanidad, de consiguiente, es un acto de justicia y humanidad. El desconocido y el estranjero tienen derecho á las señales de la benevolencia universal, debida á todos

los hombres en razon de que, si el acaso nos transportase á un pais desconocido, deseariamos encontrar en sus habitantes estas mismas demostraciones de hospitalidad, benevolencia y humanidad. Sinembargo de esto, muchos hombres que pasan por corteses y bien educados, parece que olvidan ó desatienden estos deberes, pareciéndoles que nada deben á las personas desconocidas. En espectáculos, en paseos, en funciones y parajes públicos se ven muchas jentes comportarse con tal descortesía, con una falta de crianza y grosería tan estrañas y chocantes, que les dan motivos de arrepentirse de ellas en fuerza de las reconvenciones y consecuencias muchas veces funestas que les ocasionan. No se deben, pues, ni desatender ni menospreciar las señales y demostraciones debidas á todo el mundo; si semejantes demostraciones no siempre son sinceras, al menos prueban que en todas las naciones civilizadas existen ideas de lo que los hombres se deben los unos á los otros, aun cuando no esten íntimamente unidos.

La urbanidad franca y sincera es la que proviene de los afectos de cariño, respeto y estimacion que escitan en nosotros las cualidades eminentes que notamos en las personas con quienes usamos de la demostracion de estos afectos. Es cierto que no podemos sentirlos con relacion á todo el mundo; pero tambien lo es que con todo el mundo estamos obligados á usar de bondad, benevolencia y humanidad. Á veces nos vemos en precision de mostrar respeto y consideracion aún á la misma perversidad poderosa, porque nuestra conservacion exîje que no ofendamos á los que podrian dañarnos; estas consideraciones que les testificamos, son efectos del temor, el cual escluye enteramente el amor.

La estimacion es un afecto favorable, fundado en cualidades que consideramos útiles y agradables,

que nos aficionan á los que las poseen; asíque es una disposicion á amarlos y á unirnos estrechamente con ellos. El desprecio es un efecto de aversion que suscitan las cualidades inútiles ó vituperables. El desprecio es insoportable á los que le causan, porque en cierto modo los escluye de la Sociedad como inútiles. Uno puede mui bien ser estimado sin ser querido; mas ninguno puede ser sólida y sinceramente amado sin ser apreciado. Las aficiones y cariños que tienen por base la estimacion, son los mas sinceros y permanentes.

La consideracion es un afecto de aprecio mezclado de respeto, y escitado por cualidades no comunes, acciones grandes y nobles, ó talentos raros y sublimes: tener consideracion á uno, es testificarle una atencion particular por las cualidades que le distinguen de los otros. Se vé, pues, que la consideracion sólo es debida á la grandeza de alma, á los grandes talentos, á la virtud.

Comunmente se dice que es una falsedad demostrar cortesía, aprecio y consideracion á hombres que no merecen nada de esto; mas nosotros debemos atencion y respeto á todos aquellos á quienes la Sociedad respeta unánimemente; y ademas de que no somos sus jueces, sería imprudencia despreciar á la perversidad, cuando esta tiene poder para dañar; es menester huir cuanto se pueda de los perversos, y si el acaso ó la necesidad nos los presenta, es menester no provocarlos con nuestra conducta, sino temerlos: cuando en este caso nos sometemos á ellos, nuestra conducta no es mas que la manifestacion de nuestro miedo. Solo el hombre de bien es quien tiene derecho á los homenajes del corazon, al sincero afecto, al aprecio y á la verdadera consideracion; los perversos constituidos en poder y dignidad deben contentarse con las señales esteriores. El desprecio es insoportable aun á

los hombres mas dignos dél. Cuanto mas conocen los perversos el desprecio que se merecen, tanto mas se irritan con el que se les manifiesta.

Las señales de respeto son debidas al poder; la consideracion que el temor, ó las convenciones de la Sociedad, ó nuestro deber nos obligan á tener á nuestros superiores, ó á las personas que ejercen sobre nosotros una autoridad bien ó mal fundada, se llama *respeto*. Un hijo debe respetar á su padre, aunque este sea injusto. Un ciudadano respeta á los Príncipes, á los Grandes y hombres en dignidad, aunque sean perversos, porque sino se espondria por una necia vanidad á las consecuencias de su resentimiento. El respeto, como que vá mezclado de temor, cuesta siempre mucho al amor propio de los hombres, que se ofenden y molestan comunmente con la superioridad de los otros. Si las señales de respeto son lisonjeras y alagüeñas para el que las recibe, porque le recuerdan é indican su poder y grandeza, tambien disgustan é incomodan al que las usa, porque le advierten su flaqueza é inferioridad. Hé aquí porque nada es mas raro que encontrar inferiores sinceramente apegados á sus superiores; estos por lo comun hacen sentir á sus favorcidos toda la distancia que establecen entre ellos la clase y el poder.

La consideracion que mostramos á nuestros iguales se llama *urbanidad*, *cortesía*, *buena crianza*, aunque no les profesemos verdadero cariño; esta es una moneda corriente, que cada uno dá y recibe por lo que vale. La vida social pide que se use de buena crianza con las personas indiferentes, y como ademas nosotros la exijimos de ellas, es visto que semejante conducta está fundada en justicia.

Las demostraciones de consideracion son debidas al mérito, á los talentos raros y útiles, y á las

virtudes. Las de amor y ternura lo son á la amistad. La atencion que tenemos con nuestros inferiores, se llama *bondad*, *afabilidad*. Debemos usar de estas demostraciones, porque este es el medio de conciliarnos su afecto, el cual nunca puede ser indiferente al hombre de bien; este se avergonzaria de deber al temor los respetos y homenajes que desea obtener del corazon. Los indicios de benevolencia universal son debidos á todos los hombres, porque son nuestros semejantes. En fin, para un corazon sensible no hai cosa alguna mas digna de atencion y respeto que la miseria: á los desgraciados todos debemos, al menos, consolarlos.

Cuando los ricos y grandes señores saludan con afabilidad á un infeliz, le muestran de este modo que tienen humanidad, que no le desdeñan, que le aprecian y le quieren bien. Nada sería mas conforme á la sana Moral que enseñar á los niños opulentos á no despreciar nunca á sus inferiores; asi se harian dignos de su amor, y evitarian el ódio y envidia que la indijencia concibe naturalmente contra los afortunados y felices: pasion que el orgullo acrecienta é irrita. ¿No les basta á los hombres ser infelices y miserables, sin hacérselo sentir todavía mas cada momento?

La educacion deberia preservar á los Grandes de esa vanidad altiva y desdeñosa, que léjos de inspirar amor y confianza á los que la sufren, los desvía, los ofende, y anuncia la distancia en que el orgullo quiere mantenerlos. Semejante urbanidad suele ser mas irritante y molesta que un insulto manifiesto. *Los Grandes*, dice un moderno, *que aburren y fastidian á los hombres á fuerza de cortesías sin bondad, merecen que se les aburra y fastidie á fuerza de respetos sin cariño... La cortesía en los Grandes debe ser humanidad; en los inferiores gratitud, si los Grandes la merecen; en los iguales aprecio y servicios recíprocos* (1).

Los habitantes de la Corte son ordinariamente mas urbanos, porque están acostumbrados al temor de lastimar el amor propio de los que pueden servirlos ó perjudicarlos en sus proyectos; y saben ademas que algunas veces el hombre mas despreciable puede poner obstáculos á sus deseos. Por otra parte los Grandes suelen ser corteses con el fin de ser así mas respetados, ó para advertir á sus inferiores de la sumision que esperan de ellos.

El deseo de servir y obligar debe ser contado en el número de las cualidades mas apropósito para conciliarnos el cariño en la vida social. Esta disposicion dimana visiblemente de la benevolencia y los socorros que debemos á los seres de nuestra especie. De este modo el hombre atento, cortés y oficioso adquiere derecho al aprecio y cariño de los demas. El hombre que emplea su crédito y poder en sacar del olvido al mérito ignorado, reparar las injusticias del destino, prestar socorros á la humanidad, es un verdadero bienhechor, digno del reconocimiento de todo buen ciudadano. Aunque el deseo de servir no produzca semejantes efectos, siempre es agradable en el comercio de la vida, porque nace de la complacéncia y urbanidad, que nos inclinan y aficionan á los que pretenden complacernos. Mas el deseo de servir, lo mismo que la beneficencia, no debe jamás ejercitarse á costa de la virtud. Servir y obligar á malvados es dañar á la Sociedad, y aun á sí propio muchas veces. Servir á los viciosos en sus desarreglos es hacerles un mal verdadero. Prestar ausilios á la iniquidad es hacerse cómplice de ella. La debilidad de servir ó complacer á personas inútiles ó perjudiciales es una co-

---

(1) Véase la obra citada, *Considerations sur les Mœurs.*

barde adulacion. Una urbanidad escesiva, una complacencia imprudente y comun, una oficiosidad indistinta producen muchas veces tantos males en el comercio de la vida, como la descortesía y brutalidad.

Por grande que sea la familiaridad en que los hombres vivan entre sí, la urbanidad debe siempre acompañarlos: es el amor propio tan facil de ofenderse, y la vanidad tan propensa á irritarse, que siempre es necesario usar de precaucion con ellos. Nuestros amigos nos dispensan gustosos de las incomodidades y fórmulas comunes de la urbanidad y etiqueta; pero nuestros amigos no pueden consentir en que se los desprecie. Nada es mas cruel que el desprecio de parte de aquellos á quienes amamos, y de los que queremos ser amados. Asi la amistad, aunque no guste de *cumplimientos* ó indicios esteriores de urbanidad y cortesía, exije siempre los afectos sincéros, que anuncian estas demostraciones. Las chanzas y burlas picantes, los dichos y conversaciones indiscretas, que á la familiaridad parecen permitidas, son las causas comunes de los rompimientos, disensiones y riñas que se ven en la sociedad.

El amor propio que siempre nos adula, y el atolondramiento que no vé las cosas como son en sí, hacen que muchas jentes presuman demasiado de la amistad de las personas que tratan con frecuencia, porque ignoran hasta qué punto podemos familiarizarnos con ellas sin riesgo de ofenderlas. Facilmente se supone que todo es lícito con los que se llaman *íntimos amigos*, siendo asi que estos pretendidos *amigos* no tienen con nosotros mas amistad que una benevolencia jeneral, que nunca debemos confundir con la verdadera amistad. El mundo está lleno de necios presumidos que se hacen desagradables á los que aun no conocen lo que era

menester. *No sabia yo que éramos tan amigos*, decia uno á un necio que presumia demasiado de su afecto y cariño: *no seais tan franco*, decia otro á uno que gastaba con él unos modales demasiado familiares. Un poco de reflexîon ¿no debiera mostrarnos que hai ocasiones en que un amigo el mas querido puede incomodar á su amigo?

La misma union conyugal, para mantenerse en su fuerza y vigor, no dispensa á los esposos de las atenciones que demuestran su aprecio y el deseo de complacerse. En público, los esposos que sean discretos respetarán mútuamente su amor propio, y cuidarán de no faltar uno con otro á estas consideraciones que acreditan su concordia y cariño. Hai jentes imprudentes é inconsideradas, que se reusan á manifestar su buen afecto á las personas, cuyo amor tienen tanto interés en conservar. La Sociedad está llena de esposos, que no se distinguen sino por sus malos modales; de padres, que tratan á sus hijos sin ningun apego ni atencion; de amigos, que se persuaden que todo les es permitido con sus amigos; y de amos, en fin, que no pueden hablar bondadosamente y con ánimo sereno á sus criados. Asi sucede que los hombres que viven con la mayor familiaridad, llegan regularmente á detestarse.

Los miramientos y buenos modales nunca son importunos ni perdidos: los diferentes modos de espresarlos con la conducta y las palabras sirven para mantener en los corazones de los hombres las disposiciones necesarias á su recíproca satisfaccion. Jamás estamos satisfechos y contentos con los que nos dan á entender que no nos miran y respetan como quisiéramos nosotros.

Aun á las personas enteramente desconocidas debemos ciertos miramientos y consideraciones. Un hombre verdaderamente sociable debe abstenerse

de ofender á cuantos la casualidad le presente. Este desconocido puede ser un hombre de gran mérito ó clase distinguida, y tener que arrepentirse despues de no haberle mostrado la atencion que era justa. No hai quien no se avergüence de haber tratado con lijereza y poco respeto á una persona desconocida, cuando luego llega á saber que era un personaje respetable. Ademas, el hombre de bien, siempre animado de la pasion de la benevolencia universal, desea demostrarla aun á los que solamente habla de paso.

Así las consideraciones debidas á la Sociedad nos prescriben miramiento y urbanidad aun con aquellas personas con quienes no hemos tenido ni tendrémos union particular. Nada es mas impolítico ni impertinente que las miradas de curiosidad é inatencion con que muchos hombres, que se tienen por bien criados, fijan sus ojos en las mujeres en calles, en paseos y parajes públicos. La buena educacion y la decencia debieran ciertamente enseñarnos que no es justo ofender con ojos poco honestos la modestia de un sexô, á quien el nuestro debe respetar, ó no sonrojar por lo menos.

En jeneral, el hombre de bien debe contraer el hábito de no ofender á nadie. Por no observar una regla tan sencilla ¿á cuántos peligrosos inconvenientes no se esponen á cada paso una multitud de imprudentes? Al ver el modo con que muchos se comportan en público con los que la casualidad les presenta, no parece sino que un desconocido es para ellos un enemigo con el cual quisieran pelearse. De aquí nacen encuentros imprevistos, cuyos resultados son á veces mui serios entre personas poco dispuestas á sufrir las miradas insultantes ó los modales poco comedidos de los que encuentran al paso. ¿Y qué! ¿serán vergonzosos los miramientos que entre sí se muestren unos mismos conciudadanos?

El medio mas seguro de vivir bien y felizmente con los hombres, es manifestarles encuanto sea posible, que les tenemos el afecto que piensan merecer de nosotros; y nunca es vituperable que les sacrifiquemos una parte de nuestro amor propio: mas vale, en jeneral, pecar por esceso que por defecto en estas cosas. Pero la vanidad del hombre es tan mezquina y pobre, que teme privarse á sí misma de lo que concede á los otros; só pretesto de evitar la bajeza y adulacion se reusa muchas veces á una inocente condescendencia con las debilidades humanas, á las que una verdadera grandeza de alma se prestaria sin repugnancia. Nunca es bajeza demostrar induljencia; por el contrario, es una señal de grandeza, cuando de su facilidad no resulta ningun mal. Siempre es razonable ceder á la fuerza (1); y jenerosidad, someter su amor propio al de un hombre que por otra parte puede tener algun mérito, ó al de un amigo que á vuelta de sus defectos puede tener muchas cualidades apreciables. Si en el comercio de la vida se obstinase el hombre en apreciar á los demas por lo que rigorosamente valen, á cada paso estaria en discordias con todos.

Muchas personas tienen por punto de honor usar en el comercio de la vida de una severidad que los hace molestos y desagradables. Dicen que son francos, que no son aduladores; al paso que en el fondo son realmente vanos, groseros, pequeños, malig-

---

(1) Los Lacedemonios, que no eran hombres bajos ni débiles, nos han dado un bello ejemplo de la induljencia que puede y debe tenerse con la locura de los Grandes. Habiendo tenido Alejandro la pequeñez de pasar por hijo de Júpiter, y por Dios, quiso ser reconocido por tal en todos los Estados de Grecia; los Lacedemonios sobre esto dieron este decreto verdaderamente lacónico: *Puesque Alejandro quiere ser Dios, séalo enhorabuena.*

nos y envidiosos en el mas alto grado. *La virtud*, dice Horacio, *consiste en un medio entre dos vicios opuestos, igualmente distante de sus estremos* (1). En efecto, un alma verdaderamente noble y jenerosa no teme envilecerse con su facil induljencia, ni se avergüenza de dar á los otros mas de lo que pueden exîjir. Sólo una vanidad inquieta y orgullosa es capaz de pesar en una rigorosa balanza lo que ha de conceder ó negar á los otros. Todo sacrificio del amor propio cuesta infinito á las pequeñas almas; estas únicamente miran como importantes las puras bagatelas, y queriendo ser urbanas y corteses con estremo, se hacen odiosas, molestas é impertinentes.

De aquí esa continua lucha entre las vanidades del mundo. Los hombres vanos temen pasar del coto y degradarse con la induljencia que muestran á los otros. Los Grandes afectan un desprecio estudiado al sabio ó literato, con quien desean recrearse, mas sin consentir que sus talentos los acerquen mucho ó los igualen á ellos: el hombre de calidad pretende que el hombre de mérito, mas no de ilustre sangre, *ocupe siempre su lugar*. El trato que por miras particulares se entabla entre la nobleza indijente y la clase opulenta, no es ordinariamente sino una guerra de dos vanidades igualmente ridículas. Los Oficinistas y los Literatos tienen á veces la vanidad de tratar con los Grandes, que desprecian á entrambos, y piensan engrandecerse con unas conexîones que antes bien los degradan, puesto que los Grandes, de quienes locamente se figuran amigos, los miran como á hechuras suyas, como á unos inferiores á quienes se dignan de honrar con su condescendencia. *Los grandes*, decia Dió-

(1) *Virtus est medium vitiorum, et utrinque reductum.* Horat. Epist. 18, lib. 1. vers. 9.

genes, *son como el fuego, que conviene no alejarse ni acercarse mucho á él.*

Nada es mas prudente ni ventajoso que no salir cada uno de su esfera. Un Arabe ha dicho oportuna y sabiamente, *vale mas no vender que perder*. El trato con los Grandes nunca ó raras veces puede ser provechoso á los pequeños. Los talentos y la sabiduría son nada á los ojos de un hombre de calidad que presume no hai cosa comparable al nacimiento: la virtud misma le parece inútil al cortesano que sólo aprecia lo que puede conducirle á la fortuna: el mérito pierde su valor con los que no le tienen: el hombre de injenio y de talento se cambia en tonto y necio en la compañía de un necio titulado: el hombre científico forzosamente ha de ser vil y bajo, si se propone agradar á los Grandes. El trato frecuente con ellos priva por lo comun á los talentos de aquel noble orgullo, de aquella valentía y libertad que los harian capaces de emprender y realizar cosas útiles y grandes (1).

(1) La vanidad, por lo comun, tiene mas parte que el buen gusto ó el amor de las ciencias en los favores que los Príncipes muestran á los Sabios y Literatos. Las *Memorias de Brandebourg* hablan de un Soberano fastuoso que instituyó una Academia como necesaria á su gloria, tanto como tener una casa de fieras y todo jénero de animales raros y estraños. Dionisio el jóven, tirano de Siracusa, se esplicaba con la mayor franqueza sobre este punto; y decia que mantenia en su Corte filósofos y literatos, no porque los estimase, sino porque deseaba ser estimado en fuerza del favor y proteccion que los dispensaba. *Plutarco: Dichos Notables*. Muchos Tiranos y Déspotas han favorecido las letras con las mismas miras y designios que Dionisio: de este modo han tenido panejiristas y á veces defensores de sus mas vituperables acciones. Los Príncipes han honrado y distinguido á los Astrónomos, Jeómetras, Anticuarios, y sobre todo á los Poetas; mas no se vé que hayan apreciado á los Filósofos sinceros y veraces. Los beneficios de los déspotas han sido muchas veces un obstáculo á los progresos del entendimiento humano.

El hombre de mediana fortuna sólo gana en el trato frecuente con la opulencia el deseo de enriquecerse, el gusto del luxô, el amor de la pompa y profusion, y la tentacion terrible de arruinarse por no ceder al otro, cuyo fausto le deslumbra: el hombre sabio y prudente no debe salir de su estado; este es el modo de evitar los disgustos que le causarian las altiveces, las sujestiones y vanidad de los otros. Las locuras del grande producen la ruina del pobre ó su fortuna limitada. Siempre será mas prudente economizar que esceder sus propias facultades.

Jeneralmente hablando, es cierto y constante que no puede haber un recíproco y constante deleite en las conexîones irregulares de la sociedad, ó en las amistades entre personas que se diferencian mucho en su nacimiento, estado y fortuna, ó en sus talentos, jenios y carácter. Los que se reconocen superiores en qualquier jénero, se valen de esta superioridad contra sus inferiores; de aqui nacen las discordias y ódios, frutos necesarios de las altiveces, menosprecios y burlas que comunmente se usan con el que es tenido por inferior. Los pequeños no pueden esperar de los grandes sino desprecios; y los hombres de un talento sublime desdeñan, á su ejemplo, á los hombres mediocres.

Hai jentes que por ambicion quieren sobresalir en las sociedades que frecuentan, y para conseguirlo prefieren el trato de sus inferiores al de sus iguales, como que de estos no lograrian las mismas ventajas y preferencias. Asiqué los hombres de talento tienen á veces la flaqueza de huir de sus semejantes, y gustan del trato de los necios á fin de dominarlos; ¡poder poco glorioso, ciertamente, el que se ejerce en hombres despreciables! Sólo una vanidad pueril puede lisonjearse con los homenajes de aquellos que desprecia.

Sean cuales fueren los motivos, es debilidad, bajeza y necedad tratar con frecuencia é intimidad á personas á quienes no es posible querer ni apreciar. Nada mas vil que la conducta de aquellos grandes y poderosos, que sólo para reirse y burlarse de ellos frecuentan los convites de los hombres de ayer acá. El hombre de carácter y de providad huye del trato frecuente y familiar de las personas poco amables. No visita al hombre vano, porque tendria que sufrir su vanidad; ninguno desconoce tanto sus deberes como un necio enriquecido; ninguno es mas insolente que él cuando está rodeado de pegotes y aduladores. El hombre de bien no frecuenta la compañía del pródigo, porque se avergonzaria de contribuir á su ruina, y aprovecharse de sus locuras: tampoco se asocia íntimamente con personas sin honor y despreciables, porque se respeta á sí mismo, y teme deshonrarse á los ojos de los demas hombres.

El mundo está lleno de jentes cuyo trato nó puede frecuentarse sin necesidad de disculpa y apolojía, ó sin esplicar uno los motivos de sus conexîones con ellas. Conviene, pues, encuanto sea posible, unirse con personas apreciables, cuyo trato no sea ruboroso, y que no necesite ni apolojía ni esplicacion. La casualidad, las circunstancias, ó la necesidad pueden ponernos en precision de encontrarnos algunas veces con personas no dignas de nuestro afecto verdadero y sincera estimacion; mas es bajeza y falsedad vivir íntima y familiarmente con personas á quienes es imposible profesar aprecio ni cariño. El adulador y el infame son los que pueden consentir en la continua esclavitud de ocultar su rostro bajo la odiosa máscara de la disimulacion y la mentira.

Cualquier partido que se adopte, el que quiera vivir en el mundo debe prestarse, encuanto le sea

dado, al amor propio, bien ó mal fundado, de los que tratare con frecuencia; y si para esto no tuviere valor, abstengase de un trato que no le conviene. El misantropo es siempre un soberbio ó envidioso, cuya vanidad y orgullo se irritan de todo. Vivir con los hombres es vivir con unos entes llenos de amor propio y preocupaciones, á que es necesario suscribir ó condenarse á vivir en soledad. Nuestro amor propio debe enseñarnos que es menester cerrar los ojos al amor propio de los otros; el hombre prudente y sociable trabaja en reprimir el suyo. La fortaleza, la grandeza de alma y la verdadera nobleza se acreditan en vencer sus propias debilidades y soportar las ajenas. El grande arte de vivir consiste en exîjir poco y conceder mucho. Para estar contento y satisfecho de todo el mundo es necesario hacer que las personas con quienes vivimos esten contentas y satisfechas de sí y de nosotros, objeto que merece seguramente algun sacrificio.

Por el bien de la paz conviene algunas veces pasar por muchas cosas, y no sacar partido de su propia superioridad. Los hombres están perpetuamente en guerra, no por grandeza de alma, sino porque no tienen el valor de ceder. Las corporaciones y los individuos se aborrecen y desprecian, porque no tienen ni las mismas pasiones, ni los mismos gustos, ni los mismos modos de ver y sentir, ni las mismas preocupaciones. Un cortesano ambicioso, un príncipe, un conquistador, miran con desprecio las teorías é investigaciones de un filósofo, como contrarias á sus gustos y preocupaciones: de su parte, un sábio compadece la locura de éstos, y observa que un alma grande y elevada nada vé de admirable y sublime sobre la tierra sino es la virtud: los altos cedros le parecen pequeños arbustos al águila que se libra en los

aires, y mira desde sus alturas la tierra.

Mas para vivir con los hombres es menester prestarse á sus opiniones, só pena sino de ser aborrecido de ellos; lleno cada cual de su amor propio y sus ideas olvida el de los otros, y no se conforma con la opinion que tienen de sí mismos; y hé aquí el oríjen y manantial de todas las incomodidades y disgustos de la vida. El mundo es un espectáculo, en que cada uno piensa ventajosamente en su favor; y para bien representar uno su papel conviene que deje á cada cual representar el suyo. El papel del hombre de bien es ser paciente, jeneroso, induljente, y reprimir en el fondo de su corazon los ímpetus de cólera é indignacion, que sin correjir á nadie le harian infeliz. El humor negro no haria mas que producirnos turbacion é inquietudes, y condenarnos á ser aborrecibles á todos aquellos con quienes debemos vivir en paz.

No por las locuras de los hombres ha de reñir el sábio, y ponerse en guerra continua con el jénero humano. Bien es cierto que en su interior se rie de ellas, pero se presta sinembargo á los juegos pueriles de aquellos en quienes la razon no se ha manifestado todavia: sabe que una amarga censura no puede contener el torrente de la moda y las preocupaciones. Sumisos á los usos honestos del mundo, de los cuales no somos ni árbitros ni reformadores, y esperando que el espíritu humano se desate y desprenda de los andadores de la preocupacion, dejémos á cada uno el lugar que la opinion le asigna; usémos de atencion y consideraciones con nuestros semejantes; no los afligámos con una conducta altiva y arrogante, que haria inútiles las lecciones de la sabiduría. El filósofo sincero y veraz manifieste, sí, en sus escritos la verdad sin nubes, porque así es útil y necesario para

la sociedad; mas, pues vive en el mundo, atienda y consulte la debilidad de los mortales; sea induljente con sus conciudadanos, y no declare una sangrienta guerra á todos sus deseos; respetuoso con sus superiores, urbano y cortés con sus iguales, y afable con sus inferiores, no se arrogue jamás el derecho de chocar y combatir con cuantos la casualidad le presente; frecuente y estudie al mundo, y no tenga por mérito huir de él; no viva íntima y familiarmente sino con personas escojidas, cuyas ideas, disposiciones y costumbres confronten con las suyas; á éstas solamente franquee su corazon, y con ellas laméntese de los caprichos y tristes locuras que sacrifican á su patria, y de las insensatas opiniones en que tantas jentes cifran su bien y su felicidad; mas sepa al mismo tiempo que el cinismo, la misantropía, el mal humor y singularidad son enteramente incapaces de correjir y desengañar á los hombres.

No toques, dice Pitágoras, *indiferentemente tu mano con la de todo el mundo* (1). Este precepto tan sábio parece que está ignorado de esas confusas asambleas que cunden por todas partes. Aunque el hombre sociable no se halle autorizado para hacer en la sociedad el papel de un ríjido censor, debe no obstante evitar el trato de los perversos, entre quienes estaria fuera de su lugar. Uno de los inconvenientes mas molestos de las ciudades opulentas y populosas proviene de la confusa mezcla de tratos y comunicaciones: en estas sociedades se encuentran confundidas á menudo personas apreciables con hombres desacreditados y dignos del desprecio. ¡Mas qué digo! estos son á veces no sólo tolerados, sino queridos y buscados por sus cualidades festivas y jenios decidores, que se aprecian y prefieren con mucha frecuencia á las dotes del alma. A falta de una censura pública que infamase á todos los malvados, los hombres de bien, estrechamente unidos entre sí, deberian escluir de sus concurrencias á estos hombres notados en su reputacion, que, porque las leyes los dejan impunes, se presentan descaradamente en todas partes.

(1) Este es el undécimo de los símbolos de este Filósofo, en la traducion de Dacier, pág. 183. tom. 1. Edic. de Paris de 1706. Se halla tambien en el tratado de Plutarco, de la pluralidad de los Amigos, en el tom. 1. de sus obras morales, de la Version de Amiot, pág. 265. vuelta, Edic. de Vascosan, en octavo.

Nada es mas estraño ni pernicioso que la facilidad con que las personas mas despreciables, jugadores, aventureros, pícaros, estafadores y petardistas logran introducirse en lo que se llama buena sociedad, la cual no puede menos de avergonzarse de los miembros que la componen, siendo estos muchas veces los hombres mas viles y desacreditados. Las jentes del mundo, fáciles en sus tratos y conexîones, y dominadas de un pesado y continuo fastidio, proponiéndose sólo pasar el tiempo, dicen en su interior de aquellos con quienes tratan y comunican, "ello es cierto que son pícaros y bribones, pero es menester divertirse y no hacer caso de nada."

Jeneralmente se tolera y perdona con facilidad á los perversos el mal que hacen á los demas, porque en la confusion del mundo no se hacen tan temibles como debieran serlo los corrompidos y viciosos. Se escucha con placer al que murmura, infama y calumnia á nuestros semejantes, con tal que tenga gracia y talento para hacerlo. Asi es que el hombre del mas dañado corazon pasa á menudo por *chistoso y divertido*. El amor propio de los que dan oidos á un malvado que los divierte, los persuade que este

cambiará de estilo y carácter en tratándose de ellos, y que no se les atreverá cómo se atreve con los otros. Mas sinembargo esto es lo que sucede con frecuencia; y entonces el hombre *chistoso y decidor* es en dictamen de ellos un monstruo abominable.

Todo el mundo reconoce en la teórica el peligro de los tratos y conexîones del mundo, mas le olvida en la práctica. Nada es menos agradable y seguro que las casas abiertas y francas á cuantos se presentan en ellas. Las jentes cuya vanidad se ofusca con la idea de tener una numerosa tertulia, debieran temer muchas veces encontrar con personas sospechosas y perjudiciales. Cuando á uno se le da entrada por su nombre, título, jenio ó agradables talentos, y á veces por sólo su vestido, hai gran riesgo de arrepentirse un dia de haberle admitido en su casa. Las dotes y cualidades del sujeto son las que deben averiguarse con el mayor cuidado antes de unirse á él. Mas las jentes del mundo hacen poco aprecio de los hombres de bien, que regularmente les fastidian y molestan, y á similitud de los niños, huyen de las personas sensatas, porque las pueden incomodar en sus vanos y pueriles recreos.

Es un inconveniente harto comun en el mundo la facilidad con que los hombres se presentan unos á otros en las tertulias y sociedades. Las personas sensatas no admiten indiferentemente á todo el mundo; y todo hombre racional y prudente se abstiene de presentar é introducir, aun en casa de sus mas íntimos amigos, á las personas que conoce poco, ó nada tienen de conforme á los gustos, carácter y costumbres de aquellos á quienes las presenta. Son muchos los engaños en esta parte; cada uno se imajina que el hombre que á él le agrada, tiene cualidades para agradar á todo el mundo; siendo asi que las mismas propiedades con que un hombre nos

agrada, le hacen desagradable á otros. El talento de hermanar á los hombres es raro, como lo verémos mui pronto; mas contribuye mucho al placer de la sociedad, y causaria muchos mas en el trato del mundo.

La vida social exîje que, sin ofender la justicia, todo hombre prudente observe las leyes del *decoro*, el cual no es mas que la conformidad de la conducta con lo que la sociedad, donde se vive, ha juzgado conveniente. Por consecuencia, el decoro prescribe no combatir abiertamente las costumbres y modos de obrar jeneralmente adoptados, cuando nada tienen de contrario á la virtud, esto es, á la decencia natural, siempre superior á la decencia y decoro de convencion.

La razon, pues, condena la conducta insolente y chocante del cinismo antiguo, que hacia alarde de insultar toda decencia en las costumbres: tambien vitupera esa filosofia que sólo se complace en contrariar agria y severamente los usos inocentes, haciéndose notable por su singularidad. Se celebra en Pitágoras haberse sábiamente acomodado con todo el mundo; su máxîma era *no salir del camino comun.* Todo hombre que afecta singularidad, anuncia un alma llena de pequeñeces para él de la mayor importancia. Esta estravagancia del espíritu por su novedad parece al pronto que interesa, mas el público, vuelto en sí de su sorpresa, castiga comunmente con el desprecio al hombre singular, descubriendo en él prontamente su necia vanidad. *Los modos de obrar singulares y fuera del órden comun, todos á mi parecer*, dice Montagne, *nacen mas bien de la locura, ó de una afectacion ambiciosa, que de la verdadera y sana razon.*

No es justo ni permitido separarse de los usos prescritos por las convenciones, sino cuando son evidentemente repugnantes á la recta razon y equidad

natural, y por lo tanto al bien de la sociedad. Caton obró cuerda y prudentemente en salirse de un espectáculo, donde iba á presentarse una mujer desnuda á la vista impúdica de un pueblo corrompido.

Se puede y debe ser decente aun enmedio de una sociedad de costumbres criminales y viciosas: todo hombre de bien debe reusar el tener parte en la depravacion jeneral, porque sabe que esta es esencialmente mala y perjudicial, y entonces no se hace singular sino para aquellos cuyos juicios desprecia.

La decencia natural se funda en las conveniencias necesarias de los que viven en sociedad, en el interes constante de los hombres, en la virtud: esta decencia nos prohibe las acciones aprobadas por el público, cuando son evidentemente opuestas á las buenas costumbres; sus leyes deben ser en todo tiempo preferidas á las opiniones, las costumbres, y convenciones arbitrarias, autorizadas por la sinrazon de los pueblos, los cuales muchas veces se forman ideas falsas del decoro. Se cuenta que hai naciones salvajes donde las mujeres tienen la costumbre de prostituirse con los estranjeros, y se tienen por ultrajadas de los que reusan y resisten á sus favores y caricias; el inglés, que acordándose de que habia dejado á su esposa en su patria, se negó á esta costumbre impúdica, pudo mui bien parecer ridículo á estas mujeres sin pudor, pero se hizo estimable á los ojos de todos los entes racionales.

Las mismas naciones corrompidas respetan regularmente la decencia, y se muestran indignadas contra su violacion. Esta especie de hipocresía nos prueba que los hombres mas viciosos se avergüenzan de sus desórdenes, y no pueden consentir en que se los tenga por lo que son en realidad. Una mujer viciosa se sonroja y avergüenza al ver

en público una cosa inmodésta, y oir dichos y palabras obscenas (1).

El *decoro* es la conformidad de nuestra conducta con el tiempo, lugares, costumbres, circunstancias y personas con quienes vivimos; consiste en dar á los hombres y á las cosas el lugar que les corresponde, y á cada cual lo que es suyo; de donde se infiere que se funda en la equidad, que nunca puede aprobar las cosas injustas y deshonestas. Faltar al decoro es faltar á la justicia. La educacion, el ejemplo y uso del mundo nos dan ideas verdaderas ó falsas del decoro; á la razon ilustrada es á quien pertenece el juzgar de él sin apelacion.

El decoro nos prohibe chocar en nuestras acciones ó discursos con las personas con quienes vivimos: por consecuencia nos prescribe el huir de todo lo que puede escitar en los otros ideas poco favorables de nosotros, ó representar á su imajinacion objetos desagradables. ¿Hai nada mas contrario al decoro que las palabras deshonestas y las conversa-

(1) En las naciones civilizadas y sin buenas costumbres es casi imposible sacar á la Escena los vicios y desórdenes que mas reinan en el mundo, porque el público entonces gritaria contra esto como indecente; y las personas culpables de estos vicios no serian las últimas á quejarse de que se les ofendia. La escasez de buenos argumentos para la comedia, y la uniformidad de las piezas dramáticas provienen de la delicadeza hipócrita de los espectadores: estos sólo quieren y apetecen indecencias artificiosamente encubiertas, á fin de escusarse de pecar groseramente contra la decencia que tanto finjen respetar. Muchas piezas de Moliere, las cuales fueron aplaudidas en el siglo pasado, serian hoi gritadas con indignacion. ¿Probará esto que el público de nuestros dias es mas virtuoso y morijerado que el de aquel tiempo? No por cierto; esto prueba que el público de hoi es mas civilizado ó menos franco, y que sabe mejor que antes que es vergonzozo elojiar las cosas contrarias á la decencia.

ciones opuestas al pudor, de que tanto abundan las tertulias y el trato familiar? Aunque el uso parezca que autorice, al menos entre hombres, las conversaciones de este jénero, siempre sinembargo serán indecorosas á los que tengan el respeto debido á la honestidad de las costumbres.

Si las personas bien educadas se habituan á la limpieza y aseo esterior para no descubrir á la vista objetos desagradables y sucios, deben tambien tener esta misma consideracion respecto del oido. No se puede menos de vituperar y proscribir de toda conversacion esos pormenores asquerosos de achaques y enfermedades, que sin reserva alguna se hacen unas á otras, personas que por su educacion debieran ser mas reservadas. En este punto nos contentarémos con decirles que los razonamientos y conversaciones no deben dejar en el ánimo de los oyentes sino es imájenes, en cuya contemplacion puedan detenerse con placer y sin peligro.

Los *buenos modales* son los modos de comportarse en el mundo, introducidos por el uso y las convenciones de la Sociedad; estos consisten en el porte, en los movimientos y actitudes del cuerpo, en la manera de presentarse &c., cuyo hábito nos facilita la educacion y el ejemplo: y aunque indiferentes en sí mismos, debemos conformarnos con ellos, sopena de ser tenidos por descorteses y mal criados. Mas en estos modales es menester tambien evitar la afectacion, que siempre hace ridículos á los hombres.

Para ser agradable en el mundo no basta poseer ciencia, talentos y virtudes, sino que es necesario ademas usar de ellas de un modo interesante y apacible. El hombre de bien no debe mirar con indiferencia el título y opinion de hombre amable. Es una neglijencia, una necedad ó presuncion, y no merito, despreciar los medios capaces de conciliar-

se la opinion pública; los ademanes ridículos, los modales inusitados, un esterior asqueroso y desaliñado, un tono bronco y grosero, una injenuidad inoportuna, una ignorancia rústica de los usos recibidos, son cualidades que molestan ó escitan la risa. Es cosa necia é impertinente desatender ó ignorar los modos de comportarse consagrados por el consentimiento de los hombres. Los buenos modales son el colorido del mérito. La virtud se perjudicaria á sí misma, si reusase los adornos que la hacen mas interesante y atractiva. El hombre sábio no se afrenta de sacrificar á las gracias.

Por no reflexìonar de este modo, muchas personas de mérito aparecen ridículas y sin cabimiento en el mundo. Este, aunque por lo comun perverso, tendrá justa razon para despreciar la sabiduría y virtud, cuando las hallare desnudas de las gracias que mira con aprecio. Por otra parte, el mundo no puede por lo comun juzgar sino del esterior; sus juicios son superficiales, y por tanto falibles; mas sinembargo no dejan de tener siempre algunos fundamentos. La ignorancia de los buenos modales anuncia una educacion descuidada, falta de reflexìon y una neglijencia vituperable. Un esterior desaliñado indica el desórden del ánimo. Asi como una hermosa fisonomía previene favorablemente á su primer aspecto, asi tambien los buenos modales, faciles, naturales y agraciados, descubren unas laudables disposiciones, como son el deseo de ser amado, el temor de ofender, un buen trato de jentes, el conocimiento de las consideraciones debidas á la Sociedad, y una constante atencion á no faltar ni mostrarse contrario á ellas.

El verdadero *saber vivir* no es mas que el conocimiento y práctica de los modos de obrar para conciliarnos el aprecio y amistad de las personas con quienes vivimos. Estos modales son buenos cuan-

dó nada tienen de contrario á la virtud, y la hacen mas agradable é insinuante. Aunque nada sea mas engañoso que las demostraciones esteriores, á pesar de esto es cierto que un esterior agradable, sencillo y decoroso anuncia un interior justo y arreglado. Los buenos modales son la espresion de una alma noble y buena. La virtud misma se hace molesta y enfadosa bajo una forma agreste y salvaje.

Cuando hablamos de los modales que la Moral prescribe al hombre sabio y prudente, no decimos por esto que se conforme con esos modos de obrar impertinentes, esas modas ridículas y variables, ese lenguaje formulario y pasajero, y esos jestos y visajes, en que tantos necios y tantas mujeres presumidas fundan lo que llaman *buen tono*. Semejantes modales son efectos de una necia vanidad, desagradable á las personas sensatas, cuyo solo voto y opinion debe consultar el hombre cuerdo. Asiqué, distingamos los que un mundo futil llama *bellos modales* de los que justamente son *buenos modales*: estos nacen del afecto y respeto que todos debemos á la Sociedad. ¿Hai cosa mas insultante para esta que los ademanes francos y libres de un petimetre, los afectados atolondramientos de una coqueta, la desatencion estudiada de una multitud de entes hechos de figura, los cuales todos, creyendo hacerse estimables con sus impertinentes modales, se hacen odiosos y despreciables? Si los modales viles y groseros pueden ser dañosos al mérito, los afectados de la fatuidad no le son menos perjudiciales. El hombre de bien nunca debe confundirse en el número de los locos; debe aspirar á complacer á las personas racionales, y no á la multitud sin juicio ni razon, de quien antes bien debe huir. Una débil complacencia con los caprichos de la moda degradaria á un hombre prudente y le haria despreciable; de los hombres es-

cogidos, y no de un mundo vano y frívolo, debe ambicionar el aprecio y amistad. Los modales desatinados, lijeros y evaporados no son propios de un hombre sociable, el cual ha de acreditar siempre con su porte que cuida de complacer á sus asociados. Los modales soberbios, vanos y arrogantes son ajenos del que desea merecer la benevolencia de los demas; el hacerse ridículos é insoportables es privativo de los tontos y necios. Un fatuo presumido sólo consigue con sus *bellos modales* perder la consideracion de que se creia mui seguro.

Para hacernos amables es preciso que nuestros modales anuncien á los otros modestia, complacencia, dulzura, deseo de agradar, y temor de ofender. Los modales usados en el mundo no son por lo comun sino apariencias poco sinceras, porque los hombres fáciles en amistades no tratan á jentes merecedoras del afecto: la verdadera cortesía y los buenos modales sólo se encuentran en los que se aman y estiman con sinceridad.

En una palabra, el trato de la vida exîje que nos habituemos á hacer lo que puede agradar, y á huir cuidadosamente de todo lo que puede incomodar á los que viven con nosotros. El hombre verdaderamente sociable debe observarse aun en las mas pequeñas cosas; las faltas reiteradas con frecuencia no dejan con el tiempo de chocar á nuestros asociados. La atencion y esactitud son cualidades laudables en la Sociedad; ellas se hacen fáciles y agradables cuando el hábito las ha hecho familiares.

No obstante esto, á los ojos de muchas jentes *la esactitud es virtud de necios*; mas lo que contribuye á conciliarnos la benevolencia no debe nunca ser tratado de necedad, ni debemos en manera alguna despreciar una cualidad, sin la cual somos molestos y desagradables aun á nuestros mas intimos amigos. La inesactitud anuncia por lo comun lije-

reza ó vanidad. La escrupulosa atencion y cuidado de no ofender á otros son disposiciones apreciables, porque demuestran y acreditan el temor de disgustarlos. ¿No es cierto que toda la vida social debe tener por único fin hacerse amable? La esactitud por consecuencia es necesaria, á no ser en aquellas sociedades frívolas, en que el hombre, perpetuamente distraido y arrebatado de placeres pasajeros ó repentinos caprichos, no sigue jamás en su conducta ninguna direccion constante (1).

Si el descuido, la inadvertencia, la lijereza, el atolondramiento y la indiferencia sobre lo que se debe á las personas con quien se vive, son disposiciones capaces de alterar á la larga, y aun de aniquilar la jeneral benevolencia, conviene, pues, no descuidar en el trato de la vida las atenciones con que probamos á los otros que pensamos en ellos, y que no olvidamos, sino que tenemos siempre mui presente lo que les debemos. El hombre atento está seguro de agradar; sus cuidados le son agradecidos; y cada uno siente en su corazon que es digno de su gratitud. Las atenciones *delicadas* son aquellas que se anticipan al deseo, pues suponen que se procura acertar con nuestra inclinacion, sin que se manifieste esta; y son indicio de la agudeza y penetracion en adivinar los pensamientos de las personas á quienes se desea obligar, y de sagacidad y discrecion en dispensar los beneficios.

En jeneral, la atencion es necesaria cuando se quiere caminar bien y seguramente por el sendero estrecho y escabroso de la vida. Ella es tan precisa

(1) Un hombre de talento aconsejaba á un amigo suyo que jamás permitiese que le esperasen, para evitar que en el entretanto el que le esperaba repasase sus defectos. *Aspettare e non venire*, segun los italianos, produce una mortal impaciencia.

en lo físico como en lo moral: la destreza ó finura es el fruto de la atencion; la torpeza desagrada y perjudica, porque nos hace inútiles á nosotros y á los demas. La *desmaña* ó rusticidad nos espone á la risa. El hombre que quiere agradar en el mundo debe atender á no dar ocasion á ser ridículo, porque esto siempre aminora el aprecio y la estimacion. Cuidadoso de sí, el hombre se corrije poco á poco y el hábito hace facil lo que al principio parece dificil ó imposible. Un fátuo, un presumido, un tonto, son incapaces de correjirse.

Estos pormenores, que á muchos parecerán quizá minuciosos y pesados, no deben sinembargo mirarse con neglijencia, cuando se quiere vivir agradablemente en el mundo. Todo lo que contribuye á estrechar mas y mas los vínculos del cariño entre los hombres, no es ciertamente desatendible en manera alguna. Es arrogancia, es altivez y necedad creerse uno dispensado de practicar aquello que puede granjearle la benevolencia, la cual ningun hombre debe tener en menos, sea cual fuere la idea que se forme de sus propios talentos y superioridad.

Entre las cualidades que distinguen á los hombres en el comercio de la vida, y les hacen apreciables, se deben colocar el talento, el buen humor, la alegría, la ciencia, los conocimientos útiles ó agradables, el buen gusto &c.

El talento nos agrada por su actividad; los dichos agudos y repentinos nos sorprehenden, ofreciéndonos nuevas ideas, y presentando á nuestra imajinacion pinturas que nos recrean: podemos definirle la facilidad de penetrar las relaciones de las cosas, y de esplicarlas con gracia. El talento asentado y profundo es el que comprehende con esactitud y precision las cosas. El buen talento es el que entiende la correspondencia que tienen en-

tre sí estas cosas, y en consecuencia obra como conviene: el que posee este talento puede con razon llamarse hombre de bien é ilustrado.

La mayor gloria del talento es conocer la verdad: él solamente es apreciable encuanto es útil; mas en manos de un perverso es un arma cruel y terrible. El talento de un ente sociable debe ser sociable, esto es, contenido por la equidad, la humanidad, la modestia y el temor de ofender; el talento que se hace aborrecible es una verdadera tontería; el temor fue siempre incompatible con el amor; y la estimacion ha sido y será el amor de las cualidades del hombre.

El talento que brilla á costa de los otros es un talento peligroso, capaz de turbar la tranquilidad y dulzura de la vida. Las mas de las tertulias se asemejan á aquellos sacrificios bárbaros en que eran sacrificadas víctimas humanas.

Por no prestar la debida atencion á estas verdades, los hombres de talento perturban y alarman muchas veces la sociedad. La vanidad que les inspira la idea de ser temidos, los persuade que todo les es lícito, que pueden abusar impunemente de sus talentos y hacer que reconozcan los otros la superioridad; seguros de los aplausos de algunos admiradores poco delicados, no los contiene la enemistad de aquellos á quienes ofenden con sátiras mordaces; aplaudidos por los envidiosos y malvados, de que tanto el mundo abunda, suelen preferir locamente su aprobacion á la de los hombres de bien. En fin, por un estraño trastorno de ideas, la palabra *talento* es ya comunmente sinónima de malicia, petulancia, malignidad y locura.

Nada produce mas daños y molestias que la maledicencia, la cruel sátira y el espíritu de censura, talentos funestos, con los cuales muchos hombres pretenden distinguirse. La envidia, los celos,

y sobre todo la vanidad son, como hemos visto, las verdaderas causas de semejante conducta. Se critica á los otros, y se manifiestan y ponderan sus defectos sólo por ostentar su penetracion y su buen gusto; y por conseguir un placer tan futil, se arriesga uno á grangearse un sinnúmero de enemigos. Los indiscretos discursos producen á cada momento ódios inmortales, que tan temibles deben ser á todo hombre racional. Simonides decia que *muchas veces uno se arrepiente de hablar y nunca de callar*. Un hombre se hace mucho mas amable cerrando los ojos á los defectos de los otros, que no apreciable por su prontitud en penetrarlos. *Callad, ó decid algo que valga mas que el silencio.*

El talento, para ser amable, debe estar adornado de bondad; el hombre de bien, con un regular talento, es preferible en el comercio de la vida al de mayor y mas sublime, inficionado de la malignidad. Los grandes talentos son raros; la Sociedad no necesita continuamente de ellos, mas sí de las virtudes sociables. La dulce y apacible injenuidad es preferible al talento é injenio, y los hace mas apreciables cuando los acompaña. Leamos con placer las obras del hombre de talento, y del sabio que nos instruyen ó deleitan; mas vivamos con el hombre honrado y sensible, con cuya bondad podemos siempre contar. Elijamos por amigo al hombre de bien que teme desagradarnos y nos ama; prefirámosle á esos talentos temibles que ofenden y sacrifican á sus amigos con chistes y agudezas. Mas por una ceguedad comun se aprecia y desea mas pasar por hombre de talento que por hombre sensible y virtuoso: mas se quiere ser temible que ser amable en las Sociedades en que todo el mundo está en guerra.

Ningun hombre, cuando no es bueno, es agradable por largo tiempo en el trato de la vida. El

hombre de talento, si es vano ó perverso, borra y disipa el placer que causa con sus escritos, y dispensa al público de su agradecimiento. Un talento dañino no hace bien sino á los envidiosos, mas en cambio aflije á los corazones que lastima, é indigna á las almas justas. No hai monstruo mas temible que un hombre que reune un malvado corazon á un sublime talento.

En la utilidad sola pueden fundarse lejítimamente, como hemos dicho antes, el mérito y la gloria asignadas á los talentos diferentes del alma, á las letras, ciencias y artes, cuyo fin ha de ser sacar de los objetos diversos en que se ocupan, medios de aumentar la suma de la felicidad social, y merecer de este modo el aprecio, el reconocimiento y gratitud del público. La gloria no es mas que la estimacion universal, merecida con talentos que agradan y hacen bien: dañar á sus semejantes, cuyo cariño debe procurar todo hombre, sea cual fuere su superioridad, es obscurecer esta gloria y hacerla dudosa.

A pesar de los preceptos ríjidos y aflictivos de una Moral austera y salvaje, que prescriben que una vida bien regulada debe ser triste y melancólica, nosotros dirémos que el buen jenio, la alegría y apacibilidad son cualidades lisonjeras y laudables en el mundo; y que solamente pueden ofender á los misantropos envidiosos del contento de los otros. Mas esta alegría es vituperable cuando se ejercita de un modo inhumano á costa del bienéstar y tranquilidad de los conciudadanos. ¿No es rara y estraña la alegría que se complace en burlas picantes, en dichos ofensivos, y crueles y mordaces sátiras? ¿El ser sociable ó alegre es ir á un convite á sacrificar una parte de los convidados á la risa de los otros? La malignidad, siempre inquieta y recelosa, ¿puede ser compatible con la verdadera alegría, la

cual nace siempre de una imajinacion risueña, de la seguridad del alma y de la bondad del carácter?

La virtud inspira al ánimo una serenidad constante, y la verdadera alegría es propia y privativa del hombre de bien: para ser franca y pura, debe estar apoyada en una buena conciencia, que es la que produce únicamente la paz, el contento interior y un gozo sereno é imperturbable. La alegría es siempre mas viva en la compañía de personas amigas y de confianza. La presencia de un desconocido, ó de un hombre molesto, basta muchas veces para desconcertar el buen humor, y convertir en tristeza las concurrencias en que uno se prometia el mayor gozo y complacencia. El hombre no está alegre cuando se vé precisado á usar de mucha circunspeccion, ó tiene desconfianza; estas circunstancias impiden al espíritu abrirse y entregarse á una alegre satisfaccion y franqueza. Epicuro decia que *no es tan necesario mirar lo que se come, como á las personas con quienes se come.* Conocer á los hombres con quienes se vive, y hermanar bien á las jentes que se reunen, es un arte dificil y desatendido (1).

El fastidio, la ociosidad y el hastío que comunmente atormentan á las jentes del mundo, hacen que, para tener alguna actividad, necesiten de grandes movimientos y ajitaciones, y de cambiar continuamente de lugar y trato: fatigado el hombre de las personas que vé con frecuencia, espera encontrar en nuevas conexìones nuevos placeres;

---

(1) Plutarco elojia al Filósofo Chilon por no haber querido concurrir á un festin que daba Periandro, sin saber antes quienes eran los convidados: y añade, que el mezclarse indiferentemente entre toda clase de jentes en un banquete, es proceder sin juicio y sin cordura. *Plutarco: Banquete de los siete Sabios.*

siempre engañado en sus esperanzas vé y trata á muchas jentes, y no se une ni estrecha con nadie; enmedio de un torbellino continuo y ajitado ignora las dulzuras de la amistad, de la confianza é intimidad; por un abuso ridículo dejeneran las tertulias en corrillos tumultuarios y confusos, y así puede mui bien decirse que las personas mas favorecidas de la fortuna se valen de su opulencia para infatuarse á sí mismas: así las vemos siempre en movimiento sin jamás gozar de nada: la inquietud las persigue en el seno de los placeres pensando siempre en otros nuevos. Hé aqui ciertamente el porqué la alegría franca y verdadera es tan rara en las mesas de los ricos y grandes: únicamente afanados en ostentar su fausto, reunen combidados, cuyas costumbres, ideas y estados son poco compatibles entre sí. El hastío preside á los convites y festines brillantes y molestos, porque las sociedades mas ilustres y famosas se componen regularmente de combatientes armados, prontos siempre á contradecir y hacer guerra á los deseos y opiniones de los otros. El juego es el vínculo ordinario de las asambleas de esas jentes que nada tienen que decirse de útil ni de agradable.

Por otra parte, como los grandes y ricos por una falsa idea de grandeza tienen, por decirlo así, *casa abierta*, se facilitan al trato de las jentes, cuidando poco de conocer á los que componen su sociedad. Las personas que viven en una disipacion continua, no tienen tiempo para profundizar los caracteres; el apellido, los títulos, los modales esteriores, el arte de divertir, y el lenguaje insípido del gran mundo son todas las cualidades que se requieren para ser recibido en las mejores sociedades: hé aqui porque las vemos frecuentemente compuestas de jentes que ni se aman ni estiman cuando llegan á conocerse, ó por mejor decir, que no se co-

nocen jamas en el fondo y en la realidad. Nada es menos agradable y entretenido que esas sociedades públicas, donde todo hombre prudente se vé precisado á vivir y conducirse con una reserva continua.

La confianza, dice el Duque de la Rochefoucault, *contribuye mas al buen trato que el talento*. La verdadera alegría supone cariño, amistad y entera esencion de temores y sospechas. Envano se buscaria todo esto en las concurrencias y banquetes en que cada uno representa lo que no es, ó donde, ocupado de los intereses de su amor propio, espía el de los otros, los mide y observa, y está mas dispuesto á irritarse ó á ofender, que á dar gusto y placer, ó á contribuir de buena fé á la complacencia y entretenimiento de todos. La vanidad no es alegre; siempre está inquieta, recelosa y reconcentrada en sí misma, y teme descubrirse. La alegría es propia de personas sencillas y buenas que están en libertad, viven cordialmente entre sí, y tienen un placer recíproco en estar unidas. No hai ni puede haber sociedad agradable entre los hombres sin la seguridad de encontrar en sus asociados consideraciones, urbanidad, benevolencia, sinceridad, induljencia y amistad.

El verdadero contento no se ha hecho para las cortes de los Príncipes; el orgullo de la etiqueta debe desterrarle de ellas enteramente, y dar lugar á la reserva y al majestuoso fastidio. El contento igualmente está escluido de las asambleas de los grandes, siempre afanados en sus intrigas y ocultos intereses. Tampoco se encuentra en los festines de la opulencia, que sólo halla placer en su luxô y su fausto; ni en la frecuentacion de ambos sexôs, ni en las cabalas literarias. En fin, sería envano buscarle en la mayor parte de las brillantes tertulias, teatros donde ciertos fieros campeones se ofre-

cen á continuos combates, y donde los actores están siempre enmascarados. Todo el que desea entretenerse y solazarse inocentemente debe, al entrar en una buena sociedad, olvidar y hacer olvidar á los demas su amor propio, sus pequeñeces, títulos y vanas pretensiones.

Nada es menos sociable y alegre que la sociedad desdeñosa, vana y arrogante, que se arroga esclusivamente el título de *buena sociedad*; las personas que la componen son cortesanos de profesion, enemigos unos de otros, que bajo la apariencia de una civilidad afectada encubren unas almas dañadas y perversas: tales son los nobles infatuados de sus prerogativas, siempre prontos á humillar á los otros con sus altivas pretensiones y deseos: tales igualmente las mujeres entregadas á intrigas, maquinaciones, criminales galanterías, y siempre celosas las unas de las otras.

Unos Protéos sin talento y sin carácter, que sólo tienen el fatal arte de prestarse á los caprichos y al lenguaje de la frívola vanidad, son los que pasan por personas del *buen tono*. A los ojos del hombre de bien la *buena sociedad* es la que se compone de jentes honestas, virtuosas y bien unidas. El *buen tono* es aquel que mantiene la armonía social.

Por una justa compensacion, los pobres, el pueblo, los jóvenes, las personas de una mediana fortuna, en una palabra, los que la desdeñosa grandeza y el bello espíritu llaman *jentes vulgares y de mal tono*, hallan el secreto de divertirse y de reir de mejor gana que no tantos entes soberbios, los cuales rara vez saben gozar de la vida. Todo placer es nuevo para la juventud y el hombre laborioso, entre quienes la alegría se muestra sin disfraz y sin miedo: por otra parte el artesano há adquirido con su trabajo el derecho de divertirse y alegrarse, y no el

ocioso y desocupado, que tienen regularmente agotados todos los placeres. En fin, las jentes sencillas viven buenamente entre sí, y en la igualdad disfrutan del contento; en vez de que las personas de un órden elevado llevan consigo á sus partidas y concurrencias las pasiones tristes y ocultas de la envidia, del temor y del fastidio. Lo que se llama el *gran mundo*, se compone por lo comun de jentes que se disgustan y molestan recíprocamente, que las mas veces se detestan, y que sin embargo no pueden vivir unas sin otras.

La verdadera alegría no puede resultar sino es de la bondad del corazon, de la mútua complacencia y contento interior que se causa á los demas: nunca debe confundirse la alegría con la bulliciosa algazara de la intemperancia, ni con la disipacion tumultuaria, ni las borracheras de la disolucion. El hombre de bien es un hombre de gusto que usa de sus placeres con eleccion, decencia y moderacion; y nada encuentra de agradable en los placeres no sazonados por la razon.

El buen gusto es el hábito de conocer prontamente las bellezas ó defectos de las producciones del entendimiento ó de las artes. El hombre de gusto es agradable en sociedad, porque ofrece al espíritu de los otros ideas escojidas, capaces de lisonjear su imajinacion. En la poesía nuestra imajinacion es conmovida y escitada por una feliz eleccion de imájenes, de símiles y circunstancias capaces de fijar agradablemente la atencion. En la pintura el gusto nos complace, porque reune las actitudes, situaciones y modos que nos causan una impresion viva y agradable.

El gusto moral, lo mismo que el que tiene las artes por objeto, es el hábito de penetrar y conocer sana y prontamente las bellezas y defectos, lo que conviene ó no en las acciones humanas; es

decir, de conocer los grados de estimacion ó vituperio que merece la conducta del hombre. Este gusto es fruto de la razon, de la esperiencia y reflexîon. En lo moral, un hombre de gusto es un hombre de un tacto fino y esperimentado, que juzga con facilidad lo que merece aprobacion ó desprecio: de donde se infiere que lo que muchos moralistas han llamado instinto moral, lejos de ser una facultad *innata*, es una disposicion adquirida y mui rara.

En consecuencia sólo el hombre de bien, sociable y virtuoso es el que posee un buen talento, la ciencia verdaderamente útil, la verdadera alegría, y en fin, un gusto delicado y seguro en las cosas mas interesantes de la vida (1). Los perversos y viciosos son realmente hombres sin juicio, sin talento ni gusto, que pasan en la sociedad una vida inquieta y turbulenta, sin gozar en ella de los puros placeres, reservados á la sabiduría. En una palabra, todo nos prueba, que si la felicidad puede ser atributo del hombre, toca esclusivamente al virtuoso, que siempre vive contento de sí mismo, y puede lisonjearse de complacer y agradar á sus semejantes.

(1) Algunos antiguos Filósofos de la secta académica han reconocido una ligazon y conformidad entre el gusto de lo bello fisico, y lo bello moral, y entre el amor del órden fisico y el amor de la virtud. Efectivamente, uno y otro dependen de la finura de los órganos, la cual constituye la sensibilidad. Debe presumirse, por lo comun, que el hombre que desatiende y descuida el órden en las cosas esteriores, ó es insensible á las bellezas fisicas, no tiene una cabeza bien organizada. Todo en la naturaleza está ligado con imperceptibles eslabones. Es mui dificil que el buen gusto subsista bajo un gobierno despótico.

CAPÍTULO VIII.

De la Felicidad.

La Moral, como hémos debido convencernos, es el arte de hacer al hombre felíz por medio del conocimiento y práctica de sus deberes. "No son, dice »Marco-Aurelio (1), ni la elocuencia, ni las riquezas, »ni los placeres, ni la gloria las que hacen felíz al »hombre, sino sus acciones. Para que éstas sean »buenas, es menester conocer el bien y el mal: es »menester saber para que ha nacido el hombre, y »cuales son sus deberes. . . . Ser felíz es formarse »uno á sí mismo una suerte agradable, la cual con»siste en las buenas disposiciones del alma, en la »práctica del bien, en el amor de la virtud (2)."

La felicidad es un estado constante é inalterable, que no se puede hallar ni en lo que se desea, ni en lo que nos falta, sino en lo que se posee. Los

(1) Véanse las reflexîones morales del Emperador Marco-Antonio, lib. 8. §. 1.

(2) Aristóteles, en sus libros morales dirijidos á Nicomaco, dice que *ser felíz, bien obrar, y vivir bien son una sola y misma cosa... que lo bueno, lo honesto y lo agradable están estrechamente unidos sin poder jamas hallarse separados.* Ciceron ha dicho que *la vida felíz y dichosa es el objeto único de toda la Filosofia. Omni summa philosophiæ ad beatè vivendum refertur.* Cicero, lib. 2. de Finibus. Inútil sería el hablar á los hombres de moral y virtud, si de ellas no les resultase el mayor bien: una virtud enteramente *gratuita* es una quimera poco seductora para los que apetecen y desean la felicidad por impulso constante de su naturaleza. Platon define al filósofo *el amigo de la naturaleza, y pariente de la verdad.* Segun Aristóteles (lib. 1 cap. 1. de su moral) *todo arte y toda ciencia, como toda accion y proyecto, deben tener algun bien por objeto.*

placeres son unas dichas momentáneas, que no producen la continuacion y permanencia necesarias á la felicidad: así los dones de la fortuna, la gloria, las ventajas que dá la preocupacion, como que dependen del capricho de la suerte, ó del arbitrio de los hombres, no pueden dar al espíritu aquella consistencia de que depende su felicidad, ni desterrar las inquietudes que pueden perturbarle. Los placeres de los sentidos son todavia menos capaces de suministrarnos el contento y la seguridad del alma; por multiplicados que sean, siempre se debilitan prontamente, dejandonos sumerjiidos en la molesta languidez del fastidio. En una palabra, los objetos esteriores no pueden dar al hombre una felicidad continua, lo cual es imposible tanto por la naturaleza del hombre como por la de las cosas (1).

En sí mismo, pues, debe el hombre establecer una felicidad inalterable; y la virtud sola puede producir en él, no una insensibilidad melancolica y perjudicial, sino una actividad arreglada que ocupe agradablemente el espíritu sin fatigarle ó causarle disgusto. Siendo la virtud una disposicion habitual de contribuir al bienestar de nuestros semejantes, y el hombre virtuoso el que pone en práctica, y ejercita esta disposicion, se infiere que el hombre sociable no puede disfrutar una felicidad solitaria, y que su dicha depende del bien que hace á los otros.

Un poeta antiguo ha dicho con razon que *el hombre de bien dobla los dias de su vida, porque es vivir dos veces gozar de la vida pasada.* ¡Qué cosa

(1) Plutarco dice que no los objetos esteriores, sino el natural y las costumbres del hombre bien arregladas en su interior son el manantial vivo, y la fuente perenne de donde dimana todo el placer y el contento. *De virt. et vit.*

mas satisfactoria que vivir sin remordimiento, poder á cada instante repasar en su memoria el bien que se ha hecho á sus semejantes, y no hallar en su conducta sino objetos agradables de qué aplaudirse! Toda la vida del hombre virtuoso y benéfico es para él una serie de imájenes deliciosas y risueñas pinturas. "Cuando se ha cultivado la razon, »dice Ciceron, durante el curso de la vida, se en»cuentran maravillosos frutos en la vejez, y no »sólo estos frutos están siempre presentes hasta el »último momento de la exîstencia (lo cual es siem»pre mucho por sí sólo) sino que ván acompaña»dos de una alegría perpetua, que produce el tes»timonio de una buena conciencia y la memoria »de todos los bienes que hémos hecho (1).» Diógenes decia que *para el hombre de bien todos los dias son de alegría* y *regocijo.*

Procurar al hombre una felicidad durable que nada pueda alterar, y unir esta felicidad con la de aquellos con quienes vive, hé aquí el problema en que debe ocuparse la moral, y que se ha intentado resolver en esta obra. Nuestro designio ha sido probar que la verdadera felicidad consiste en el testimonio invariable de una buena conciencia, juez incorruptible establecido de continuo dentro de nosotros para aplaudirnos del bien que hacemos, y cuyos decretos son confirmados por aquellos sobre quienes influyen nuestras acciones. *No hai,* dice Ciceron, *un teatro mayor para la virtud que*

(1) *Exercitationes virtutum, quæ in omni ætate cultæ cum multùm diùque vixeris, mirificos offerunt fructus non solum quia nunquam deserunt, ne in extremo quidem tempore ætatis, quamquam id maximum est, verum etiam quia conscientia benè actæ vitæ, multorum benefactorum recordatio, jucundissima est.* Cicero, de Senectute, cap. 3.

la concencia (1). Quintiliano ha dicho despues que *la conciencia vale por mil testigos.* (2)

¿Qué poder sobre la tierra puede privar al hombre de bien del placer siempre nuevo de entrar satisfecho en su interior, de contemplar en él pacíficamente la armonía de su corazon, de sentir la reaccion de los corazones de sus semejantes y de ver el amor y el aprecio de sí mismo confirmados por los otros? Tal es la felicidad que la moral propone á todos los hombres y en todos los estados de la vida; y á este bienestar permanente los aconseja que sacrifiquen sus ciegas pasiones, indiscretos caprichos y momentáneos placeres.

La moral, para tener una base invariable, debe establecerse sobre un principio evidentemente comun á todas las criaturas de la especie humana, inherente á su naturaleza, y movil único de todas sus acciones. Este principio, como se ha hecho ver en otra parte, es el deseo de conservarse, de tener una exîstencia felíz, de hallarse bien en todos los momentos de nuestra permanencia sobre la tierra: este deseo siempre presente, siempre activo y constante en el hombre, es el que se designa con el nombre de *amor de sí mismo*, de *interés*.

La moral, para ser persuasiva, en vez de destruir ó sofocar este amor ó interés, inseparable de nosotros y necesario á nuestra conservacion, debe guiarle, ilustrarle y robustecerle, porque faltaria á su objeto, si intentase impedir al hombre que se amase, que buscase su felicidad, y trabajase sobre sus intereses: antes bien ella debe mostrarle el modo con que debe amarse un ente racional y socia-

(1) *Nullum virtuti theatrum conscientia majus est.* Tuscul. 2. §. 26.

(2) *Conscientia mille testes.* Institut. Orator. lib. 5. cap. 11. n. 41. Edit. Gesner.

ble, cómo conservarse, cómo merecer el aprecio y cariño de los otros: le enseñará cuales son los intereses á que debe dar oidos, y le hará distinguirlos de aquellos que debe sacrificar á intereses mas preciosos y sólidos. La moral es el arte de amarse verdaderamente el hombre á sí, viviendo con los hombres; la razon es el conocimiento del camino que conduce á la felicidad.

Por falta de reflexîon tienen los hombres la mayor dificultad y trabajo en conocer la ligazon de su interés personal con el interés jeneral de los que le rodean. Esta ignorancia de nuestras relaciones trae consigo la ignorancia de todos los deberes de la vida. En el seno de las sociedades no se ven sino hombres solitarios, á quienes no se los puede hacer concebir que se hacen odiosos y miserables en separar sus intereses del de los otros hombres necesarios á su felicidad. En consecuencia de esta ignorancia, el tirano no tiene intereses algunos comunes con su pueblo á quien teme, y para quien es un objeto de horror. Los grandes se avergüenzan de confundir sus intereses con los del sencillo ciudadano á quien desprecian. Los majistrados, envanecidos con su autoridad judiciaria, sólo se ocupan en los fútiles intereses de su vanidad. Los ministros de la relijion, contentos con los derechos que han recibido del cielo, desdeñan emplearse en los fútiles intereses del resto de los mortales. Los militares, pagados y favorecidos por el Príncipe, nada tienen que los apegue y aficione á sus conciudadanos. Autorizado por la ley, el marido apenas se interesa en contribuir á la felicidad de su mujer; esta, por su parte, cree que nada debe al déspota que la desatiende ó que la ultraja. El padre, dominado de su avaricia ó de sus placeres, olvida que es deudor de la educacion y bienestar á unos hijos que por su abandono ó sus

rigores le desean la muerte. Los amos altivos y orgullosos tratan con dureza á sus criados, formando de ellos crueles enemigos. En fin, son mui raros los amigos sinceros y constantes, porque la sociedad está llena de hombres indiferentes que viven solitarios, ó que se hacen una continua guerra. De esta infeliz division de intereses nacen los males públicos y particulares, las discordias, los robos, traiciones y perfidias, de que las sociedades civiles y domésticas son continuos teatros.

Hé aquí, sin duda, el porqué tantos moralistas han mirado con mucha razon el amor ciego de sí mismo, y el interés personal como una disposicion odiosa y despreciable, sobre la cual sería imprudente y peligroso el fundar la moral. Hé aquí el porqué ciertos filósofos han pretendido que la virtud consistia en una lucha continua con una naturaleza esencialmente depravada. Asi han creido que decir al hombre que se amase á sí mismo era escitarle á un amor esclusivo sin consideracion alguna al de los otros. En una palabra, han presumido que establecer los deberes de la moral en el amor de sí mismo, era soltar la rienda á todas las pasiones sujeridas por una naturaleza ciega é irracional.

Los Moralistas que estimulan á los hombres á seguir sus pasiones, se asemejan á los médicos que permiten á sus enfermos incurables satisfacer sus dañosos caprichos. Si algunos Sofistas imprudentes han pretendido que el hombre, amándose á sí mismo, siguiendo su naturaleza y consultando su interés, podia impunemente entregarse á sus pasiones, ellos se han engañado grosera y torpemente. La Medicina, con la Moral, bastaría á convencerlos que el que se ama verdaderamente, y procura una vida agradable, debe, por su mismo interés, resistir fuertemente á las inclinaciones claramente peligrosas.

¿Será amarse á sí mismo no oponer remedios contra la fiebre ardiente que producen los escesos de la intemperancia, los ardores impúdicos, los impetus de la cólera, las mordeduras de la envidia, los delirios de la ambicion, los furores del juego, y las congojas de la avaricia? ¿Será amarse verdaderamente á sí mismo, separar su corazon de los hombres con quienes nuestro interés y necesidades nos ligan, y sin cuya estimacion y cariño la vida sería desagradable? El Egoista reconcentrado en sí mismo ¿podrá acaso lisonjearse de que alguno se interese sinceramente en su suerte? El que sólo se ama á sí mismo no es amado de nadie.

Yo no puedo, dice Marco-Aurelio, *apreciar una felicidad que sólo se ha hecho para mí.* Un sér sociable no puede hacerse felíz por sí sólo; ha menester de los demas hombres, y tiene necesidad de comunicarles el bienéstar de qué su alma disfruta y comparte con ellos. Con mucha razon ha dicho uno: *Si quereis ser felíz enteramente solo, jamás lo conseguiréis; todo el mundo os disputará vuestra felicidad: si quereis que el mundo sea felíz juntamente con vos, cada cual os ayudará á serlo: si quereis ser felíz con seguridad, es menester serlo con inocencia, porque no hai felicidad cierta y constante sino la de la virtud* (1).

Aristóteles compara al hombre virtuoso con un buen músico que escucha con placer los sonidos armónicos del instrumento que toca, y que se complace y deleita aun cuando se halle enteramente solo. El hombre de bien es el único que sabe el modo de amarse á sí mismo, el que conoce su verdadero interés y distingue los impulsos de la natu-

---

(1) *Letre d' une mère à son fils sur la vraie gloire.* Tom. 2. Du recueil du R. P. Desmolets, pág. 295. 296.

raleza que debe seguir ó refrenar; en fin, él solo tiene un amor propio lejítimo y un derecho fundado sobre su propia estimacion, porque le tiene á la estimacion de los otros. No condenemos, pues, éste justo deseo: no le confundamos con el orgullo y vanidad. Ningun hombre puede ser estimado de los otros, si no se respeta á sí mismo. La renuncia de la estimacion pública es un manantial fecundo de vicios y de crímenes. La conciencia, ó el conocimiento de su propio valor, no es vituperable, sino cuando es injusta, ó desatiende el valor de los demas. "El amor á la buena opinion es alma de la »Sociedad, y une á los unos con los otros. Yo ne»cesito de vuestra aprobacion, vosotros de la mia.... »Tan honesto es ser uno orgulloso consigo, como »el serlo con los otros (1)."

Privado por la injusticia del lugar que sabe que merece, el hombre de bien no se envilece por ésto, ni deja de apreciarse á sí mismo, sino que conoce su propia dignidad, y le consuela la justicia de sus derechos. Su felicidad está en sí, y allí la encuentra siempre. El corazon del hombre de bien es un asilo en que goza de una felicidad inmutable y segura.

Esta felicidad no es ideal y quimérica; es verdadera, y su exîstencia es demostrada para todo hombre que se complazca en entrar algunas veces dentro de sí: ¿Hai un mortal sobre la tierra que no se lisonjee siempre que ha hecho una accion virtuosa? ¿Quien no ha sentido dilatarse su corazon al consolar á un infeliz? ¿Quien no ha contemplado con satisfaccion la imajen de la felicidad impresa en el rostro de los que ha socorrido con sus beneficios? ¿Hai alguno que no se haya dado el parabien

(1) Ibidem, págin. 296. y 311.

de su jenerosidad, aun cuando la ingratitud le haya reusado el premio del agradecimiento? En fin, ¿hai algun hombre que no haya esperimentado un efecto de complacencia, un duplicado cariño de sí mismo, cuando ha hecho algun sacrificio á la virtud? Al contemplar entónces la elacion de su alma, ¿no es mucho mas dichoso que un héroe que repasa en su imajinacion sus victorias? *El sabio*, dice Horacio, *sólo á Júpiter reconoce por superior; él es rico, libre, bello, colmado de honores, y en suma, superior á los Reyes* (1). Mario ¿no se hallaba contento enmedio de sus desgracias, cuando un Romano le vió sentado sobre las ruinas de Cartágo?

No se diga, pues, que la virtud exîje dolorosos sacrificios. La justa estimacion de sí mismo, los aplausos lejítimos de la conciencia y la idea de su grandeza y dignidad ¿no son por sí mismas recompensas bastante grandes para indemnizar al hombre de bien de las vanidades, fruslerías y fútiles ventajas que sacrifica al placer de ser constantemente estimado de sí mismo y de los otros?

Los motivos naturales del amor propio y del interés bien entendido ¿no son mas ciertos, poderosos y dignos del hombre de bien, que los motivos imajinarios de una Moral entusiasta, siempre admirada y jamas puesta en práctica? ¿Se necesita mas para escitar á los hombres á la virtud, que hacerles conocer que el aprecio, el cariño, la ternura y felicidad interior la acompañan? Para inspirarles el horror al vicio ¿qué motivos hai ni mas poderosos ni urjentes que los remordimientos, las enfermedades y las innumerables desgracias é infelicidades con

(1) *Ad summam sapiens uno minor est Jove: dives*
Liber, honoratus, pulcher, rex denique regum.
Horat. Epist. 1. lib. 1. vers. 106. y 107.

que la Naturaleza, á falta de leyes, castiga cierta é infaliblemente los estravios de los pueblos y de los individuos?

Por grande que sea la depravacion de las costumbres, ¿hai una sóla virtud que no sea aplaudida y respetada por los mismos malvados? ¿Hai un vicio que en otros no les parezca incómodo y aborrecible? El dictamen conforme de todos los hombres de la tierra, buenos ó malos, prudentes ó insensatos, justos ó injustos, clama á gritos que la virtud es el supremo bien, y el vicio un mal aborrecido de todos. Todos los vicios son enemigos entre sí: la Sociedad de los malvados se compone de miembros que se incomodan unos á otros de continuo.

¿Podrá decirse que los decretos con que la Naturaleza premia la virtud y castiga á los transgresores de la Moral, son suposiciones imajinarias? ¿no los vemos ejecutados á nuestra vista del modo mas claro y evidente? Segun estos decretos irrevocables vémos á los pueblos justos y pacíficos gozar en dulce tranquilidad de prosperidad envidiable; mientras los ambiciosos espían con largas miserias los males que se hacen á sí mismos y á otros. Vémos á los Soberanos rectos y vijilantes gustar el dulce placer de ser amados de súbditos felices; al paso que miramos á los tiranos trémulos y ajitados sobre las ruinas de las naciones desoladas. Vémos á los grandes y ricos benéficos disfrutar del respeto y amor de aquellos á quienes proteje su poder ó consuelan sus beneficios; cuando el odioso cortesano no halla otro consuelo del aborrecimiento público que su insolente vanidad, ó cuando unos codiciosos herederos esperan con impaciencia la muerte del avaro que los retarda su posesion y goce. Vémos reinar la abundancia y concordia entre los esposos virtuosos y en casa del padre de familia frugal y benéfico; siendo así que no hallamos mas que divisiones y de-

sórdenes entre esos esposos mal avenidos y jefes de familias que desconocen todo orden y economía. Vémos, en fin, las buenas costumbres, la templanza y la virtud recompensadas con la salud, el vigor y la estimacion pública; y la disolucion cruelmente castigada con largas enfermedades, y con el universal desprecio. *Los malvados*, dice Plutarco, *no necesitan del castigo de Dios ni de los hombres; porque su vida corrompida y atormentada es para ellos un castigo continuo.*

No se diga, pues, que la Naturaleza no tiene recompensas suficientes para los observadores de sus leyes, ni penas para los que las violan. No hai sobre la tierra virtud que no tenga su premio, ni vicios y locuras que no sean severamente castigadas. La Moral es la ciencia de la felicidad para todos los hombres, ya se los considere en su totalidad, ya divididos en Sociedades particulares, en alianzas ó en familias, ó ya, en fin, con relacion al bienestar de los individuos.

La felicidad de los pueblos depende de una sabia política, la cual, como hemos probado, no es mas que la Moral aplicada al gobierno de los imperios. Un gobierno justo hace felices á los pueblos: ninguno bajo él siente el azote de la opresion; allí cada uno trabaja en paz para su subsistencia y la de su familia; la tierra, bien cultivada, produce la abundancia; la industria, desembarazada de las cadenas del cruel esactor, toma un libre vuelo; el comercio florece en el seno de la libertad; y la poblacion crece siempre á proporcion de la abundancia y la facilidad de subsistir. Una patria, que hace á sus hijos felices, halla en ellos defensores valientes, prontos á sacrificar sus vidas y sus haciendas por la felicidad pública, de que participa cada uno de los ciudadanos.

La felicidad de los Reyes depende de su fideli-

dad en cumplir con los deberes de su estado. Un Príncipe firmemente adicto á la justicia, la hace reinar sobre su pueblo; este mira á su jefe como á un dios tutelar, como al autor de todos los beneficios que disfruta; protejido por su beneficencia, el súbdito trabaja con ardor para sí y para su Rey, cuyos designios sabe que tienen siempre el bien jeneral por objeto. ¿Qué falta, pues, á la gloria, al poder, á la seguridad y al contento de un Soberano que vé en todos sus súbditos unos hijos reunidos en intereses con él, y prontos á emprenderlo todo para contribuir á la felicidad de una familia, cuyo jefe ha sabido ganarse todos los corazones? ¿Hai sobre la tierra felicidad mayor que la de un Monarca, á quien sus virtudes dan derecho al tierno y filial cariño de su pueblo, á la veneracion de sus vecinos, y á la admiracion de la mas remota posteridad? La felicidad de un buen Rey es la mayor de las felicidades, porque puede hacer un gran número de felices.

La felicidad de los grandes y ricos consiste en la facultad de alargar una mano piadosa y benéfica á los que se ven afiijidos; esta felicidad es nula para ellos cuando no hacen de su poder el uso que pudiera hacerlos felices. El crédito, el poder y las riquezas son nada, si en nada contribuyen á la felicidad de los que poseen estos bienes; y para que contribuyan á esta felicidad es menester que hagan á otros felices.

La felicidad de las familias pende de la puntualidad de sus jefes en el cumplimiento de sus obligaciones; los esposos bien unidos, observándolos con esactitud, concurren á educar bien á sus hijos, los cuales serán un dia apoyos y consoladores de su vejez: sus ejemplos y beneficios identifican con su familia á los criados fieles, que por este medio se transforman en amigos y cooperadores de sus empresas.

Pocos hombres, dice Plutarco, *son llamados para gobernar ciudades é imperios; mas cada cual está obligado á gobernar sabia y prudentemente su familia y su casa.*

La felicidad del pobre, á quien á pesar de sus rigores la Naturaleza no le ha privado de ella, consiste en los medios de subsistir con un moderado trabajo; este trabajo, el cual le parece un mal tan grande á la ociosa opulencia, es para él un bien real y verdadero; el hábito se le hace facil; la necesidad se le hace gustoso; y le exîme de la multitud de enfermedades, deseos, necesidades é inquietudes que molestan y fatigan al rico. El pobre ¿no es ciertamente mas feliz que el déspota, ó que el tirano perseguido siempre del terror hasta en lo interior de su serrallo? Gijes, Rei de Lydia, embriagado de su poder y sus riquezas, consultó al Oráculo para saber si exîstia en el mundo un mortal mas feliz; y el Oráculo le dijo, que un labrador de Arcadia (1).

La felicidad del sabio y del literato consiste en el goce de los conocimientos útiles de que su alma se halla enriquecida: el estudio es para ellos un placer habitual que los preserva de las quimeras, que son objeto del amor del vulgo corrompido. Ademas una vida agradablemente ocupada los dispensa de recurrir á los vicios y locuras infinitas, que son los recursos ordinarios de los que no han cultivado su espíritu. Nada iguala á los placeres que el retiro produce al que ha contraido el habito de conversar consigo; nada falta á su felicidad y á la consideracion merecida por sus talentos, si posee con ellas un alma virtuosa, sin la cual pierden los talentos su valor. Los estudios del sabio y los frutos de sus

---

(1) *Valer. Max. Memorabil.* lib. 7. cap. 1. art. 2.

meditaciones deben mostrarse en sus costumbres: los mas instruidos de los hombres deben ser los mas humanos, los mejores y mas honestos; de este modo gozarán del respeto y la gloria, en que colocan toda su felicidad. Menandro ha dicho que "las »costumbres del que nos habla nos persuaden mas »que sus razonamientos."

En fin, la felicidad del hombre que vive en el mundo consiste en gozar de los placeres inmensos que la Sociedad le presenta; en merecer por su complacencia, atenciones y miramientos la benevolencia y respeto de las personas que el destino le acerca; en gustar con un pequeño número de amigos escojidos las dulzuras de la confianza; en practicar dentro de su esfera los deberes de su estado; en complacer á los otros, á fin de lograr el contento, que fue y será siempre la recompensa de la virtud. La ignorancia y el menosprecio de las reglas de la Moral son las causas de la mayor parte de las desgracias de la tierra. Por todas partes se ven hombres discordes y divididos entre sí por el interés personal mal combinado, y casi enteramente estranjeros unos para otros formar asociaciones, no para hacer recíprocamente dulce y agradable la vida, sino para dañarse de mas cerca y atormentarse de continuo. Estos ciegos mortales pueden ser comparados á unos viajantes que yendo por un camino frecuentado, echasen á correr sin reparar en los que iban delante, detras y al lado dellos. De semejantes disposiciones resulta un descontento jeneral, porque ninguno entonces se halla contento con sus compañeros de viaje ni consigo.

Las desgracias que produce el desprecio de la Moral, las sienten igualmente las Sociedades y los individuos. Las naciones para quienes una falsa política ha forjado un código fundado en ciegos intereses, pero contrario á la justicia y la virtud, fue-

ron y serán perpetuamente víctimas de su perversidad. ¿Por qué vemos pueblos enriquecidos con el comercio, que disfrutan de un buen gobierno, de libertad, y poseen grandes dominios, y sinembargo se hallan siempre codiciosos, inquietos, descontentos y atormentados de movimientos convulsivos? Esto consiste en que de nada se goza sin virtud; en que todo se convierte en veneno para los hombres sin costumbres, que no pueden menos de abusar de los bienes mas preciosos. Bajo de una gordura engañosa las naciones corrompidas ocultan muchas veces las mas crueles enfermedades.

¿Por qué los Príncipes mas poderosos, á cuya felicidad nada deberia faltar, pasan sus tristes dias en sobresaltos ó en las penalidades del fastidio? Es porque, imbuidos desde su infancia de las maxîmas de la adulacion, se imajinan que nada deben á los otros hombres; porque se figuran unas divinidades hechas sólo para recibir inciensos y homenajes de los envilecidos mortales. ¡Desgraciados! ¡pues no conocen otro placer que el de ser temidos, é ignoran la dulce satisfaccion de ser amados! Ciegos y ofuscados, no conocen que un Príncipe no es verdaderamente feliz sino á la cabeza de un feliz y dichoso pueblo. ¿Qué movil puede obrar en el corazon de un Monarca, que es insensible á la felicidad de ser amado de sus súbditos?

Ensoberbecidos desde la cuna, ó criados en la ignorancia de sus deberes, los grandes y ricos no saben que la facultad de hacer bien es el único y lejítimo orijen de las distinciones establecidas entre los hombres. Sumerjidos en una fastidiosa molicie, embriagados con vanos entretenimientos, negados á los placeres del alma, é insensibles al amor de sus inferiores, gozan sólo idealmente de una grandeza temible y odiosa á los demas por su orgullo y altivez. Raras veces se vé la serenidad ó la pura

alegría reinar en los corazones de aquellos á quienes el vulgo tiene por felices y dichosos. Los aguijones secretos de la vanidad y los lentos suplicios del fastidio vengan cruelmente al pobre de los que le desprecian y oprimen.

Perpetuamente ultrajado con las vejaciones y desprecios de los poderosos, el hombre vulgar ha de ser forzosamente áspero, brutal y corrompido, porque jime en la miseria, y á cada paso hace una triste comparacion de su estado aflijido y penoso con el de tantos holgazanes, á los que tiene por afortunados. Asiqué imita encuanto puede sus vanidades y caprichos, y no consigue mas que aumentar sus desgracias. Por lo comun, negados á la razon y la Moral, el hombre de pueblo y el pobre siguen ciegamente los impulsos de su inculta naturaleza, y buscan muchas veces en el vicio ó el crímen la felicidad que les niegan sus superiores. Los ricos y grandes son, como hemos dicho antes, la causa orijinaria de todos los vicios y desordenes de los pobres.

Por no llegar á conocer los verdaderos principios de la Moral, ó los medios de conseguir el fin que todo hombre debe proponerse en esta vida, las familias se componen regularmente de infelices. No se ven en ellas mas que esposos que se aborrecen, empeñados únicamente en hacerse la vida insoportable; padres tiranos; madres locas y disipadas; hijos corrompidos con funestos ejemplos; parientes en continuas quejas y disputas; amos imperiosos y duros; y criados, en fin, sin apego ni probidad. Todos estos diferentes asociados se reunen, al parecer, para trabajar de continuo en hacerse infelices.

En el comercio del mundo, cada uno, por inadvertencia ó locura, parece que renuncia al cariño, la estimacion y consideraciones, que sinembargo son el objeto de sus mas ardientes deseos. Una presuntuosa vanidad, unos modales ofensivos, un

orgullo inflexible y una contínua envidia destierran del trato de las jentes, destinado al júbilo y contento, la verdadera alegría, la sincera amistad y la cordial union, que son las únicas que pueden producir los placeres de la vida. Al ver la conducta de muchas personas pudiera decirse que se unen para darse motivos de odiarse y aflijirse mútuamente.

Sería cerrar los ojos á la esperiencia no reconocer las influencias del vicio ó mal moral sobre lo físico de los hombres. ¡Cuantas naciones y paises florecientes han sido destruidos y asolados por la ignorancia, los vicios y la neglijencia de los Reyes! Envano la Naturaleza ha hecho fértiles muchos vastos imperios, cuando los Soberanos ignorantes y corrompidos se empeñan en convertirlos en desiertos; la ambicion siempre cruel y la vanidad dispendiosa de los Príncipes despojan y hacen perecer sin piedad á los pueblos sacrificándolos á sus ciegos caprichos: estos déspotas fieros se sorprenden despues al no encontrar en sus Estados mas que una soledad horrorosa, y súbditos incapaces de suministrarles los contínuos socorros que les piden. Mas las necesidades continuas de una Corte codiciosa y corrompida han aniquilado la agricultura, destruido el comercio, estancado y deprimido las manufacturas, y puesto mil estorvos é impedimentos al trabajo é industria de los ciudadanos, que han sido entregados á las vejaciones de los Grandes, ó á las estorsiones injeniosas de los esactores de las rentas públicas, sedientos siempre de la sangre de los pueblos. De este modo la neglijencia, las pasiones y los vicios de los poderosos son una maldicion sobre la tierra; ellos la hacen estéril, condenando al infortunio, al hambre, al contajio y á la muerte á los que pudieran y debieran cultivarla con fruto.

Á mas de estos efectos jenerales y evidentes que

el vicio ó desprecio de la Moral causa en una nacion, ¿quien puede dudar de los que causa en los particulares? ¿Cuántas enfermedades se contraen por los fatales hábitos de la disolucion, la destemplanza, la ociosidad y el escesivo afan en ir tras los placeres? Á estas causas, que destruyen diariamente la salud y exîstencia de una multitud de imprudentes, hai que añadir el cruel tedio, las penalidades del alma, los achaques, las pesadumbres, y los remordimientos y contínuos disgustos que consumen poco á poco los cuerpos, y conducen insensiblemente los hombres al sepulcro. El suicidio, efecto horroroso y terrible de una larga y profunda melancolía, ó de un delirio repentino, no es raro en los pueblos corompidos. Unos Sybaritas debilitados por el luxô y el vicio no tienen fortaleza para tolerar los golpes del destino.

Hé aquí como la Moral influye sobre lo fisico; hé aquí como por la falta de razon y virtud tantos hombres viven, al parecer, sobre la tierra para sufrir y hacer infelices á otros. Por una ley constante de la Naturaleza ningun hombre en la vida social es tan fuerte y robusto como necesita, sin la reunion de sus asociados; ninguno consigue aprecio y estimacion siendo inútil; ninguno puede ser amado sino es haciendo bien á los demas; ninguno ser felíz, sino es haciendo á otros felices; en fin ninguno puede gozar de la paz del corazon, del contento interior, de la tranquilidad constante, tan favorable á la conservacion de su exîstencia, sino dándose á sí propio testimonio de que ha cumplido fielmente los deberes de la Moral en el puesto que ocupa entre los hombres. La Moral, es preciso repetirlo, es el solo camino que conduce à la felicidad verdadera: y como influye en lo fisico, el solo aspecto del hombre de bien anuncia el reposo que disfruta.

Vemos, pues, que la felicidad no es propia esclusivamente de estado alguno. La Naturaleza convida igualmente á todos sus hijos á trabajar para obtenerla; mas en cualquiera situacion que se encuentren, la felicidad es inseparable de la virtud. Asiqué nada es mas infundado que las vanas declamaciones de una melancólica filosofia que condena indistintamente los honores, las dignidades, las riquezas y el deseo de gloria, prohibiéndoselas á los que aspiran á la verdadera sabiduría. ¿Hai cosa alguna mas apetecible para los pueblos que ver la virtud sobre el trono trabajando igualmente en la felicidad comun de Soberanos y de súbditos? ¡Cuán felices serían los hombres, si aquellos que cerca de los Reyes gozan de poder y autoridad, quisiesen usar de ella en hacerse famosos por su vijilancia en cumplir con sus augustas funciones! El rico ¿no sería un ciudadano respetable si, en vez de disipar sus tesoros sin provecho propio, los emplease en reanimar la desalentada y abatida indijencia, remediar las desgracias públicas, y fomentar la industria? En fin, esta gloria que se llama un vano y fugaz humo ¿no es un objeto real y apetecible, puestoque es el aprecio y estimacion universal, que estimulan al talento á contribuir al bienéstar y á los deleites de la vida?

No démos nunca oidos á los consejos fanáticos de una moral feroz que se empeña vanamente en fundar la perfeccion y la felicidad suprema en una apatía insociable y una indiferencia absoluta con el jénero humano. Toda Moral que se proponga separar de los otros al hombre, reconcentrarle en sí, y aniquilar su union con aquellos entre quienes le puso la Naturaleza, es una Moral dictada por la misantropía, vana é ineficaz enteramente para las criaturas sociables. ¿Podrá ser virtuoso el que rompiere todos los vínculos que le unen á sus semejantes? ¿Qué son las virtudes que no tienen por objeto al

jénero humano? ¿Qué estimacion ni amor deben los hombres á unos salvajes espantosos, que van á sepultarse en los desiertos para no ser útiles á nadie? ¿Es trabajar en beneficio de la felicidad del hombre en Sociedad, aconsejarle que se vaya á los bosques y renuncie á las inumerables ventajas que la vida social produce? El salvaje ¿es verdaderamente felíz? ¿En qué puede consistir la felicidad maravillosa de un hombre que vive con las bestias, ocupado perpetuamente en disputar con ellas su alimento, espuesto á la inclemencia de las estaciones, y privado de los recursos, comodidades, luces y ausilios que la Sociedad suministra á sus miembros? El salvaje ¿es verdaderamente virtuoso? ¿Puede llamarse virtud no amar ni desear lo que no se conoce? En fin, ¿hallamos acaso que en las tribus salvajes, derramadas todavía en el nuevo mundo, unas virtudes verdaderas reemplacen los vicios que las naciones populosas y civilizadas comunican á sus ciudadanos? ¡No, sin duda! Si estos salvajes están esentos de la sed del oro, de las necesidades inmoderadas del luxô, de las cadenas del despotismo, y de todos los demas inconvenientes del gran mundo, los vemos hacer un uso horrible de su libertad natural, ó mas bien de su locura para matarse unos á otros; ellos por los mas leves y lijeros motivos se arman y encarnizan contra sus vecinos; ejercen con los cautivos crueldades que horrorizan á la naturaleza; tratan á sus mujeres con una ferocidad irritante; sus mismos hijos no están seguros de sus repentinos furores; en lugar de los vicios que ajitan á las naciones civilizadas, hallarémos que las tribus salvajes tienen una crueldad, una sed de venganza, y una injusticia que á ningun freno se sujeta. Hombres semejantes, ¿pueden ser modelos de virtud? Su deplorable jénero de vida, ¿anuncia felicidad alguna? Su franqueza misma manifiesta su indómito temperamento; sus virtudes son por lo comun crímenes; su inocencia una grosera ignorancia de lo que constituye la felicidad de la vida (1).

Vivamos, pues, con los hombres: cerrémos los ojos á sus defectos: procurémos hacerles bien: y no los aborrezcamos nunca. Si las naciones civilizadas son infelices, es porque conservan todavia vestijios de su barbarie primitiva. A este espíritu salvaje deben atribuirse la mayor parte de las guerras que la injusticia de los Príncipes, ausiliada de las preocupaciones de los grandes y pueblos, hace todavia tan frecuentes en la tierra. Por la locura de los Soberanos, los pueblos mas civilizados viven aun como las tribus salvajes, ocupándose en destruirse mutuamente. Por un efecto de las falsas opiniones heredadas de nuestros bárbaros abuelos, el fatal ejercicio de la guerra está reputado por la mas noble profesion; el arte de esterminar á los hombres es el que conduce con mas seguridad á los honores, á las recompensas y á la gloria en las naciones que mas necesitan de las artes de la paz para ser felices y

---

(1) Aristóteles, en sus libros morales, lib. 8. cap. 1. dice, "que una vida solitaria y privada de asociados, es contraria „á la felicidad del hombre, y repugnante á su naturaleza, „puestoque el hombre por su naturaleza es un animal *socia-* „*ble y político.*" El mismo añade que, un hombre que se com- „place en la soledad, y huye del trato de los hombres, no es „hombre sino monstruo: la soledad debe impedirle ejercitar „virtud alguna." Un anónimo mui apreciable, fundado en los mismos principios, ha dicho, "que el que se aleja de los hom- „bres, se aleja de las virtudes necesarias á la sociedad; que „cuando el hombre vive solo, es feroz, y se entrega á la „misantropía; y que el mundo nos obliga á observar nuestras acciones." *Lettre d' une Mère á son fils sur la vraie gloire.* El mismo Aristoteles en el lib. 1. de su política, dice que aquel que desea una vida enteramente solitaria, no es hombre, sino ó un Dios ó un bruto.

florecientes. Mas el espíritu insociable y salvaje, mantenido en casi todos los paises por la ambicion de los Príncipes, se opone á la curacion de aquellas mismas preocupaciones, cuyas horribles consecuencias sentimos. Cortes salvajes, ignorantes y corrompidas son las que dan el tono á las naciones, y mantienen en ellas el error, el desprecio de la sabiduría, los usos irracionales, y las pueriles vanidades de qué todavia se hallan infestadas. Ultimamente, en el exámen que hemos hecho de los vicios de los hombres, todo nos prueba que provienen de su falta de esperiencia y de su lijereza, las cuales contribuyen á mantenerlos en perpetua niñez, y los hacen salvajes é insociables.

A pesar de las poderosas fuerzas que se empeñan en retener á los hombres en un estado tan contrario á su verdadera naturaleza, no debemos desesperanzar de la curacion de los espíritus y de la reforma de las costumbres. La esperiencia y la desgracia son dos grandes maestros de los hombres; ellas les precisarán tarde ó temprano á renunciar á las preocupaciones que se oponen á su felicidad. Soberanos mas ilustrados llegarán por fin á conocer sus verdaderos intereses: un dia, pues, renunciarán á esa política injusta, tan contraria á su bien como al de sus vasallos: reconocerán que esas guerras interminables, esas conquistas ruinosas, esos triunfos sangrientos destruyen realmente los fundamentos de la felicidad nacional, y que la política no puede separarse impunemente de las reglas de la Moral. A fuerza de calamidades, los Príncipes se instruirán en sus deberes, y conocerán que el poder arbitrario no produce otra cosa que la triste ventaja de reinar temblando sobre esclavos abatidos y tristes.

Asiqué no aflijamos al hombre con una Moral desesperada; no le enviémos á los bosques; no le

separémos de los otros; digámosle que sea moderado y sociable; mostrémosle los motivos poderosos que le obligan á ello; guardémonos de decirle que la felicidad no se ha hecho para él; antes hagamos que conozca que en la virtud se halla este bien, esta felicidad de que le alejan de continuo sus vicios y locuras.

Confesémos sinembargo que esta reforma tan suspirada de las costumbres de las naciones y de los soberanos no se muestra todavia mui cercana; y que sólo puede ser fruto de las esperiencias y luces poco á poco esparcidas entre los hombres, y *de circunstancias que el destino unicamente puede ofrecer*; mas esto no desalienta al hombre sabio, porque conoce bien que la virtud se propaga lentamente, pero tarde ó temprano llega á producir sus efectos. Los estravíos de los hombres, siempre castigados por la Naturaleza, los precisarán á recurrir á la razon, la Moral y la virtud, en cuyo seno encontrarán la felicidad, que tristes y fanáticos moralistas han supuesto falsamente que no se ha hecho para los mortales.

Continúen, pues, los amantes de la sabiduría sembrando y difundiendo verdades, y estén mui seguros que ellas florecerán un dia; si sus lecciones pareciesen inútiles á sus contemporaneos, servirán á la posteridad, cuyo bienéstar no debe ser indiferente á los hombres de bien que meditan y prevén. La verdad es un bien comun á los habitantes de este mundo; si es despreciada en un pais, fructifica en otro; si encuentra oposicion en un siglo, será bien acojida en edad mas feliz; si la desdeñan los padres, la admitirán sus descendientes, instruidos y escarmentados en las locuras de sus predecesores.

En fin, aun cuando una felíz mudanza en las costumbres de los pueblos fuese una lisonjera qui-

mera, los consejos de la sabia Moral no por esto serian inútiles; ellos servirian almenos para forticar al hombre de bien en la práctica de la virtud, hacersela amable, y confirmar mas y mas los sentimientos de su corazon. La esperanza de un porvenir dichoso, y las pinturas agradables y lisonjeras de la virtud contribuyen, digamoslo así, á refrijerar y fortalecer las almas justas y sensibles, ajadas y marchitas con el aflictivo espectáculo de las calamidades que desolan el mundo. En defecto de la felicidad pública que la sociedad le reusa, el ciudadano virtuoso se vé reducido á buscar una felicidad particular; en el seno de su familia y en el de la amistad hallará consuelos, dulzuras y felicidad sobre qué no tiene jurisdiccion la tiranía: si practica fielmente las virtudes sociales, gozará su corazon de una serenidad constante; en el rostro de su mujer, sus hijos y criados leerá el júbilo y el contento; se aplaudirá de contribuir á ellos; disfrutará de la confianza, del aprecio y del amor de todos aquellos con quienes tenga relaciones; ensuma, vivirá contento consigo por la certidumbre de ser amado de cuantos le rodean.

El malvado, por el contrario, siempre descontento de sí, encuentra por todas partes enemigos, y acusadores que le acriminan su odiosa conducta y sus crueles tratamientos. Semejante á Caligula, él querria que los hombres tuviesen todos una sola cabeza para de un sólo golpe derribarla: en sociedad, en casa, dentro de sí mismo tiene un espectáculo horroroso, cuya idea le persigue hasta en la soledad (1).

---

(1) Todos los malvados querrian ser buenos, porque esperimentan de continuo los disgustos inseparables de la maldad ó del vicio. Platon (lib. 5. de leg.) dice que *todo hombre* *injusto es injusto á pesar suyo*. Este mismo filósofo dice en es Timeo: "*ninguno es malvado por su eleccion ó gusto; lo es sí* »*por efecto de algun vicio de conformacion en su cuerpo, ó por* »*una mala educacion.*"

Cuando la Moral promete al hombre una completa felicidad, no por esto le exîme de las penalidades de este mundo; tampoco le preserva de las calamidades públicas, de los golpes de fortuna, de la perversidad de los hombres, de la indijencia que regularmente acompaña al mérito y á la virtud, de las crueles enfermedades, de los males fisicos y de la muerte; pero al menos prepara su corazon á los acontecimientos de la vida: ella le enseña á soportar con valor los imprevistos reveses, á no dejarse abatir, y á someterse á los decretos del destino; y en las mayores calamidades ofrece al hombre de

---

Por otra parte, puede decirse que el hombre de bien es un ente bien constituido, que sigue sin resistencia una naturaleza bien ordenada, que ha contraido facilmente el habito de ser bueno, y que le ejercita con prontitud y facilidad. Aristóteles observa con razon que *nosotros no recibimos de la naturaleza ninguna de las virtudes morales: nosotros llegamos á ser*, dice, *buenos y justos del mismo modo que uno aprende á ser buen arquitecto ó buen músico*. La naturaleza sólo nos dá las disposiciones ó facultades, con cuyo ausilio nos hacemos mas ó menos facilmente buenos justos, benéficos, ect. Un hombre que ha nacido sin finura de oido, ó sin ajilidad de dedos, no llegará jamas á ser buen músico ó diestro instrumentista. El malvado es un ente mal constituido, mal educado, ó en quien la educacion no ha podido rectificar el vicio de su conformacion, así como un mal pintor, un mal músico, ó un torpe escultor querrian sobresalir en sus profesiones, el malvado respeta el mérito de la virtud, sin tener valor para seguirla; él quisiera ser bueno, mas el habito le vuelve al vicio á pesar de los males que él esperimenta.

Estas reflexiones pueden servir para ilustrar la moral; y esplicarnos la conducta de muchos hombres, que obran, y son á veces malos contra su voluntad.

bien un asilo en sí mismo, donde la paz de una buena conciencia le suministrará consuelos desconocidos de los malvados, quienes ademas de las desgracias que esperimentan, tienen que sufrir la ignominia y los remordimientos de sus vicios y criminales acciones. El mas cruel tormento de un malvado en el infortunio es el conocimiento de su espantoso caracter, del odio que se ha merecido, y del justo castigo que esperimenta. *Vale mas*, dice Epicuro, *ser desgraciado y racional*, *que no feliz y falto de razon.*

El verdadero sabio no es un hombre impasible: él no afecta la insensibilidad del estoico insensato, que en medio de crueles tormentos decia del dolor, que *no era un mal*; no es insensible á la pérdida de la fortuna, de la salud, de sus parientes ó de sus amigos; ni cree que la virtud consista en contemplar tranquilamente la privacion y ausencia de los objetos mas caros á su corazon; siente como cualquiera otro los rigores de la suerte, pero encuentra en la virtud fuerzas y recursos; conoce que con ella no puede sêr enteramente infeliz (1); y que sin ella el poder, la grandeza, la opulencia, y la mas robusta salud son insuficientes á la felicidad. En fin, en la vejez, y hasta en los bordes del sepulcro, el hombre virtuoso está sostenido y alentado con el recuerdo consolatorio de una vida pacífica, pura y arreglada (2).

---

(1) *Est etiam quietè, et purè, et eleganter actæ ætatis placida, ac lenis senectus.* Cicero, de Senect. cap. 5. "Es una verdad constante, dice M. Dacier, que la feliz »y dichosa vejez es una corona de gloria y seguridad, que »sólo se halla en el sendero de la virtud." *Comparaison de Pyrrus et de Marius*, al fin.

(2) *El hombre no es infeliz*, dice Democrito, *mientras no es injusto.*

CAPÍTULO IX.

De la Muerte.

Una conducta regulada por la Moral nó sólo nos produce una paz inalterable y una felicidad pura durante nuestra morada en este mundo; no sólo nos hace gozar de una vejez dichosa y respetada, sino que ademas nos dá firmeza contra los temores de la muerte, tan terribles para los delincuentes. Si, como hémos dicho, la relijion, sea natural ó revelada, no puede nunca contradecir los deberes que la naturaleza impone al hombre; si esta relijion es verdadera por su conformidad con las leyes de la sana Moral, ó la felicidad que causa á los hombres; en fin, si la relijion no hace mas que añadir motivos sobrenaturales á los naturales, humanos y conocidos de que la Moral se vale para escitar á la virtud; nada es capaz en consecuencia de turbar la seguridad del hombre de bien al salir de esta vida para comenzar otra: persuadido de que el universo está bajo del imperio de un Dios lleno de benevolencia con los hombres, no puede, al morir, tener inquietud alguna de su suerte. ¿Qué motivo tendrá el hombre de bien para desconfiar, ó temer la cólera de un Dios, cuya bondad y justicia constituyen su caracter esencial é inmutable? La idea de una vida futura, que sirve de base á toda relijion, está fundada en las recompensas que la virtud debe esperar tarde ó temprano de un Dios lleno de equidad. Un Dios justo, ¿puede no amar al hombre justo? Un Dios bueno, ¿puede aborrecer al hombre que en este mundo ha hecho bien á sus semejantes? Un Dios lleno de misericordia, ¿puede desechar al hombre que se muestra piadoso á las desgracias de sus hermanos? En fin, el que há procurado ser util á la sociedad, ¿temerá

encontrar al término de sus dias un Juez inexôrable en el Soberano de la Naturaleza, criador, conservador, padre de la especie humana, y lejislador, de cuya voluntad deriva la relijion las reglas de la Moral? No, ciertamente: sería contradecir todas las perfecciones morales de la Divinidad, creer por un sólo instante que el hombre de bien puede desagradarle.

Es cierto que la relijion exîje ademas otras virtudes en el hombre para merecer el favor divino. Mas en el curso de esta Obra nos hémos propuesto únicamente presentar á los habitantes de la tierra los motivos humanos, sensibles y naturales que le inducen á practicar el bien en el mundo actual, aun prescindiendo de sus ideas relijiosas: sólo hémos hablado de los medios de obtener una felicidad tan durable como la vida presente. A los Teologos es á quienes pertenece esclusivamente mostrar á los mortales los motivos divinos, invisibles y sobrenaturales, que deben conducirlos un dia á la felicidad permanente que la relijion promete para despues de esta vida. Aunque nada debiera ser mas eficaz para escitar á los hombres á la virtud, y desviarlos del mal que la idea de una felicidad eterna, espiritual é infalible, ó que el temor de castigos rigorosos y eternos, sinembargo la esperiencia nos hace ver que estos motivos presentados todos los dias por los ministros de la relijion no influyen plenamente sobre la multitud. Dominados de lo presente, los hombres, por la mayor parte, apenas piensan en lo futuro, pareciéndoles mui lejano. El mundo está lleno de viciosos, que profesan sumision y respeto á la relijion, y creen las recompensas y castigos que nos anuncia, sin que por esto sus ideas produzcan bien alguno real y verdadero acerca de su enmienda.

Efectivamente, al ver los vicios, desórdenes y

delitos á que se entregan tantos hombres, que afectan estar mui convencidos de la realidad de las recompensas y castigos eternos que la relijion anuncia, no sería estraño que alguno creyese que todas estas cosas eran vanas quimeras ó mal ó no creidas de los hombres, ó que estas ideas ya deleitosas ya terribles son un freno mui debil para contener las pasiones. Tantos Soberanos relijiosos y devotos, con sus guerras crueles, inútiles y frecuentes, sus injustas conquistas, su tiranía y las estorsiones que hacen sufrir á los pueblos, y los desarreglos de su vida privada, dan á entender ciertamente que la relijion que finjen creer, que protejen, y afectan respetar, no se ha hecho para ellos, y que es un espectro para arredrar y contener á sus crédulos súbditos. Estos sinembargo, por la mayor parte, no son mas contenidos que sus soberanos. Las naciones mas relijiosas ofrecen una multitud de hombres, que unen frecuentemente la creencia y práctica esterior de la relijion con la injusticia, la inhumanidad, el fraude, el robo y la disolucion. Se ven ladrones públicos, usureros, bribones y prostitutas; y entre el pueblo, borrachos y glotones, que jamas han dudado de la otra vida, y que sinembargo no obran conforme á su creencia: sus desórdenes son el objeto continuo de los discursos de nuestros oradores sagrados.

Mas si la relijion atemoriza con sus amenazas á los transgresores de la moral, algunos filósofos imputan á sus ministros que ellos mismos los confirman en sus desarreglos, y los alientan y tranquilizan con la facilidad de los medios que les prescriben para calmar sus conciencias, espiar sus iniquidades, y apaciguar la cólera divina. "¿De qué »sirven, dicen estos filósofos, los terrores de la »otra vida, si basta para inutilizar su efecto so-

»meterse á prácticas estériles, confesiones vergon-»zosas por aquel momento, ceremonias, fórmulas, »limosnas y rezos? (1) ¿No es, dicen, destruir »el efecto de los temores que la relijion inspira, »asegurar que un tardío arrepentimiento en el ar-»tículo de la muerte es capaz de borrar todas las »manchas de una vida criminal?" Estos filósofos hallan que sus ministros, regularmente mui indul-jentes con los grandes del mundo, allanan y fa-cilitan el camino del cielo á estos ilustres delin-cuentes, cuyos remordimientos debieran no apaci-guar, y sí mas bien acrecentar. Prescindiendo de estas imputaciones, lo cierto es que, por confesion de los mismos Sacerdotes de la Divinidad, nada es mas dificil y menos frecuente, á pesar de la reli-jion, que ver en los corazones corrompidos una enmienda sincera, suficiente á merecer la futura felicidad.

Por otra parte vemos que los mismos Teólo-gos estan poco acordes entre sí sobre los medios de satisfacer á la justicia divina, y obtener la fe-licidad eterna. Unos exîjen poco de los hombres,

(1) Nada es mas ridículo que las ceremonias estravagan-tes que la supersticion ha inventado en algunos pueblos para alentar á los hombres contra los temores de la muerte. Un Baniano está seguro de que todos sus pecados le serán per-donados, si puede al espirar tener asida la cola de una vaca, y recibir su orina en la cara. Otros creen segura su salva-cion, si pueden morir á orillas del Ganjes. Los Parsis no dudan de la espiacion de sus culpas, si un Sacerdote hace por ellos ciertas oraciones y ceremonias cerca del fuego san-to. Para asegurar la salud del Mahometano se le pone en las manos al morir un pasage del Alcoran. El Sacerdote Ruso, en virtud de cierto dinero, espide al que está de muerte un pasaporte para el otro mundo.

prescribiéndoles espiaciones fáciles: otros, con ri-gor escesivo, los desaniman, mostrándoles el ca-mino de la virtud lleno de tantas dificultades, que les inspiran una desesperacion ó un fanatismo fe-roz é insociable, tan contrario á la verdadera mo-ral como los mas funestos desórdenes. Ninguno es mas insociable que el supersticioso sombrío y me-lancólico, que enemigo de sí, se cree obligado á martirizarse de continuo, á renunciar á los place-res inocentes, á separarse de los hombres, y á pen-sar en su fin enmedio de la lobreguéz de los sepul-cros. ¿Qué bien puede resultar á la especie humana de esta insociable conducta? Un hombre continua-mente anegado en sus lágrimas, dominado de la melancolía, ajitado de vanos escrúpulos y terrores imajinarios, exásperado con soledad y privaciones, ¿puede ser un miembro útil y agradable á la socie-dad? ¿Es cumplir con los deberes de la moral ha-cerse mal á sí, sin hacer bien á nadie? Ciertamen-te que es formarse ideas mui siniestras y contradic-torias de un Dios lleno de amor á los hombres, el creer que sólo se le agrada aflijiéndose sin cesar, ó viviendo separado de los humanos. Si los Casuis-tas demasiado fáciles abren el cielo á los grandes é ilustres malvados, los rigoristas escesivos le cier-ran á todo el mundo: pocos hallan un justo medio entre estos dos estremos.

Unas inconsecuencias tan palpables han dado motivo á muchos para dudar de la utilidad ó po-der que se atribuye á la relijion. Por otra parte, como la historia antigua y moderna muestra á cada pájina los escesos, desolaciones, ódios inmortales, atroces persecuciones, sangrientas y lamentables mortandades que frecuentemente han producido la ambicion del sacerdocio y el celo furioso de sus fanáticos partidarios, algunos filósofos han conclui-

do de aquí, que esta relijion, que tantas veces servia de pretesto á tales crímines, era no sólo inutil, sino tambien incompatible con la sana moral, la verdadera política, y la felicidad y el reposo de las sociedades: por consecuencia algunos de estos filósofos se han creido suficientemente autorizados para sacudir el yugo de una relijion que les parecia incómoda y peligrosa. La exîstencia de otra vida, cuya idea veian que no reprimia las pasiones de aquellos que mas fuertemente convencidos debian estar de ella, les pareció quimérica ó dudosa. En una palabra, no puede negarse que la insociabilidad, intolerancia, ambicion y avaricia de muchos ministros de la relijion les han suscitado en todos tiempos un gran número de enemigos, aun entre los hombres mas ilustrados y virtuosos.

A los Teólogos toca conciliar esta conducta con los principios, bien sea de la Moral natural ó de la Relijion, ó almenos justificarse de unas acusaciones tan graves, debiendo al mismo tiempo atraer á los descarriados con razonamientos capaces de desengañarlos de sus ideas contrarias ó poco favorables á la certeza y utilidad del sistema de la otra vida. Como en esta Obra nuestro intento no ha sido mas que dar á conocer los motivos humanos de una Moral comun á todos los hombres (sean cuales fueren sus opiniones verdaderas ó falsas) sólo dirémos á los que se oponen á la Relijion revelada y sus dogmas sobre la otra vida, que no por esto se hallan menos obligados á conformarse durante la vida presente con los preceptos humanos y naturales de la Moral Universal, só pena de acarrearse el desprecio y el ódio de la Sociedad; castigos seguros, y de los cuales no puede dudar la mas impía incredulidad.

Ademas, si el interés de la Sociedad y el bienéstar de la vida social son los que han determinado

al Filósofo á divorciarse de la Relijion, este se halla obligado mas que ningun otro á manifestar al Público costumbres mas sociables, mas dulces, mas honestas, y en una palabra, una conducta menos vituperable que la que imputa á los partidarios de la Relijion. No le es lícito, pues, al que se aparta de los principios relijiosos, só pretesto del mal que producen en la tierra, entregarse á la intolerancia, la obstinacion y el ódio contra los que no piensan como él: tampoco le es permitido abandonarse á vicios que la razon condena. La verdadera Filosofia debe siempre anunciar unas costumbres inocentes y severas; y grave, sin ser triste ó feroz, no debe prestarse jamás á los desarreglos de los hombres.

Tambien les dirémos á cuantos renuncian á la Relijion, porque mortifica y reprime sus pasiones, que no por esto deben creerse Filósofos ó amigos de la sabiduría. La verdadera sabiduría fué y será siempre incompatible con el vicio y desarreglo: sus preceptos no pueden jamás ser contrarios á los de la Moral. Los Filósofos sin buenas costumbres y virtudes son impostores y charlatanes despreciables: esos pretendidos amigos de la sabiduría, esos apóstoles de la razon serian insensatos, ignorantes y ciegos, si se hiciesen apolojistas del vicio y despreciadores de la virtud, en la que sólo estriva nuestra felicidad en este mundo: los Filósofos de esta naturaleza serán mirados con mui justa razon como unos libertinos, corruptores, y verdaderos enemigos del jénero humano. Estos, pues, son tan culpables como esos casuistas relajados, que por una débil complacencia con los vicios y pasiones del hombre, atenúan sus escrúpulos ó remordimientos, y le hacen el camino del Cielo mucho mas facil de lo que la Relijion les permite.

Todo hombre que medite la Naturaleza huma-

na y los verdaderos intereses de la Sociedad, sean cuales fueren sus ideas relijiosas, forzosamente reconocerá que la virtud es útil y necesaria en este mundo; que sin ella ninguna Sociedad puede prosperar ni aun subsistir, ni individuo alguno hacerse querer ni respetar; que el vicio es destructor de las naciones y de sus miembros; en una palabra, todo hombre que piensa, debe conocer que no hai desórden que no encuentre castigo aun en esta misma vida, ni virtud que no halle algun consuelo ó recompensa, y contribuya á la felicidad del que la practíca. El Filósofo que desconociese unas verdades tan claras, sería un estúpido, un ignorante, un hombre sin esperiencia y reflexîon. ¡Estraña Filosofia, por cierto, la que no viera los efectos patentes y claros del desórden, vicio, y libertinaje, y su funesta influencia sobre las naciones ó individuos; ó no conociese las ventajas inestimables que la virtud dá á cuantos la practican, aun en las naciones corrompidas!

Por otra parte, basta conocer y practicar unas verdades tan sencillas para vivir felizmente en la tierra. Así, cualquiera que pueda ser su suerte en la otra vida, el incrédulo, si es hombre de bien ó verdaderamente filósofo, puede en esta vida pasajera, observando fielmente los deberes de la moral humana, conseguir toda la felicidad que se ha propuesto. Si practíca cuidadosamente las virtudes sociales; si evita los vicios, imperfecciones y defectos que pueden desagradar á otros y perjudicarle á él mismo; si contribuye con sus talentos y trabajos á la utilidad jeneral, se hará amable de todos cuantos tengan relaciones con él; será buen padre, fiel esposo, amigo sincero, y apreciable ciudadano; y cualquiera que sea el lugar que la Relijion le designe en el otro mundo, gozará en este del afecto y

la consideracion debida al mérito. Limitado en sus esperanzas, no se lisonjeará de disfrutar los inefables deleites de la vida futura, y se contentará con los de esta. Cuando por sus servicios sea digno del amor y la celebridad de los hombres, á falta de la esperanza de una inmortalidad sobrenatural (objeto sólo de la confianza del hombre relijioso) se lisonjeará de obtener una inmortalidad natural, ó de exîstir despues de muerto en la memoria de los hombres. Así, satisfecho con su suerte en este mundo, privado de esperanzas y temores respecto á lo futuro, y lleno de confianza en su derecho al cariño de la posteridad, el incrédulo honrado y virtuoso puede vivir felíz, y ver su fin con mas tranquilidad que tantos hombres que reconocen la Relijion, y no la practican fielmente.

Sean cuales fueren las opiniones verdaderas ó falsas de los hombres, las leyes inflexîbles de su Naturaleza á todos obligan igualmente; su Moral debe ser la misma; y todo les demuestra que en el mundo que habitan, la virtud conduce á la felicidad, y el vicio á la miseria. Si en la teoría los hombres se oponen y contradicen facilmente, no sucederá asi en la práctica de su conducta, si viven conforme á la naturaleza de un sér sociable, intelijente y racional, que conoce su verdadera felicidad y los medios de obtenerla. Siguiendo el camino indicado por la Moral, el hombre de bien vivirá contento, y morirá tranquilo. El momento de la muerte, tan cruel para tantos hombres inútiles ó dañosos, no inquieta ni horroriza al virtuoso, el cual, satisfecho de haber desempeñado bien su papel en el teatro del mundo, se retira de la escena con tranquilidad, y dice con el Poeta, *hé vivido y terminado felizmente la carrera que me se-*

..

ñaló el destino (1).

Sólo el hombre de bien, el racional, el útil á los demas hombres, es quien puede decir con verdad *yo he vivido.* No es vivir, sino vejetar, el no contribuir á la felicidad de sus semejantes; existir sobre la tierra sólo para dañar, es existir como las plantas venenosas, ó los minerales ponzoñosos. Solo aquel cuyo entendimiento está ilustrado de la sabiduría, y el corazon fortalecido de la razon, es quien puede morir con valor, y ser superior á los terrores de la muerte, molestos y espantosos para tantos cobardes que ansian vivir sin saber aprovecharse de la vida.

En el momento de la muerte es cuando el pobre y el desgraciado tienen una ventaja señalada sobre esos hombres que el vulgo cree poseedores esclusivos de la felicidad. El pobre, el artesano, el labrador, el hombre de pueblo no dejan la vida con aquellas ajitaciones que ordinariamente se observan en los que mueren en un blando y mullido lecho. El desgraciado vé en la muerte el fin de sus penalidades y trabajos; el hombre de bien, espuesto con frecuencia á los rigores de la fortuna en un mundo perverso donde no tiene otros auxilios que los de su virtud, mira su fin como el puerto de la seguridad.

Además, en todos tiempos ha habido hombres, que para sustraerse de las congojas de la vida, han acelerado voluntariamente el término della. La antigüedad admiró esta accion, y la consideró como indicio de un heroico valor. Los modernos, en esta parte, han cambiado de dictamen: la Relijion con-

(1) *Vixi, et quem dederat cursum fortuna, peregi.* Virg.

dena el suicidio como una desobediencia formal á la voluntad divina, como una cobarde desercion del puesto en que Dios nos ha colocado, y en fin, como una pusilanimidad vergonzosa que no sabe soportar los reveses de la fortuna.

Seguramente el suicidio, como hemos dicho, es efecto de una enfermedad, de un lento ó repentino trastorno de nuestra máquina; para llegar el hombre á estar enteramente cansado de su vida, la cual, ápesar de sus penalidades, ofrece placeres diferentes á todos los hombres; para que en estos cese el deseo de conservarse, inseparable de la naturaleza; para renunciar absolutamente á la esperanza que siempre queda en el fondo de los corazones, aún enmedio de las mayores desgracias, es menester una revolucion terrible, y un trastorno jeneral de las ideas, de lo que resulta una fuerte aversion á la existencia, que nuestra imajinacion considera como el mayor, mas penoso é irremediable de los males. Unos efectos tan crueles nacen sin duda de una verdadera enfermedad, tal como un acceso de locura ó rabia que nos ciegue, ó como una enfermedad de tedio, abatimiento y languidez que nos vaya lentamente consumiendo, y por último nos conduzca á la muerte. Lo mismo que los insensatos ó dementes furiosos, los hombres que se matan se llegan á preocupar esclusivamente de un objeto, sin cuya posesion nada les es agradable en la vida. En Caton de Utica este objeto fue la libertad de su patria; en un avaro será la pérdida del oro; en un amante la pérdida de la que ama; en un ambicioso la privacion de sus honores; y en un hombre orgulloso lo será la carencia de las cosas que lisonjean su vanidad. La falta de estos objetos obra de un modo diferente en los hombres en razon de sus temperamentos ó caractéres. Los

unos, mas coléricos, se abandonan repentinamente á la desesperacion; los otros, de un temperamento menos ardiente ó mas melancólico, ocultan mucho tiempo el designio é idea de morir. En estos diferentes modos de quitarse la vida no hai propiamente ni fuerza ni debilidad; ni valor ni cobardía; sólo sí hai una enfermedad *crónica ó aguda.* Los hombres, acostumbrados á juzgar de las acciones por los motivos que las producen, han admirado el suicidio producido por el amor de la Patria, de la libertad y la virtud; y le han condenado cuando ha tenido por movil la avaricia, un loco amor, ó una vanidad pueril. El suicidio es una verdadera locura; á la Relijion, pues, le toca el decidir si esta locura es culpable á los ojos de la Divinidad.

Si el suicidio es efecto de una enfermedad, no sería prudente el combatirle con discursos. Mas la Moral puede á lo menos suministrar medios de preservarse de un mal tan estraño, que ha llegado á ser epidémico en las naciones mal dirijidas y entregadas al luxô, la vanidad, la avaricia, la corrupcion de costumbres, y á los placeres ilícitos. Una conducta virtuosa, deseos moderados, economía en los placeres, aversion al luxô y á los objetos capaces de irritar las pasiones y la vanidad, y el trabajo, en fin, son los preservativos contra una enfermedad, cuyos espantosos efectos son hacernos odiosa la vida, y armar nuestro brazo contra nosotros mismos. El verdadero valor consiste en combatir las pasiones peligrosas: reformando las costumbres, logrará un buen gobierno que los hombres vivan contentos con su suerte, y que los suicidios no sean tan frecuentes.

El hombre de bien é ilustrado es el que tiene solamente verdadero valor para contemplar tran-

quilamente la proximidad de la muerte. La ignorancia y corrupcion son siempre flacas, irresolutas y cobardes; los imprudentes y malvados nunca tienen tiempo para pensar en su fin. La resignacion del sabio en sus últimos momentos es fruto de la reflexîon, y de la calma que produce una buena conciencia. Una vida pura, y una conducta racional y reflexîva, hé aquí la mejor, la única preparacion para la muerte. En fin, el hombre justo, benéfico y apreciable vé en su postrer suspiro rodeado su lecho de amigos, y cuyas cenizas son regadas con sinceras y copiosas lágrimas. ¿Qué cosa es mas poderosa á consolar al hombre en la necesidad de morir, que la idea de subsistir en la memoria de los otros, y conservar muriendo la amistad y el amor de los que quedan para llorar su muerte?

¡Cuantas jentes mueren sin haber sabido aprovecharse de la vida! Vivir, es emplear la vida en activo trabajo; gozar, es gustar el dulce placer de ser querido y estimado de aquellos á quienes el hombre hace felices, es agradar y complacer á los otros para vivir contento de sí mismo. Mas estos placeres, reservados á las almas justas y sensibles, son desconocidos de los perversos endurecidos en el mal, los cuales, despues de haber vivido en la ajitacion é inquietud, mueren en la desesperacion: tampoco se han hecho estos placeres para los hombres entregados á los vicios, la disipacion y los gustos criminales ó frívolos, á los cuales la muerte los toma de sorpresa, hallándolos desprevenidos y desarmados contra sus golpes. Por último, los placeres consolatorios de la virtud, tan poderosos para fortalecer los corazones, son ignorados de la mayor parte de los Príncipes, los grandes y los ricos, los cuales, destinados á hacer feliz al mun-

do, duplican sus males y miserias. Todo nos muestra que los hombres mas capaces por su clase y fortuna de hacer mayor bien, son regularmente inútiles ó dañosos durante su vida, no saben gozar de nada, ni escitan al morir en persona alguna lágrimas ó dolor. Por no conocer el contento y placer propios de la virtud siempre benéfica, los mortales que pudieran ser mas felices, viven en el entorpecimiento del tedio, ó en una ajitacion fatigosa tanto para ellos mismos como para los otros; su muerte, deseada por cuantos les rodean, es para estos un momento de libertad y gozo. El que no ha hecho bien alguno en la tierra, que ha vivido para sí, y que antes bien ha procurado aflijir á los desgraciados que ha tenido á su lado ¿con qué derecho podrá esperar que su muerte sea sentida y llorada? Las aflicciones y lágrimas de los vivos son homenajes del corazon, debidos solamente al hombre de bien, tierno y sensible. Una vida felíz y una muerte tranquila son efectos solos y precisos de la beneficencia, de los talentos, de la bondad y la virtud.

Reconoced, pues, ¡ó mortales! que en la virtud sola consiste esa felicidad que tanto se desea, y que envano se busca en otra parte. Sólo mostrandoos útiles y buenos, obtendreis el amor de vuestros semejantes, y tendreis derecho al de vosotros mismos. Aprended, en fin, á conocer vuestro verdadero y lejitimo interés propio: aprended el modo con que debeis amaros cada uno de vosotros. Este amor propio es necesario, natural, inseparable del hombre, y aprobado por la Moral; mas él os impone la obligacion de amar á los otros, y de contribuir á su felicidad, si quereis merecer su afecto y sus socorros. Atended siempre á los que caminan con vosotros por el sendero dificil de

la vida. Alargádles una mano caritativa y benéfica para que os den la suya en vuestras adversidades y trabajos. Reconcentrarse en sí, y olvidar las consideraciones, la benevolencia y cuidados debidos á los otros, sería aborrecerse el hombre: la empresa de vivir felíz en Sociedad sin el socorro de sus semejantes, sería tan loca como inútil. ¡Ah! ninguno de vosotros ¡ó mortales¡ está al abrigo de la suerte. Ninguno está seguro de que no beberá un dia en la copa del infortunio. Ninguno, en cualquier estado en que se halle, puede existir sin el ausilio y asistencia de los otros, ya sea para librarse del mal, ya para obtener algun placer. AMAD PARA SER AMADOS. Hé aquí el sencillo precepto al cual puede reducirse la Moral Universal (1).

¡Pueblos, que la Naturaleza ha esparcido por los diferentes paises de la tierra, amaos, pues, unos á otros, y dad fin á esos crueles y eternos combates que destruyen vuestra felicidad! — ¡Soberanos, amad á vuestros pueblos, y hallareis en su amor un apoyo firme é incontrastable! --- ¡Grandes, nobles, ricos, poderosos del mundo, haced bien á los hombres, y sereis verdadera y cordialmente amados y distinguidos! --- ¡Sabios y literatos, ilustrad las naciones, sed verdaderamente útiles; de este modo sereis respetados, y vuestros ilustres nombres se transmitirán á la posteridad! --- ¡Esposos, padres, amigos, amad si deseais que os amen, pues que este es el dulce y estrecho vínculo de vuestras diversas asociaciones! ¡Ciudadanos, en vuestras diferentes relaciones y tratos jamás perdais de

---

(1) *Si vis amari, ama.* Séneca.

vista el deseo de amar y ser amado! Si observais unas reglas tan claras y sencillas, gozaréis en el mundo de cuanta felicidad es capaz la humana naturaleza. Cada uno de vosotros ¡ó Mortales! vivirá contento en la tierra, y al salir de ella, por una ley constante de la Naturaleza, morirá tranquilo y sereno.

FIN.

ÍNDICE ALFABÉTICO

DE LAS MATERIAS

DE LOS TRES TOMOS.

A.

D.

E.

F.

G.

H.

I.

J.

L.

M.

N.

O.

P.

Q.

R.

S.

T.

U.

V.

X.

Z.

Fin del Índice Alfabético de las Materias.